

DELTA DE VOCES

MUESTRA LITERARIA DE EGRESADOS DEL CETYS UNIVERSIDAD

CENTRO DE ENSEÑANZA TÉCNICA Y SUPERIOR

Mexicali, 2009

CETYS UNIVERSIDAD

Ing. Enrique C. Blancas de la Cruz
Rector del Sistema CETYS Universidad

Dr. Marco A. Carrillo Maza
Vicerrector Académico del Sistema CETYS Universidad

C.P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo del Sistema CETYS Universidad

Dr. Alberto Gárate Rivera
Coordinador del Programa Editorial del
Sistema CETYS Universidad

Dr. Jorge Ortega
Coordinador de la edición

CETYS Universidad es una institución auspiciada por el IENAC que no persigue fines de lucro

Delta de voces @ 2009. Centro de Enseñanza Técnica y Superior. Todos los derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito de los autores.

Diseño de portada: María Guadalupe Beltrán Pedrín

Corrección de estilos: Raúl F. Linares Borboa.

Diseño editorial: Ricardo Herrera Santamaría

PRESENTACIÓN

Una institución universitaria debe contar entre sus tareas cotidianas la de mantener contacto permanente con sus egresados. Los motivos pueden ser tan universales como la propia idea de universidad. Se les convoca para festejar un aniversario, un torneo deportivo, una exposición de pintura, la presentación de una revista, un proyecto de impacto en la comunidad. En suma, las razones para sostener el vínculo son múltiples y el interés recíproco.

Hace unos cuantos meses revisaba con el responsable del programa editorial que enmarcará la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la fundación del CETYS Universidad, y advertimos una valiosa oportunidad para tender y estrechar lazos con los ex alumnos. “Hagamos un libro que exprese la vena literaria de nuestros egresados” –le sugerí. “Lancemos una convocatoria y generemos la expectativa para que envíen y nos compartan su trabajo”. La idea implicaba algunas tareas adicionales a las de todo académico, pero merecía la pena hacer un llamamiento y difundirlo en tanto en medios electrónicos como impresos.

El resultado es el volumen que el lector tiene en sus manos, *Delta de voces*, título que refiere los caudales de la poesía y de la prosa narrativa que desembocan, a imagen y semejanza del delta del río Colorado, en el ámbito de nuestra edición. La figura nos ha servido entonces para subrayar la pluralidad y singularidad de la muestra literaria que ofrecen estas páginas como una analogía de la fuente de vida, la riqueza ecológica y la biodiversidad en torno a las cuales se ha cifrado el desarrollo económico, la identidad cultural y el imaginario artístico de Baja California, entidad que ha visto nacer y crecer al CETYS Universidad en el curso de ya cuantiosas generaciones.

Dada la alta solvencia literaria del material de esta publicación histórica, apenas creo necesario justificar la integración del índice, cuyos estándares de selección no han sido otros que los de la aplicación creativa de los recursos verbales, el planteamiento tenso y novedoso de la trama narrativa o el hecho poético, y la consistencia de ambos criterios en el conjunto de cada propuesta; en suma, calidad en la escritura y en la articulación de un discurso explícitamente literario donde la palabra está al servicio de una sola causa, la de la literatura y su verdad, asumida como un compromiso ético con el espíritu crítico del lenguaje y de la ficción, o bien, del placer de contar una historia o de concebir una metáfora de la experiencia vital.

Para efectos de lo anterior, se conformó un comité de lectura constituido por un profesor del Colegio de Ciencias Sociales y Humanidades de la institución y por dos ex alumnos de distintas promociones que han sido objeto de importantes distinciones en el campo de la literatura. Su deliberación está respaldada, pues, no únicamente por su condición de escritores, sino también por el reconocimiento que ha merecido su respectivo trabajo creativo. Valga esta acotación como un voto de confianza para la definición de la nómina de doce autores que concurren en *Delta de voces*, un producto editorial sin precedentes en el catálogo de nuestra universidad.

No obstante, quiero agradecer por este conducto la amplia participación de los egresados que han respondido a nuestra convocatoria enviando sus textos en el plazo indicado y con las especificaciones técnicas establecidas. Ante la imposibilidad práctica de generar una publicación de carácter exhaustivo, fue preciso fijar ciertos parámetros que nos permitieran, en todo caso, proponer al público un muestrario representativo de la más destacada creación literaria originada por autores de múltiples edades, perfiles

formativos e intereses intelectuales que han pasado por las aulas del CETYS durante al menos los últimos treinta años.

Como podrá observarse en las fichas curriculares de estos autores, *Delta de voces* reúne tanto a ex alumnos de notable trayectoria en el terreno de las letras como a otros que resultarán seguramente una revelación por su debut en la especialidad. Es decir, hay aquí tanto profesionales de la literatura en lo académico o artístico, que han cursado estudios superiores o de posgrado en el área o que han publicado uno o varios libros, como también egresados que se han desempeñado laboralmente en un ámbito ajeno al de las humanidades pero que han mantenido una fiel relación con la literatura en su papel de lectores exigentes y prosistas secretos, sosteniendo a través del tiempo esta vocación de culto que es en realidad la de conservar intacta la llama del asombro y la curiosidad para sugerir la posibilidad de otros mundos.

Sin embargo, nada es casual. Hay que recordar que el CETYS Universidad ha sido en diferentes épocas de su existencia, como institución privada de educación superior, un promotor natural de aquellas condiciones propicias a la germinación de inquietudes literarias muy definidas que, para orgullo nuestro, han rendido frutos extraordinarios. Por ejemplo, dos de los autores que incluye *Delta de voces* han merecido en distintos momentos el Premio Estatal de Literatura convocado por el gobierno de Baja California; otro ha cosechado un premio nacional y un premio internacional en poesía; uno más ha merecido el primer lugar del certamen literario de mayor trascendencia en la ciudad de Mexicali; otros dos son protagonistas del *boom* literario bajacaliforniano de la década de 1980; uno de ellos fue a mediados de esa misma década becario del Centro Mexicano de Escritores; alguien más ha combinado la poesía con la

actuación en teatro con idéntica pasión y profesionalismo; otros dos han sido beneficiarios del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Baja California; y, finalmente, uno de los autores fue en 2007 el primer ex alumno del CETYS en ingresar al Sistema Nacional de Creadores de Arte y en conseguir ese mismo año en España el grado de doctor en Filología.

Las condiciones propicias al desarrollo de intereses literarios de las que hablaba tiene que ver, desde luego, con el trabajo de algunos de nuestros valiosos docentes que, identificados con el modelo educativo de corte humanista de la institución, animaron directa o indirectamente en sus estudiantes el cultivo de lo que un pensador austríaco llamó el viñedo del texto. La responsabilidad de estos profesores — desde Rafael Padilla hasta Alejandro Espinoza, pasando por Benito Gámez, Antonio Magaña González, David Felipe, los incansables José Mendoza Retamoza y Patricia Pacho, y recientemente Alberto Gárate, Hugo Méndez Fierros y Marco Antonio Carrillo —, se une por supuesto a la de los coordinadores del taller de creación literaria del CETYS Universidad dirigido en muy diversas etapas por escritores, editores o promotores culturales que aliaron el talante pedagógico a su conocimiento del tema y su intuición creadora para alumbrar junto con los asistentes los mecanismos de composición de un poema o un relato. Entre otros nombres, cabe citar al respecto los de Yvonne Arballo, Mario Bojórquez, José Manuel Di Bella, Rosa María Espinoza y Cristina Sánchez Mora.

Una de las ocasiones más significativas de esa dinámica difusora del genio en cuestión que son los talleres literarios fue el lanzamiento, a inicios de los noventa, de la efímera colección editorial Ojo de Agua que impulsó la aparición de un par de títulos: una antología de trabajos del taller de escritura impartido por José Manuel Di Bella y la edición

de lo que constituyó la *opera prima* en poesía de uno de los autores de *Delta de voces*, hoy en día uno de los poetas de mayor proyección en el país y el extranjero dentro del marco de su generación.

No puedo olvidar en este somero recuento la importante función divulgativa que ha desempeñado nuestra revista *Arquetipos*, encabezada desde la ciudad de Tijuana por el maestro Patricio Bayardo y que en 2009 alcanza justamente los tres decenios de estar circulando y, en efecto, de estar promoviendo la escritura creativa mediante la regular publicación de ensayos literarios, poemas, cuentos, crónicas de viaje, reseñas de libros y artículos firmados por algunos de los autores incluidos en el presente tomo. Se trata, no hay duda, de uno de los espacios periódicos activos de más antigua data en el concierto de programas editoriales universitarios del noroeste de México y el territorio nacional.

Igualmente, no sería exacto poner punto final a este prefacio sin referir también el estimulante papel que significó el Concurso Institucional de Poesía del Sistema CETYS que por largo tiempo mantuvo anualmente la profesora María Teresa Bastidas y que en fechas recientes ha estado a cargo de la Coordinación de Difusión Cultural del campus Mexicali. La organización de este tipo de certámenes en la institución se remonta a la década de 1970 y en el último cuarto de siglo, hasta la actualidad, han integrado parte del jurado calificador autores y académicos bajacalifornianos de acreditada labor en el ámbito de la creación y los estudios culturales, tales como Eduardo Arellano Elías, Fernando Vizcarra Schumm y Raúl Fernando Linares, entre tantos otros que nos han concedido su invaluable consideración y sabiduría.

En el transcurso de casi medio siglo de vida institucional, la creación literaria en el CETYS Universidad ha sido,

para concluir, una actividad si bien discreta y silenciosa, sistemática y contundente en sus productos, algunos de los cuales se perfilan ahora en el colectivo *Delta de voces* y su contenido poliédrico, sinónimo de la multiplicidad de temas y de estilos como uno de los signos infalibles de la buena salud de una literatura. Conscientes de que la poesía y el relato no son del todo siempre un asunto de interés general o un negocio de multitudes, ofrecemos a la comunidad lectora un atisbo selecto, pero sustancial, a las letras de Baja California y México personalizadas en una docena de voces de egresados del CETYS que han ejercido con agudeza y persistencia el oficio de la pluma o del teclado tan remoto como la palabra y la imaginación, tan esencial como la expresión humana.

Ing. Enrique C. Blancas de la Cruz
Rector del Sistema CETYS Universidad

ÍNDICE DE AUTORES

La poesía

Elizabeth Algrávez	15
Paula Elena Castillo	29
Mara Longoria	51
Jorge Ortega	73
Juan Manuel Reyes Manzo	93
Alejandra Rioseco de la Peña	113

La prosa

Édgar Gómez Castellanos	123
Rosalva Aída Hernández Castillo	133
José Antonio López Montijo	147
Nylsa Martínez	163
Jorge Postlethwaite	177
Jorge Daniel Rodríguez Jiménez	195

LA POESÍA

ELIZABETH ALGRÁVEZ

Nació en Mexicali, Baja California, en 1972. Poeta y editora. Egresó de la generación 1987-1990 de la preparatoria del CETYS campus Mexicali. Es licenciada en Lengua y Literatura de Hispanoamérica por la Universidad Autónoma de Baja California y maestra en Mercadotecnia por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, programa del que se tituló con honores en 2005. Ponente o autora en diversas publicaciones colectivas, entre las que destacan las antologías bilingües *Across the line/Al otro lado* (Junction Press 1999) y *Our bed is made of flowers/Nuestra cama es de flores* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Centro Cultural Tijuana, 2007). Ha publicado los poemarios *Arenario* (Instituto de Cultura de Baja California, 1994) y *Trilogía de arena* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Monte Gargano Ediciones, 1997). Ha sido becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Baja California en 1999 y 2000, y se desempeñó como directora del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Tijuana de 2001 a 2004. Actualmente radica en dicha ciudad, donde es docente en la Escuela de Humanidades de la Universidad Autónoma de Baja California, impartiendo asignaturas optativas –Mercadotecnia Editorial, Promoción Cultural o Crítica Aplicada, Literatura Erótica y Norteamericana– con miras a que la carrera de Lengua y Literatura Hispanoamericanas tenga un perfil tanto funcional como lúdico que permita vivir de las letras y sus alrededores, y disfrutar de ellas.

🍇 La fruta blanda tiene cáscara dura

A mordidas
con un cuchillo de mondar
arrojándola contra el suelo
quisieron romper la cáscara.

Oyeron hacia adentro el ruido de semillas
adivinaron la carne blanda
la pulpa dulce
el jugo fresco.

Comentaron entre ellos
discutieron
diseñaron estrategias para llegar al fondo
para mondar la fruta
y devorarla.

Pero no.
La fruta blanda tiene cáscara dura
no
la fruta blanda no se come a dentelladas
no se muerde:
se deshace en la boca
se disfruta
se da sola.

Hicieron de la fruta motivo de análisis
de discursos
fijaron su atención en ella
— las frutas duras de pelar son las mejores
las más interesantes —
y la fruta protegida por su cáscara
fue de mano en mano
de oído en oído
de boca en boca
intacta.

No supieron descifrarla:
hicieron de ella objeto de culto
la reprodujeron en revistas
comerciales
inundaron las calles con su imagen
le dieron un olor
una forma
un sabor
todos ellos ideales
imaginados
apenas lo justo
para mantener el encanto
sin demeritar lo encantado.

Nadie sabía de su sabor
mas que la fruta
nadie conocía su carne

mas que la fruta
nadie sus dentros, la semilla
la hora dulce y la amarga
mas que la fruta.

La fruta sabía
porque era sabrosa y sabia
que un sabor que se guarda
se pierde
que un olor que se esconde

se escapa
y que la carne avara
se seca
se enjuta
se acaba.

Entonces la fruta
viéndose madura
decidió abrirse
y exponer la pulpa
a la mordida sigilosa
la lengua ávida y precisa:
regocijo para el gusto
festín de la forma
el tacto satinado
el jugo, el jugo
la firmeza suave

de la fruta blanda
abierta
sin su cáscara dura.

Y la fruta sabia
adivinó el gusto en la mordida
su sabor en boca ajena
pero propia
asimiló su propia sustancia
en otro cuerpo
y fueron quedando
las semillas
la cáscara dura
lo que se ve
para otros tiempos.

❁ El amor fue para mí un huerto pleno

El amor fue para mí un huerto pleno.

Las manzanas más bellas
colgaban de las ramas bajas
y yo, que he sido alta para todo, hasta para el amor
no tenía más que estirar la mano para alcanzarlas.

El amor era el paraíso
donde había un mango al lado de un peral
y todo era escoger de qué sazón estaba el apetito
y sabía, sí,
que al olmo no hay que pedirle peras
y no se las pedía
pues era alta, y lista.

Tomé los frutos del datilero
por simple gozo para el gusto
y de los plátanos cuajados de racimos
los mejores
las naranjas más dulces
los duraznos más olorosos
y después también probé los mangos verdes
por ver si daban dolor de estómago
y daban
las naranjas comí

por ver si tenían semillas
y tenían
y mordí el durazno hasta el hueso
por ver que tenía adentro
y tenía una semilla amarga
que ya explicaba el origen del amor.

Y el festín de las frutas succulentas fue poco algún día
me cansé de que los árboles
inclinaran sus ramas a mi paso para brindarme sus frutos
(yo era alta)
y quise ver si a ras del suelo
si debajo del humus oloroso a hojas secas
donde había que agacharse o ponerse de rodillas
y ser alta no servía
encontraba algo que en verdad fuera el amor.

Y desde lo alto
puse mi rodilla sobre el suelo
manché mis pies y mis tobillos de tierra negra
removí las hojas con la yema de los dedos
y sentí la vida que crecía dentro:
una lombriz interminable era un buen Virgilio
seguí su paso hundiendo mi mano entre la hierba
y se fue.

Escarbé con los dedos, con las uñas
y abajo

muy abajo
resplandecía el olor fresco
del fruto más sagrado de la tierra.

Redondo y perfecto
el amor estaba ante mis ojos
y tuve que buscarlo de rodillas
hube de mancharme las manos
y las piernas y la cara
y dolerme de la espalda frágil
del músculo cansado
la espina alta
alta para el amor
hecha para andar de pie
y tomar los frutos
con apenas
pararse de puntillas
y estirar la mano.

¡Y qué cuidados requería el amor!
Había que tomarlo con delicadeza en la palma de la mano
infundirle la vida con un soplo
sentirlo latir contra el pecho
y temblar asustado
de oír mi corazón
lira pulsada por tres manos
mi corazón
instrumento de viento, caracol

clarín tocando dianas
mi corazón cítara, piano
concierto de violines, bajo
bombo y platillo.

Todo mi ser un corazón bélico
tocando la embestida y retirada a un tiempo.

Y mi corazón arrullo
canto de pájaros
paso de río calmo
y lluvia de verano.

¡Pobre amor con miedo que tuve entre mis manos!

Y pobre yo
pobre mi miedo
de tener al amor entre mis manos.

❁ La mala musa

¡Cuán pobre musa he sido
para aquellos que me amaron!
No puse sino piedras en su boca:
donde se alzarán cantos jubilosos
hice surgir un crujido largo
un chirriar de goznes desgastados
una sinfonía de ruidos guturales.

Cuán pobre musa
para aquellos que intentaron loar mis gracias
que a desgracias terminaron por rendirse:
nadie pudo sostener las notas altas
dar el do de pecho
o trinar, siquiera, como un ave.
Nadie supo las palabras correctas
la frase justa
o la mentira piadosa.

¿Qué musa fui para que nadie me tocara,
que nada conmoviera mi alma?
Me llamaron diosa, gacela, accidente
hembra y dulce niña me llamaron
pero nadie se atrevió llamarme “hermana mía, esposa mía”
nadie me llamó amada
todos prodigio, carne, maravilla
y ninguno su mujer.

Escuché las palabras más bellas
de las lenguas más calificadas para decir las;
y de las no calificadas escuché las mismas palabras
que en mi presencia vieron su lengua florecer
con la majestuosidad de las flores de un día.

Las gargantas más pulidas cantaron en mi nombre
y las piedras, incapaces de gemir,
elevaron su voz a mi paso
por arte de la gracia.

Escuché todos los artificios,
las quejas, las súplicas, las alabanzas
pero no escuché Verdad
y nada más frágil en mí que el oído
ninguna materia más abundante en mí que las palabras.

Por eso ahora que mi amado ha dicho mi nombre
yo canto.

❁ La otra edad

*A mi hija Sofía
mi otredad.*

Desde que cuatro y cinco
fueron catorce o casa de muñecas
y la suma de las letras A, B y C
fueron montaña, parque florido y lago calmo
fue posible hacer de mamá
tres planas de memoria
significando hermana
o conjunto de letras
en donde “m” dos veces y “a” dos también,
una acentuada.

Fue posible que en el cielo osos mullidos
sobre *baby blue*
y la escuela desfile de modas
muy *Avant Garde*
como en París, Milán o Nueva York
ciudades que conoces de nombre y referencia
por los retratos de mamá
dos veces “m”, dos veces “a”, una acentuada
y papá nunca juntos
porque uno en la foto
y otro detrás del lente.

Y porque las tablas no son otra cosa
que la experiencia en el escenario,
has ido vadeando la engorrosa
educación primaria sin saberlo
convenciendo al mundo
de que hay algún sentido
en la idea de que dos más dos
es mejor que uno,
y porque uno no basta
dos está bien
si es de cada cosa
aunque por turnos.

❁ La espada de Damocles

La espada de Damocles
pesa nuevamente sobre mi cabeza.

Y yo con el cuello expuesto
el cuello largo y fino
tan frágil
con las venas a flor de piel
trazando
casi
una línea punteada
donde asestar el tajo.

El canto del cisne
se ha vuelto mi tonada del día.

Voy cantando mi muerte anticipada.

PAULA ELENA CASTILLO

Nació en Mexicali, Baja California, en 1978. Egresó de la preparatoria del CETYS en 1996, de cuyo taller de creación literaria fue integrante, y realizó estudios profesionales en Derecho en la Universidad Autónoma de Baja California. Obtuvo el segundo lugar en Certamen Institucional de Poesía del CETYS en 1995. Posteriormente formó parte de las tertulias poéticas de Juan Bañuelos, en Guadalajara, México, y del taller de escritura de la Universidad Autónoma de Baja California, de 1998 a 2000. Mereció también en 1998 el segundo lugar del Premio Municipal de Letras Jóvenes “Fundación Mexicali”, modalidad de poesía. Luego, en 2000, se hizo acreedora de una mención honorífica en la categoría poesía del Certamen Literario “Mexicali a través de sus letras”, año en que se editó su libro de poemas *La flor de Seirvat* en la Universidad Autónoma de Baja California. Poemas suyos han sido publicados en las revistas mexicanas de literatura *Aquilón* y *Tierra Adentro*. Reside actualmente en Hermosillo, Sonora, dedicada al trabajo jurídico.



Con qué palabras se dice el sueño,
sigo en el mismo cuerpo.

Me arde la conciencia
cuando tu imagen vuelve
la luz a mis ojos.

Con tu aliento
me humedeces.

Qué formas de traer
la calma al pensamiento.



De las cosas que no tuve
todas me hacen falta.

Aquello que no he soñado
ahora lo poseo.

Extraño al amigo que no llega.

Qué doloroso despedirse
sin sentir nada.



Dónde estuve tanto tiempo
en un sueño
el mar
las piedras.

Dónde estuve que ahora de vuelta
no soy la misma
ni las manos son las que tenía
mi vientre guarda vida
estuve creando.

Dulce agonía
ahora entiendo
crece en mi vientre y se mueve
con mi sangre se nutre
de mi cuerpo
su cuerpo
oleadas a mi tacto se asoman
permita la mañana
que con mis ojos lo descubra
a cada día su tamaño me sorprende
antes que yo él.

Mi luna será llena
y de este cuerpo vendrá
sólo la piel me impide
y de las manos
su forma se define.

I

Tres y media horas
los ojos abiertos
pienso
el sueño desaparece
no es la vida soy yo
un paso adelante pero no avanzo.

Desvío la mirada
y el destino gira
a cambio de algo
ya traemos colgado el precio.

II

Yo fui otra mujer
antes del nombre que poseo
ahora casi madre
antes que otra cosa
después de ser.

III

El tiempo me arrastra
me siento en lo alto
de pie sobre el aire
veo abajo como ver atrás
es casi lo mismo
me observo
intento nadar hacia delante
a veces
sólo a veces me dejo hundir
vencida del corazón
logro flotar con la corriente
de nuevo a la superficie.



Aquí estoy
en medio del desierto
esperando que la suerte
me rescate sin preguntas
cierro por fin los ojos
en este minuto
permito al aire acariciarme.



Ahora

qué se le puede decir a un hijo cuando nace

que no habla pero entiende

será la mirada nuestro puente

su llanto mi esperanza

¿el instinto aflorará?

¿no lo sé?

ahora que está en mí

lo siento.



Primer día de octubre
el año
no importa
empieza en siete
cuando los vientos
han cambiado
y del norte vienen
levantando el polvo
excita a las hojas
que tiesas y ocres
se dejan revolver
parece que la magia
se apodera de ellas
y la vida se manifiesta.



Día veinte
apenas sé
cómo di conmigo
qué sorpresa encontrarme
al fin
encontrarme
todo empieza en la música
siempre lo he dicho
en la música va
siento
descanso
me alejo y llego
la edad no me alcanza
permanezco
escucho
me escucho
nada de perder el tiempo
escribir por jugar a sentir
ningún día pasa
ninguno.



Esto y aquello
sin repeticiones
todo sucede
sucede y ya
las palabra con goteras
luces apagadas
miradas que se esconden
entre cortinas te observo
sucede y ya
que nos conocemos
hasta escapar un día
sin repeticiones
lo tengo para mí.



Después de voltear el vaso
poesía vuelve
que los poetas no se queden colgados de las canciones
quiero ruido
que se me haga un nudo en los oídos
que pueda otra vez escribir
con estos dedos que conectan
el alma a mi cerebro.



No sé a qué se deba
esta imprudencia
el haberme detenido
fue morir en movimiento.

Resucito
en este mismo sitio
lleno de visitas
pero no conmigo.

Nadie vendrá a decirme
de qué color es mi piel
de quién es el miedo.



Otra vez mis palabras
con las arrugas en nacimiento
sigo con el impulso de mis dedos
y los latidos retumban
me gritan que estoy viva
urgencia por decir las cosas
saberme aquí convencida
allá arriba un niño duerme
y le arrullo sus respiros
tranquilo sueña
se guarda bajo sus ojos
y soy la más feliz de todas
esta soledad vuelve
es la que yo quiero
con la que no discuto y me entiendo
me abandonó o yo alejé
aquí está
abriendo las cortinas
asomada y alrededor
una exquisita oscuridad
todo es perfecto
igual
como me gusta
lo encuentro.



Este desierto
se parece al mío
me faltan sin embargo
cañizales
mi frontera
mi línea divisoria
la convicción de encontrarme en la orilla
casi fuera
me faltan sin embargo
las rojizas tardes
que desde la infancia
traigo en mi recuerdo
cuántas ganas tengo
de pasar por la Reforma
de tomar una cerveza sentada en la banqueta
esa ciudad me falta
como el andar de un lado a otro
de llegar a todas partes y encontrarme con quien sea
no es cosa de nostalgia
es sentido de pertenencia.



Como mujer
tú ahora yo
imagino tardes - noches
pero en la madrugada despierto imaginando
las cosas que no haremos.

Qué ganas de estar contigo
el café de las mañanas
por un sábado despertar
y bajar con el aroma.

Tú ahí
sentada y derecha
con el cigarro en la mano
viendo hacia afuera
el jardín que dibujaste.

Hablar de los planes y las cosas
que ya no haremos
al cambiarlas por otras.

Qué buen recuerdo el que de ti guardo.



Veintiuno de noviembre
será que el invierno me gusta
decido escribir
últimamente me cuesta decidirlo
la necesidad que mi espíritu tiene
la mejor manera de soltarlo
las culpas
las penas lo ahogan
puedo alcanzar la pureza
regenerarme
volver al aire
aflorar.

Empiezo a sentir la vida
sus extremos son perfectos
tengo un hijo
sus ojos dos almendritas con luz.

No puedo ser más feliz.



Veintidós de noviembre
olor a café recién hecho
música alrededor.

Siete treinta y tres
amaneció fresca la ciudad
con encanto.

Nos hemos enseñado a tantas cosas
que lo difícil de la vida nos viene ligero.



¿De qué manera
se guarda aire en el corazón?

Un poco de luz
sólo un rayo
qué necesidad por volar
muy poco queda de mí.



Algún suspiro
dos manos
apenas la mirada me alcanza
siento cómo me voy apagando
estoy tan lejos de las plantas
si entrara por un momento
al árbol de mi existencia
la muerte pregunta por mí
no temo se revele
la he sentido.

Anoche pensé en ella
estoy esperando
cualquier momento es oportuno
viví.



Con una sola palabra
mi espíritu se enciende
el frío se antoja
con las manos
más fuertes que antes
levanto mi peso.

Porque en tus manos
abro el cielo
con tus ojos
toco y siento
me rompes
y desvanezco.

MARA LONGORIA

Nació en Mexicali, Baja California, en 1959. Cursó la preparatoria en el CETYS Universidad campus Mexicali de 1974 a 1976. Participó consecutivamente en los talleres de literatura coordinados por el periodista y escritor mexicalense Óscar Hernández, en la Universidad Autónoma de Baja California; por el narrador Jaime Valdivieso, en representación del Instituto Nacional de Bellas Artes; y por el ensayista y académico Sergio Gómez Montero, en el Instituto de Cultura de Baja California. En 1983 obtuvo el segundo lugar en el Certamen de Poesía de la Universidad Autónoma de Baja California. Publica en 1989 la *plquette* de poesía *Lluvia de guijarros*. Trabajo poético suyo ha aparecido en diversas antologías del género, memorias de encuentros de escritores, revistas y periódicos locales. Actualmente trabaja una pequeña colección de poemas, una muestra de la cual, "Vivir la sed", reproduce el presente volumen.

✿ Vivir la sed

*Le dice la mujer:
Señor, dame de esa agua.
Jn. 4,15.*

I

Cántaro de arcilla rojo
Sobre limo y hierba bañado
De luz desértica.

Siempre vacío,
Clamando,
Filtrando.

II

Ánfora metálica

Destellante sobre la mesa,

Iluminada por los rayos que atraviesan

El vidrio y la ventana.

De oscuras naderías envenenada.

III

Muéstrame el cuenco de cristal
Que al borde de su boca satisfecha
Retenga liquidez sin recelar
El rudo maniobrar que le acontece.
Muéstrame su impecable poder
De contener eternamente.

IV

Espera que aparezca el fuego,
Entonces hablamos.
Jactancioso contenedor plástico,
Hasta ahora, rebosando.

V

Odrina,
Húmeda y fría caverna de tus formas,
Sólo cauce.
Quien te penetra por la boca,
Quien te desborda,
De cualquier manera
Sólo transita tus grutas:
El resquicio por donde escapa
Eternamente la savia
Y te deja llena de espacios suplicantes.

VI

Garrafa de sueños perennes
Y porcelana,
Ornamento del deseo,
De ansiedades bruñida,
De clamores constreñidos
Asqueada.
Sedienta de manantiales presencias,
Persecutora eficaz:
Una gota
Sólo una gota
Otra gota
Sólo otra gota
Una más
Sólo otra más

VII

¿Quién restaura fisuras?

¿Quién vierte y llena?

¿Quién retiene?

VIII

Espiritifláutica vasija
Con máscara de barro,
No te quiebres,
Adobe de mis penas,
Aprieta tus carnes,
No permitas que el viento pase,
No dejes que se derrame el agua
Ni que la felicidad se acabe.

IX

Más te vale ir buscando,
Te conviene que le encuentres,
Ojo de agua inagotable
Para la sed persistente.

X

Y el que esperaba la crecida,
La inundación que desgajara cerros,
Los mares que violaran sus límites,
El caos que reordenara su caos,
El sedimento acuífero
Que lo nombrara pecera.

XI

Subyace bajo la ropa,
Respira, palpita,
Cavidad recipiente.
Una llovizna de espuma,
Cualquier líquida cosa,
Algo que le recuerde
Su identidad receptora.

XII

Qué absurda la vacuidad de su vientre,
Deshabitado y seco,
Se va quebrando la piel.

La necesidad no cede,
Pincha cada poro,
Tortura,
Martiriza,
No se rinde
Ni doblega,
Busca,
Toca,
Pide
Con más fuerza.

Ser oquedad persistente,
De sed genuina,
El orgullo de su haber.

XIII

La ubre consiguió el calostro.

Viene,

Sube,

Rebosa.

Baja,

Se va,

¿Regresará?

Angustia,

Otra vez angustia.

La sequía se vive

En interminables horas.

Patéticos instantes que le humillan,

Ademanes soeces y obscenos

Que le burlan la pericia,

Le gritan a coro:

¿Tienes sed?

XIV

Le llaman grial
Y se esconde,
En el espejismo
De una sed aliviada.
Es el mito pretextuoso,
Nos levanta en armas,
Nos subleva.
La presuntuosa pócima
Se escabulle en la fantasía,
No aparece,
Se derrama.

XV

Y el cáliz de los milagros
Se eterniza frente a todos,
A saber sólo de fe.

Bañado en oro,
Augusto y entronizado,
En el altar recogiendo
La vida de los crucificados.

Paciente,
Perseverante y fiel.

¿Se acabaron los misterios?

A veces la sangre se condensa,
Luego llueve
Sobre la copa.

XVI

En el huerto la olla,
Sus tejidos apretados y sedientos,
Olvidada con su ancha boca,
Empolvada como inútil.

De reajo mira correr
Los riachuelos por los surcos.
Sin resignación desea ser tomada
Cuando menos por la humedad de un lienzo.

El canto de la olla es un estallido de cristales,
Es el muñón de una mano cercenada,
Tira un manotazo cada vez que pasa el agua.

XVII

La playa se jura mar porque lo ve,
Ir y venir,
Subir y bajar,
Besar sus pies.
Se siente mar
Y es sólo arena reseca,
Se cree mar,
Lo tiene enfrente,
Lo piensa imagen en el espejo.

El mar la llueve, la salpica,
Le hace un festín de espumosas migajitas
A su vocación de lecho oceánico.

XVIII

En la orla del estanquillo
Blandieron las raíces sus dedos.
Ahí permanecen
Proveyendo con tranquilidad la copa.

XIX

Atractivo y prometedor se yergue a lo lejos,
Una fuente de recuerdos deshidratados lo sostiene,
El pozo está seco.

XX

Agua y sed se desconocen en el encuentro,
Están por la búsqueda agotados,
Siguen caminando.

XXI

La tierra

Por fin entiende el círculo,

No hay origen ni destino,

La sed es eterna.

La nube dejará caer suficiente agua,

Lo que sobre, volverá a ser nube.

JORGE ORTEGA

Nació en Mexicali, Baja California, en 1972. Cursó la preparatoria en el CETYS Universidad de 1987 a 1990. Es poeta, ensayista y crítico literario. Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Barcelona con la calificación de Sobresaliente “Cum Laude”, y, desde 2007, miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México (SNCA) en el área de letras. Publicó su primer libro de poemas, *Crepitaciones de junio*, a los 20 años de edad. Hasta ahora su bibliografía la integran ocho títulos de poesía y tres de ensayo literario. Sus libros más recientes son *Ajedrez de polvo* (tsé-tsé, Buenos Aires, 2003) y *Estado del tiempo* (Hiperión, Madrid, 2005), este último finalista único del vigésimo Premio de Poesía Hiperión convocado en España por la editorial homónima. En 2000 y 2004 mereció el Premio Estatal de Literatura de Baja California en los géneros de poesía y ensayo, respectivamente; y, en 2001, obtuvo el Premio Nacional de Poesía Tijuana. Colabora en distintos medios culturales y literarios de Iberoamérica, tales como *Crítica*, *Ínsula*, *Letras Libres*, *Mandorla*, *Nexos* y *Revista de Occidente*.

Como joven creador fue becario en más de una ocasión del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Baja California y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México. Reseña mensualmente para la revista española *Quimera* las novedades en poesía. Ha ofrecido lecturas y participado en presentaciones editoriales, festivales, encuentros, conferencias y congresos de literatura en múltiples ciudades de América y Europa. Su poesía figura en las antologías poéticas de su generación en México *El manantial latente. Muestra de poesía mexicana desde el ahora* (2002), *Árbol de variada luz. Antología de poesía mexicana actual* (2003) y *La luz que va dando nombre. Veinte años de la poesía última en México* (2007). Textos suyos fueron recogidos en las publicaciones colectivas *A contraluz. Poéticas y reflexiones de la poesía mexicana reciente* (2005) y *El hacha puesta en la raíz. Ensayistas mexicanos para el siglo XXI* (2006). Como académico de la literatura se ha especializado en poesía, prosa y cultura del Siglo de Oro, poesía iberoamericana contemporánea y poesía mexicana del siglo XX. Pertenece a la Asociación Internacional de Hispanistas y a la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos Actualmente es profesor investigador del Colegio de Ciencias Sociales y Humanidades del CETYS Universidad.

❁ El momento

Hemos sustituido la cortina
con papel albanene. Y sin quererlo
obtuvimos así la luz exacta,
la intensidad de luz que perseguimos
durante lustro y medio.

Intensidad de luz que entra descalza
en las paredes blancas de la sala,
en el diáfano aljibe
donde amortigua el sol,
donde hasta el sol se anula y cristaliza
en lombrices translúcidas.

Y no es la intensidad sino su modo,
el gesto de filtrarse al comedor,
aderezar la mesa,
encandilar las páginas de un libro
leído al mediodía.

El ángulo, la forma
en que redimensiona los objetos
ya dentro de la casa,
el viso con que alivia el azulejo
como un mantel de agua
de quietos resplandores.

Lástima que nos vamos, lástima que el espacio
no esté para nosotros a la vuelta
de recorrer el mundo.

El momento esperado
llega cuando partimos.

✿ Hacia el metro

La calle huele a calle.

En el aire desierto
gravitan los olores.

Polvo, aserrín, ladrillo
rociados por el alba
y su lengua de vaho
que pudre los cerrojos.

Las puertas se abren solas
al principio del mundo;
de los talleres envueltos
por las redes del sueño
salen los simulacros
de un incienso humilde.

El tiempo restablece en la mañana
los ruidos olfativos,
indicios, emisiones
de un futuro que salva
lentamente
— como el gradual despliegue de la flor —
el ancho pergamino de una nueva jornada.

Nada me consta:
arquitectura efímera.

Invisible sobre lo invisible.

❁ Frecuencia modulada

(“Gold”, Spandau Ballet)

Una canción te sigue hasta Madrid
a través de los años. El espejo
de la barra te ofrece las facciones
del muchacho que fuiste en la segunda
mitad de los ochenta. Quién diría
que tras hendir los mares y los cielos
y machacar la suela en las aceras
la radio de un lugar insospechado
que no estaba en el plan de la mañana
habría de emitir para ti solo
la pieza de un verano mesozoico.
La charla insulsa junto a la piscina,
el agua a contraluz, los camareros
de blanco y Laura, la que te gustaba,
en una mesa aparte, con su grupo.
La música por dentro, retumbando
para nadie, el runrún de la cadencia
como una forma de infundirse ánimos
desde la soledad de la garganta.
La hidra de los sueños olvidados
vuelve a asomar del pozo de ti mismo
para de nuevo hundirse en el drenaje
de tus viejas arterias. Flota lánguido
en la cerveza un girasol de espuma
que se disuelve con los comerciales.

✿ Lección de biología

El pájaro es más leve que la rama
en el jardín de la fragilidad.

Resbala, se desprende
una migaja de agua,
ejerce
sobre la nervadura de la hoja
el peso vertical de su abalorio.

Mas
el pájaro
se arraiga a las cornisas
como una marioneta
tirada por las hebras de la lluvia.

Nosotros, a la inversa,
no terminamos nunca
de caer,

igual que el cielo que se desmorona
bajo el hacha del trueno.

Terrícolas, el suelo nos reclama.

Y así, sólo compete
acatar la inercia del diluvio
y el ascenso del pájaro

desde un punto de mira que reitera
la imposibilidad de nuestra hechura.

Autovía del noroeste

Onde a terra se acaba e o mar começa
OS LUSÍADAS, III, 20, 3.

Nos acercamos a la finisterra
bordeando la costa.
La niebla peina el bosque
y entre los altos robles
cariados por el musgo
enreda su enigmático sudario.

De pronto, en una curva,
la alfombra lapislázuli, casi ficticia
de sorpresiva y breve;
y otra vez la espesura
negándose a menguar en el asombro.

Los límites del orbe
no son de agua ni fuego,
de rugientes llamaradas
en un cantil sin fondo
o de cascadas que caen
interminablemente
al magma planetario.

Abundan las coníferas,
y el mar, en cualquier caso,
prefigura un comienzo, indica un horizonte
con su genoma que engloba
— lo sabe el renacuajo —
los orígenes de la vida.

❁ Primera llamada

Urge contar lo que sucede
no arriba en el lenguaje
y su costra de espuma

sino abajo, donde
la llama se doblega
o tiembla la raíz.

Urge invertir el cono
y denunciar su fondo,
atraer el clamor de las arenas
que la corriente submarina
ondula.

Respira y sumérgete.
Asciende y recupera lo que has visto
para alivio de quienes esperamos
en el espejo de la superficie.

Mucha tinta ha corrido
y seguimos en ascuas.

Alumbra un poco más tu circunstancia,
acerca la linterna a los abismos
para buscar la llave entre las rocas.

Discante

He entrado al laberinto y he salido de él herido de incredulidad. Moje los oídos en rumorosas fuentes que se dejaban escuchar desde muy lejos y refresqué los ojos en el aura de barnices jamás vistos, errando en poner nombre a lo que no lo tenía. La exactitud de ciertos tonos me ha redescubierto los innatos conjuros de la pigmentación. El trazo de los planos y las formas —ángulos, volutas, líneas rectas de altura ciclópea— depuso en la pupila su aguja de mica deslumbrante. La caída del agua me confió en una esquina rosada el álgebra de su música oculta, su esbelta cabellera de plateados y fugaces logaritmos. He venido sin cámara al país de yo-estuve-aquí, pero ni la palabra sirve de espuela para retener la permanencia del instante. Es el intraducible palimpsesto de lo que se percibe, la ociosidad de la glosa, ese no lenguaje que implica quedarse el testimonio o reservarse el derecho a declarar; la insuficiencia del grabado, la inutilidad del vocabulario que corre en vano hacia el destello del peplo de una ninfa en jardines más bellos que lo imaginado. Crucé el arco de entrada bajo mi propio riesgo y he regresado sumido en el largo silencio de los desahuciados.

❁ Cuestión de perspectiva

Tú no eres más sabio que el arbusto
por estar de este lado, el arbusto
que te mira sentado en el tranvía
rumbo a la incertidumbre.

Al margen del sendero que conduce a Roma
— desde un brocal inculto —
filma el arbusto el paso de la historia,
el tránsito del mundo en sus aristas
que se componen y se recomponen
indefinidamente, como la geometría
de un caleidoscopio.

Todo ocurrirá frente a sus hojas
sin necesidad de moverse.
Las tribus, los inventos, las alianzas,
la noticia del crucificado
en un solar de nadie, por baldío.

Mientras te desmoronas
barriendo los distritos
o trajinando comarcas
el arbusto examina, mudo y fijo,
la fuga y el repliegue
de quien se afana en hollar las veredas
en busca de algún grial.

Sin pretenderlo
ha registrado en sus ramas permeables
la cátedra del orbe,
y su follaje tímido almacena
los secretos de las caravanas,
las cosas que los hombres se confían
pero que el aire escucha y retransmite
a los matojos donde se decanta.

Tal vez la sugerencia que persigues
duerma en la savia el sueño de los justos.
Acércate y pregunta.

✿ Nocturno de El Albaicín

El agua es la sangre de la tierra
– seguramente ya se ha dicho antes.

El agua es la sangre de la tierra
y viaja desde lejos, por debajo,
para surgir del centro de la piedra:
hidrante mineral de las edades,
profundo corazón.

Y viaja
desde lejos o cerca
para volcar su curso
al pie de nuestra sed.

Mira el dorso del río
tatuado con las hojas del castaño;
míralo y queda curado,
recobra la vista una vez más.

Oye la fuente allá, con su continuo
monólogo de dios que se desangra
pero que nunca llega a fenecer,
sino por el contrario,
que adiestra nuestro oído
para el canto del pozo.

Es medianoche y alguien sigue hablando
entre las parras y la hiedra oscura.

Suave dicción del agua que no cesa
de transcurrir detrás de los postigos
como una serenata primitiva.

Danos, oh numen, el punto de apoyo
para sobrellevar este prodigio
hasta el amanecer
aunque no comprendamos su lenguaje.

❁ Versiones encontradas

Mancho el papel de sílabas
y qué sé yo.

La noche se descubre en la tronera
y qué sabe ella
desde su desapego
más cerca del jamás que del quizás
del griego que por siglos
borda la misma tela
del cálculo y la ciencia
en su atiborrado gabinete.

Qué sabe el día siguiente
del trébol que amanece sin noticia;
o bien, de la retama
que ayer no estaba aún entre nosotros.

Sucede la neblina,
el resbaloso musgo de la cuesta,
la humedad forestal que enerva a las luciérnagas, el
molusco
que transpira la gruta
sin que uno lo sepa,
la no sembrada flor del precipicio.

Entra en materia una infusión extraña. Y todo
se pone en marcha
o deja poseer
por la deidad sin nombre.

❁ Teoría de la luz

Sentado a solas en el comedor
sin más vitualla que la del ayuno
qué tanto contemplaba.

Era un dejarse estar
lo que me retenía, un dejarse caer
en el instante sin fondo
de la perplejidad.

El polvo gravitaba con el ritmo
de una constelación en movimiento,

y todo cabía ahí: las conjeturas
y formas del deseo, los audaces
polígonos del sueño, las falacias
que desplegaba el párpado
preñado de incoherencias
y el alba diluía.

La ventana era la hoja en blanco,
el intocado folio, la pulida visión del inocente
en que la voluntad pactaba con los planes.

Y todo estaba ahí
porque no estaba escrito.

La luz borraba el mundo
y lo restituía.

❁ *Bedia*

Cruzamos el umbral sin darnos cuenta
hasta llegar al centro.

¿Qué sabíamos nosotros de fronteras?

Entramos al desierto
como entrar en el agua,
como salir del agua
y entrar de nuevo a lo seco.

“Pásele a lo barrido”
— pensó uno de los dos.

Y sonreíste a la nada que se abría
como un vasto paréntesis
a la torpe
sintaxis
de nuestro paso confiado.

Ignoramos aún
si estar dentro del círculo
es estar en el centro
o si el centro
es el círculo.

La brisa que cabalga por tu frente
nos libra de indagarlo.

Vitral

Cómo decir los colores
que aún no tienen nombre,
los matices inéditos
que el sol funde y olvida
en tus ojos atentos.

Contemplas lo inmutable con azoro;
no es la medalla fiel de la rutina
o el gusto de saber lo que posees
otra vez donde mismo, no la ciencia
de mirar distinto
lo que no cambia ni se desplaza.

Es lo de afuera, lo que no está en ti,
el lienzo mineral erguido a solas
en la gruta polar de la penumbra;
lo que no ostentas,
aquello que se ofrece de otro modo
y hace la diferencia
embriagando la espera
de interrogación y maravilla.

Renuncia al paradigma
y conserva su lustre,
la piel de las variantes.

El vitral

seguirá ahí, pero la luz no siempre
volverá de igual suerte a atravesarlo
para imprimir en la retina
un firmamento de nuevos esmaltes
que no podrás nombrar.

JUAN MANUEL REYES MANZO

Nació en La Paz, Baja California Sur, en 1980. Egresó en 2002 de la licenciatura en Administración de Empresas del CETYS Universidad campus Mexicali, haciéndose acreedor de la medalla al Mérito Académico. En 2001 fue seis meses estudiante de intercambio en la Universidad de Barcelona, España. Ha participado en varios talleres de creación literaria impartidos en el CETYS Universidad y la Casa de la Cultura de Mexicali. Obtuvo el primer lugar del Certamen Institucional de Poesía del CETYS en 2006, y, en 2009, resultó ganador del Premio “Peritus” en la categoría de jóvenes creadores. Poemas suyos han sido publicados en revistas literarias de Mexicali, Torreón y Mérida. Es un activista de apoyo a la literatura, sobre todo de la poesía, y seguidor del tenis, la trova y la carne asada. Fan de la esperanza.

✿ Era digital

Mis manos
son diez versos dactilares
estrofas diestras
sílabas siniestras
falange de vocales
poros parlantes
entre líneas abecedarias
con vellos
que asemejan la epidermis
a un bosque de acentos depilables

Soy un poema digital
motriz gramática corpórea

✿ De la columna láctea y sus vértebras nebulares

¿Qué te puedo decir?

no son feas

tampoco bonitas

les da calor en invierno

frío en verano

¿Quién diablos las entiende?

ni Orión, Hércules o el Halley

ni el gigante Júpiter

tampoco el negro abismo

menos el tendón intergaláctico

Sólo quería que supieras de ellas

Ferrari

La fe es como un auto de carreras:
se puede escapar muy rápido y sin ser visto
puede morir después de un accidente

✿ Vayamos a dormir

Resulta
que la mecha del día
se va extinguiendo
los segundos de los últimos minutos
son eficaces portavoces
de un destino infranqueable:
una fecha va a morir

Resulta también
que el pensamiento es ahora
un sindicato de neuronas
que no obstante su entumecimiento
conglomeradas gritan al patrón
todas al unísono:
vayamos a dormir

✿ Lo que dice la palabra

Por ser tratamiento
porque tratas y mientes
por ser mi atadura
atas y duras
por ser temporada
de tiempo dorada
doras mi hada
madrina
madre divina
heroína
de héroes y ruina
el pasado
pasa osado
por fuego
fue ego
tu ego
el mío
lo nuestro
no es esto

✿ 11:47 pm

Trémulas manos
trotan en teclados
buscando tu cordura entre la q
la a
la w
dibujando tu silueta entre la i
la b
la p
palpando tu ausencia entre la r
la m
la t
imaginándote por todas las demás
por la mayoría
por los números
los signos
y el resto del abecedario
que me recuerda a diario
tu nombre de letras
y lo cabrona de esta falta que me haces

❁ Laguna mental

Como cangrejo urbano testarudo
allá voy
caminando para atrás
con un par de patas derretidas
hacia ti
me gusta ver tu lengua erosionada
roba al tiempo su sabor
voy a comprobar lo vertical de tus líneas rectas
trazando una circular
desde tu muslo agrietado
hasta el horizonte lítico
pero que me haga regresar
a este lugar donde el sonido se rompe
y es tragado por el fantasma de las dunas
aquí
donde el viento narra a quien lo escucha
que seguido se desmayan las estrellas
quienes moribundas cuentan
que esta explanada de sal
les recuerda a sus planetas solitarios

❁ Espejismos en el valle

Precaución:

una tarde cualquiera
en auto o a pie
siempre y cuando se ande por el valle
con centígrada actitud
se pueden ver férreas líneas
que van al infinito
o carreteras
con oro a los costados

Cuidado:

aquí se puede ver vapor que baila
una danza geotérmica
tierra prieta que matiza un cerro
que está hueco por en medio

Pon atención

Gente trémula

Como si no bastara
ser la coordenada cero
el punto de origen
del agujero en el ozono
como si no fuera suficiente
comprobarnos radioactivos
saber que en nuestra piel se tatúa
un sudor perpetuo
o que los niños
escuchen hablar tanto del mercurio
que ya lo confundan con pariente
no, para los caprichos de la geografía
eso no basta
en esta ciudad septentrional
corroboramos también
el poder de la tectónica de placas
la escala Richter
ve en nosotros su ejercicio
la actitud telúrica
de este rumbo y sus entrañas
nos tiene expectantes
pidiéndole a Dios
que nos permita citar canciones
y que si la tierra se sacude
a todos nos despierten
cuando pase el temblor

✿ Homilía en Fahrenheit

Hijos míos, mi Mexicali
de pie por favor:
Demos gracias al Señor
por la capacidad que hemos desarrollado
en nuestra pigmentación
para soportar el incesante
bombardeo continuo ultravioleta
Demos gracias
por acondicionar el aire en las paredes
por la manguera de los *coolers*
por las fábricas de hielo
Demos gracias
por las sombras
tan escasas hoy en día
por el camión refrigerado
por el bloqueador solar
Y les recuerdo:
Bienaventurados los que sudan
acuíferos momentos que vivieron
Pueden sentarse

✿ Verdades ocultas descubiertas sobre asuntos netamente mexicalenses

Irrefutable:

Nuestra mascota por excelencia es un dragón
la gente de aquí vive con fiebre
no hay golpes de estado, hay golpes de calor
en las calles (y a manera de dato) los tragafuegos sólo están
siendo ellos mismos
no se juega a policías y ladrones, se juega a los quemados
en este rumbo Cupido trae una manguera
el boli y los hielitos son siluetas de segundos
el volcán sale en las cartas de lotería local
el fuego labial es nuestra marca registrada
el traje típico de la ciudad es un traje de bombero
en las paredes todos los Cristos están sudando
los bebés toman leche evaporada
una glorieta completa es de trescientos sesenta grados
centígrados
la antorcha olímpica es ciudadana ilustre
un pirómano es gente normal
las llamadas telefónicas no se cortan, se derriten
y la hormiga atómica, nació aquí
cerca de Reforma y Calle G

❁ Fococelda

Aquí
la luz custodia al tiempo
la atmósfera es red invisible
en este árido mar
fantasmas eólicos
nos colocan en sus nasas fluorescentes
cual cardumen desértico

Lazo solar
certificado con candela
de la envidia que nos tiene la penumbra

❁ Versos cuaresmáticos

III

Semana Santa

San Felipe

San Luis

Santa Clara

San Diego

San Francisco

San Lucas (al cabo)

San Pedro

San Agustín

Sand Wich

Santo el enmascarado de plata

Hay muchas cosas santas en cuaresma

IV

Se respira vacío

se repite cada año

uno se pone medio nostálgico

cada vez que se vienen los carnavales

o cuando se van los carnavales

más aún:

cuando no se va a los carnavales

V

Así

como si nada

la vida

los problemas

el trabajo

el amor

el sexo

el clima

la fiesta

el hambre

la prisa

las tiendas

las iglesias

las carreteras

las playas

la gente

las costumbres

la cocina

todo

todo es una capirotada

VI

En estas fechas uno recuerda

cuando mataron a Jesús

su resurrección

cuando subió al cielo
al tercer día
el cuarto ya no lo recordamos

Podríamos recordar
con la misma magnanimidad
cuando se descubrió la penicilina
la vacuna contra la rabia
o el primer *bypass* cardíaco realizado por la ciencia
pero todo eso no vende tantos pescados
ni hace que tanta gente beba hasta saciarse

VII

Versoterapia:
Tratamiento para curar males
a base de repetidas dosis de poesía

Término oficial que surgió en cuaresma

VIII

Un adiós sin querer

Por querer
gente se va en cuaresma
con la familia
los amigos

con pelotas, palas, baldes
y pantalones cortos
a crear cuellos de botella
en otros códigos postales

Sin querer
gente se va en cuaresma
se va
y ya no regresa

IX

En Semana Santa
la mente se va de vacaciones
empaca
selecciona cuáles neuronas son candidatas
al patíbulo de alcohol

Para el cuerpo
ojalá y el asueto fuera más extenso
o prolongable
estirlo más de siete días
para comer más ceviche

Para los pescadores
debiera durar más la cuaresma
a sus bolsillos les convendría que Jesús
hubiera tardado más en resucitar

XV

La historia es un carrusel
sigue habiendo Judas
muchos Mesías
muchos Barrabases
romanos
monedas de oro
Poncios y Pilatos
cruces
lamentos
traidores y peregrinaciones

La historia se repite
con Jesucristo como Superestrella

XIX

La Semana Santa
toda la cuaresma
se presta
para lo homónimo
lo homófono
los sinónimos y antónimos
por ejemplo:
un cura cura
pecados pecados
por los buenos malos

en casa
o de caza
orando
horas ando
sumisa
su misa
con los fieles
fiel es

Toda la cuaresma
se presta
para ejercitar el castellano

ALEJANDRA RIOSECO DE LA PEÑA

Nació en Mexicali, Baja California, en 1970. Estudió la preparatoria en el CETYS Universidad entre 1985 y 1988. De ahí pasó a cursar la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la entonces Escuela de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Baja California, en Mexicali, donde se graduó cuatro años después. Entre otros breves estudios de poesía y teatro, egresó también en 1992 del Diplomado de Artes Escénicas del Centro de Artes Escénicas del Noroeste (CAEN) del Centro Cultural Tijuana (Cecut). Desde finales de 1990, hasta la fecha, pertenece como actriz al grupo teatral Mexicali a Secas, habiendo participado en alrededor de quince montajes. Ha publicado textos en revistas literarias de la región, como *Yubai*, editada por la Universidad Autónoma de Baja California; en el diario *La Crónica de Baja California* y en el semanario cultural *Bitácora*, de Tijuana. Poemas suyos han aparecido en diversas antologías del género, siendo la última de ellas la bilingüe *Nuestra cama es de flores. Antología de poesía erótica femenina* (Cecut, 2007), compilada y traducida al inglés por el poeta tijuanaense Roberto Castillo. Publicó el año 2000, en Editorial Malabares, un libro de poesía que lleva por título *El réquiem de las flores*.



Perpetuidad

Ojo

Luz

Vastedad

Sino

Carajo

Locura

Vestigio

Carne

Punto de referencia

Animales

Bestias

Llagas

Sal indómita

Tierra apacible

Voz que carga sus harapos

Es mi diaria

lista del mandado

¿Cuánto le debo?

❁ Documento para despertar

Hoy

(no estoy)

fui a dar una vuelta
el cadáver de mis ojos
languidece bajo su ruptura
piedra en el centro
hábito de mosca

Es Dédalo quien me puebla
rojas las uñas
que abren paredes
estacas
látigos
y un hueso de durazno

El centro es lo que revienta
y sale por las manos
espacio dorado
fértil

caducas las emociones
transparentan los agravios
Perséfone enrarecida
gris y devuelta:

columnas de aire por los dientes
crucifijos en el pelo
— no hay motivos para el hambre —

La luz revienta en la ventana
se ahoga, cae
y acaricia los perfiles
que se levantan con los ojos
y abandonan su momento

Es un punto lo que brilla
y lo toco con el dedo:
fui, somos, no seremos
(chilla la mesa, el florero)

orificio en mis entrañas
por donde entran los silencios
que me recuerdan los gatos
las hojas secas y los rostros

Ha de ser la costumbre

❁ 1598

Tiempo de hojas que cayeron
en los ojos
de vidrios ausentes de carne
y rojos inflamados en su jugo

Tiempo de charlar con la aguja
coserle los labios a los días
y atrapar la mosca que nunca llega
zumbido que atraviesa territorio en despoblado

Todas somos seis en una:
un poco Catalina
algo de Ana, un tanto de Juana
tiempo de volarnos el sentimiento
la pasión, el regocijo y hasta la virtud
de las leyes
y quedarnos con las manos el vientre el alma vacía



A veces
Como arena
Quiero borrarne entre los dedos el tiempo
disolverlo en el jugo de las tumbas
Heredarte esa pesada piedra

Cada día
mojo los surcos de la piel
con gotas de un antiguo mar desencajado
un viejo sabor a amores truncos
y a muerte
a pechos vacíos y sonámbulos

Todo es oscuro en mi equilibrio
poco a poco gana la zozobra
del miedo mordido por el cobre
son los mismos temores
la soledad la locura el desamor

Cardúmenes de espinas me rodean
toda y tanta traición hay en el mundo
que quisiera
desterrar los viejos mástiles
y abrirme el corazón:

una letra para Ángel
una flor para mi madre
para mi padre, toda el agua
y a Dios, los músculos podridos de su enjambre

❁ La palabra del poeta

Todo poeta quiere a su palabra en la medida en que la conoce. Esto, pensando evidentemente en aquello del refrán popular que dice que Inés (o Juan o Rigoberto) no son como los pintan hasta que duermen, comen, sudan, barren la casa y se quitan las lagañas enseguida de ti a lo largo de un mes.

Vivir un mes con la misma palabra. Por ejemplo, pensar en la adolescencia y recordar a los (entonces) rucos. Los *rucaillos*, los *ruquillos*, los *ya estás ruqueando* y los *mi ruca no me dio lana*. Descubrir que su origen —puede bien— ser la palabra *rucio*, utilizada con frecuencia por Cervantes en el *Quijote* para describirnos a los animales canosos y cansados y por quienes envía a Sancho Panza en una de sus tantas febriles ocurrencias. Los asnos pardos de entonces, los rucos de hoy. *Ruco* es, entonces, *la palabra que persiste*.

Está también *la palabra que suena*. No es lo mismo decir menso que decir tarado. Ni es lo mismo cantar desde el aire que gritar desde arriba. Algunas palabras son suaves, redondas, lisas al oído; otras chillan, te agarran de los pelos y te clavan sus letras; otras como que mugen y van lentas, lentas y pacen en el camino que recorren desde el pasto de la tinta hasta los ojos que las oyen.

Está el caso también de una palabrita que comienza siendo pequeña y luego el texto le otorga mayores responsabilidades y en vez de sólo decir “sí” dice, por ejemplo, “sí, con todo y que tengo las enormes ganas de decirte no y que chingues a tu madre tú y todos tus familiares”, entonces ese “sí” crece y se convierte en el sí-y-todo-lo-demás. Este “sí” es *la palabra que crece*. Y este es uno de los mayores aciertos del poeta: cuando la palabra crece y trae consigo los significados de palabras ajenas o de frases enteras. Cuando se evoca la imagen y una palabra se convierte en una puerta que nos lleva a lo que

Vicente Huidobro llama *la significación mágica*. Lo que ella es, lo que existe en ella y lo que el poeta puede hacer que viva en ella. La palabra es, la palabra existe y la palabra vive.

La palabra que vive es, luego, lo que primero toca al poeta. Las palabras que llegan con su carga de vivencia le dan al poeta la luz para renombrar las cosas. Quien vive, se mueve. Es como si las palabras tuvieran ese dejo de inmanencia a la que se refieren los filósofos cuando describen la energía que hace que los cuerpos funcionen armónicamente, en sí y para sí mismos. Acto seguido, el poeta — para poder nombrarla — busca a la palabra que suena y después a la que sobrevive para entregarla a un texto para el que lee o el que oye. A los ojos y a los oídos que serán el punto intermedio entre el poeta y la eternidad.

LA PROSA

ÉDGAR GÓMEZ CASTELLANOS

Nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en 1960. Cursó estudios de preparatoria en el CETYS Universidad de 1977 a 1979. Licenciado en Derecho. En 1985 fue becario del Centro Mexicano de Escritores, donde redactó los relatos que constituyen su libro *A un recuerdo de distancia* (Instituto Nacional de Bellas Artes-Dirección de Asuntos Culturales de Baja California, 1987). Su obra ha sido antologada en una variedad de publicaciones colectivas, entre las que destacan *En la línea de fuego. Relatos policíacos de frontera* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1990) y *El cuento contemporáneo en Baja California* (Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Cultura de Baja California, 1996). Es coautor, con el escritor Gabriel Trujillo, del volumen *Mexicali: escenarios y personajes* (Universidad Autónoma de Baja California, 1987). Cultiva una pasión de muchos años por la música, de la que es prácticamente un erudito.

Anoché, una idea

El primer contacto de los cuerpos es siempre inseguro. Una vez superada la etapa de reconocimiento y aceptación de los labios del otro, del olor de su boca, el sabor de la saliva, la firmeza o suavidad de los contornos de la cara, el tamaño y consistencia de los senos por primera vez liberados, la inexacta movilidad de las manos recorriendo los hombros, la espalda, viene un nuevo inicio.

Entre los rumores de la piel, desnudos, los cuerpos están indefensos, imposibilitados al fin para mentir, temerosos de la entrega a pesar de la necesidad de placer. El encuentro con el otro los arroja a un nuevo espacio que se percibe como un inmenso vacío y la caída es un desprendimiento brusco del mundo, de uno mismo. Es un alejamiento de todo lo que alguna vez los unió a otros. Los cuerpos caen, pues, en una vacuidad que debe ser llenada y que por ello nos arranca imágenes, sensaciones, recuerdos. El amor es terror, el placer es batalla.

Para evitar la aniquilación total, el ser exige colmarse con cada nuevo movimiento, con cada temor, idea, angustia. Al vacío se llega renunciando sin remordimientos al pasado. El mundo conocido se destruye, se reinventa de nuevo.

Las primeras caricias son fragmentadas, torpes, discontinuas. Recorren con temor el cuerpo del otro. Lo tocamos tratando de poseerlo todo de una sola vez: el centro, los bordes, los pliegues. Lo sentimos con el asombro de estar frente a algo que no era desconocido y ahora apenas comienza a pertenecernos.

La textura de la piel, siempre tan distinta a la nuestra, siempre tan distinta a la que la memoria de los dedos había llevado impresa hasta ahora, en que ambos cuerpos intentan ser uno.

Y con todo, el temor se hace más intenso y por instantes brevísimos, parece debilitar al propio deseo, porque aún no conocemos las nuevas texturas, tan distintas a la de la mujer

anterior (a la que se creyó amar), aún cuando entre ambas un gran silencio haya transcurrido. Y siempre cada nuevo labio, cada nueva mano, cada nuevo cuerpo es una forma extraña de acercarnos a otro mundo. O el mismo, de otra manera.

La suavidad es distinta, como distintos son los pliegues de los cuerpos, como lejanos o cercanos los dedos, los muslos, los cuellos.

Habrà que acostumbrarse a ritmos distintos, a nuevos aromas de flores desconocidas, a tibiezas y humedades nuevas, aún por descubrir.

Habrà que no pensar que mientras comprendemos, el placer no llega, la ternura no llega, el amor... el amor no llega.

Pero están los suspiros, los movimientos, los lenguajes nuevos, todo eso que nos ocurre y que hacemos que suceda para que la sangre no se detenga, dejándonos en un sopor que nos arrastre hacia la tierra.

El fin del mundo

Ahora no puedo más que aceptarlo. Cuando Eunice sonrío no sé qué hacer, especialmente en esas ocasiones en que de su boca sale un como brillo azul que me baña, y me deja su olor por dentro y el color de su piel en el cuerpo. Un tatuaje para esa lejanía que no habrá de olvidarse.

Y no importa no saber, porque es eso lo que, a pesar del tiempo envejecido, lo que me seduce una y otra vez y hoy me hace darme cuenta, con dolor y lo demás, que puedo perderlo todo en un minuto o dos.

Es el borde del abismo, el vértigo de la sonrisa de la mujer ida, el miedo que me hace perder el equilibrio.

No es inútil, entonces, saber que el fin del mundo siempre se escondió tras aquella sonrisa y nunca lo supe, o acaso bajo su gesto felino de acomodarse el cabello tras la oreja, mientras yo era un hombre inmóvil, como sólo es posible ante lo insólito.

Y entonces, qué raro es esto, ya cansado de tanto insomnio, el recuerdo de aquella sonrisa acaso imaginada, se escurre ahora y se mezcla con la sangre que parece salir de mí, y el dolor comienza a desaparecer, aunque aún pueda perderlo todo en un minuto o dos, pero el mundo no acaba.

❁ La melancolía del esperador

Cerrar los ojos un tiempo. Eso quisiera, aún ahí pero precisamente por eso. Cerrarlos y borrar las imágenes que no dejan de moverse. La forma correcta de concentrarse en lo otro, sin vergüenza de hacerlo; bajar los párpados y dejarlos así, aunque lo vean y piensen que está cansado y a punto de quedarse dormido en público, de día, en una estética o salón de cortapelos. Como sea, cuando lo que en realidad importa es que en el fondo espera que aún no sea su turno de pasar al sillón, al fin rendido, de espaldas rendido a Nely, porque lo primero después del simple pero correcto saludo que requieren las circunstancias, no es tanto buscar qué decir, de qué hablar con genuino interés más allá del tipo de corte del cabello que requiere, sino cómo no hablar ni sonreírse cortésmente, cómo no parecer grosero en el silencio que requiere para pensar en las fotos, en la mujer que cruzaba la calle sonriente bajo un apenas resplandor naranja del sol, en el reflejo del perfil de Nely frente a él que ahora camina confundido hacia el sillón. Porque contra todo, es su turno y no hay qué hacer. Y ya no es la nerviosa espera mientras la mujer de manos suaves baja el respaldo del asiento, abre las llaves de agua y le moja cabeza, es la aceptación de que no será posible cerrar los ojos ni nada parecido. Todo sucede de repente, y con todo, qué mal evidenciar el placer del agua, qué mal sentirse bien en el momento en que Nely lo toca con suavidad.

(Luego de tanto tiempo, ahí está ella. Pero la historia improbable, esa que aún no comienza, había empezado sin darse cuenta algunos años antes.)

Cierro los ojos y pienso en la mujer de la foto, pienso en una mujer anónima, como la que pasa frente a la puerta de este lugar y mira curiosa hacia adentro. Lo que mira entonces es una mujer esbelta, con un uniforme negro, pantalón y blusa de trabajo, desfajada, el cabello rojo, corto y engomado. La mujer está de pie, lavando el cabello de un hombre que

parece satisfecho mientras en el vestíbulo del salón dos mujeres hojean sendas revistas y platican. Quien observa, lo hace apenas un instante y sigue su camino luego de mirar su reflejo en los vidrios del local. La mujer de afuera sigue su camino, tal vez al encuentro de un destino, otro, distinto al que imaginó algún día, o ese mismo por la mañana.

§

Lo que la mujer que pasó por la calle no alcanzó a ver, es que en el salón también estaba otro hombre, sentado más allá de las dos mujeres que leían. El hombre parece cansado y cierra los ojos. No está luchando contra el sueño. Está pensando “cuántas historias como ésta mía habrá en el mundo, cosas que suceden o que se piensan frente a otros, tras otras puertas, en tantas ciudades... ¿quién mientras pienso e imagino a Nely cerca de mí, cuando sea mi turno, sentirá algo inmenso como lo mío ahora? “Luego recuerda la risa maravillosa de un niño que recién descubre algo y se asombra, y su asombro afecta a alguien que lo mira casualmente y añora esa sensación. Pensar en ello mientras espera, le causa melancolía. Luego ésta desaparece.

§

Todo transcurre en la tarde alta y los rayos del sol dejan caer la luz última del día. Las sombras de los árboles ya no cambian de lugar, tan sólo parecen retraerse sobre ellas mismas.

§

Desandar los recuerdos fue casi desde el principio de ese día lo que sus pasos guiaba. Historias grandes y pequeñas, casi todas dolorosas, cada una en su lugar. Voces que tantas cosas callaron, miradas que no encontraron su rumbo a pesar del esfuerzo. La imaginación andando a tientas. Pero eso fue antes. Luego la vida, esa misma tarde, le cambió las ideas y lo fue llevando a partes distintas, descubriendo poco a poco lo nuevo. El ritmo de unas tijeras que cortan su cabello insinúa el nuevo tiempo.

El mundo cambia frente a uno porque así es la vida. Aline pide su bajada del camión en la esquina otra, no la de costumbre y se prepara salir.

Las rutinas se debilitan, como todo.

Un día, alguien, mucha gente, una persona, sin pensar, sin saber ni preguntar cruza antes o después una calle, o lee el final de una novela que apenas se ha comenzado a leer. Aline cambia su intención y puede ser que también su vida, mientras algo nuevo le es destinado, mientras baja del camión y camina más de lo acostumbrado, y se encuentra frente al pequeño parque que siempre ve desde una distancia de dos cuadras, pero hoy no.

Cerca de ella, una mujer parece perdida y también parece buscar algo que podría ser una historia o un recuerdo. La mujer se detiene frente a un local que tiene un letrero despintado que dice "Nely. Estética", apoya la cara en el cristal de lo que parece fue antes un negocio y haciéndose sombra con las manos acomodadas a ambos lados de su rostro, se concentra.

Aline, antes contenta, imagina que la mujer llora por dentro y el mundo le parece de golpe pesado, pero se equivoca. La mujer se endereza y sigue caminando. Aline alcanza a ver su rostro, parece el de una mujer reconfortada.

§

Una tarde años antes de esta historia, un hombre iba en su carro luego del trabajo cuando fue testigo de un accidente cuyo recuerdo lo siguió durante mucho tiempo: un auto frente a él, sin razón aparente, volcó y cayó en la orilla del canal paralelo a la vía rápida por donde circulaba.

Sin saber cómo, el hombre se encontró de repente corriendo hacia el auto accidentado. Brincaba escombros, latas, mugre. Al llegar al auto, el conductor ya estaba muerto. A su alrededor y afuera del auto muchas fotografías a colores daban a la escena una decoración irónica.

Cuando el hombre regresó al carro, aún conmovido y temblando, se dio cuenta que pegadas a su zapato había dos fotografías. Como pudo las arrancó, sin pensar en que por ese hecho él mismo podría ser víctima o causante de otro accidente. Esto no sucedió.

Al llegar a su casa, el hombre examinó las fotografías. Una estaba velada. En la otra aparecía, sonriente, una jovencita con el cabello corto y unos ojos color aceituna.

El hombre se llenó de tristeza, y guardó la foto en un cajón, adentro de un libro.

Con el tiempo, uno o dos años tal vez, el hombre dejó de buscar la foto que había guardado en el libro y dejó de pensar en la joven de ojos color aceituna.

§

Abre los ojos de nuevo, y casi se levanta del sillón para mirar el espejo de nuevo, para asegurarse. Nely no dice nada y lo mira extrañada desde atrás, sus grandes ojos color aceituna, un tanto tristes muy adentro... le parece a él, que ahora los recuerda.

❁ Tiempo de fuga

Ileana sola en el estudio. Desde el piso, sentada, observa la puerta al otro extremo. El espacio todo es inmenso ahora.

A través de la ventana, atrás a su derecha, la tarde cambia. Más lenta que otros días, la noche no parece llegar nunca.

La tarde cambia y el mundo. Su vida como esa sombra, la suya, derramada, inmóvil desde ella hasta la puerta, como un puente que une su cuerpo con el umbral del estudio; como un grito también, lleno de calidez, larguísimo, profundo, pero que no comienza a surgir aún. Un grito que parece el canto único del antes y el ahora. La búsqueda suprema desde los ojos oscuros de Lito, en donde parecía nacer una selva siempre, la mirada de un jaguar agazapado en espera del momento oportuno para asombrarla primero a ella, Ileana, y después...

Primero el silencio, distinto al de éste. Después Lito, con su rumor primigenio, con ese ritmo del mundo que ella descubrió con cariño y tiempo, guiada por él. Y sus dedos.

La historia de ambos siempre le pareció a Ileana como una redención. Se lo decía a Lito y él sonreía, callada su voz.

Pero ahora, la idea de redención, en el estudio vacío excepto por la sombra y su respiración que subía y bajaba, desapareciendo pausadamente antes de surgir de nuevo.

Hubo que hacer algo y sólo se le ocurrió poner algo de Mavis, pero luego de la primera pieza Ileana no pudo más porque un lamento se apoderó de ella y sus ojos se habían cerrado.

Para Ileana, Lito siempre había cargado con sus raíces por el mundo, sin dejar que la vida lo distrajera demasiado, hasta que sus caminos se encontraron. Ahora Ileana tendría que buscar nuevas raíces, nuevo lugar para andar caminos sola.

La ausencia de Lito es para siempre, y esta es una aceptación que, imperfecta todavía, la hace sentirse dolorosamente viva, ansiosa por tener que ver a Lito, tan callado como siempre, pero más aún que nunca, y con los dedos finalmente inmóviles.

Ya no habrá redención ni nada, porque ya es demasiado tarde para decir lo que se calló, tarde también para comprender las búsquedas cariñosas entre las cuerdas de la guitarra, algo que a veces desesperaba a Ileana, pero que llenaban de gozo a Lito, porque no era perderse en la selva, decía, era adentrarse en la vida. Y Lito siempre volvía, con nuevos cantos de la tierra.

Por eso Lito nunca será como cualquier recuerdo, porque en la ausencia, la música siempre continuaría.

Mientras Ileana busca en los recuerdos, Lito y sus pasos meditados ya están en el rellano de las escaleras, la madera transformada en guitarra sobre el piso. Ileana cree escuchar un ruido.

Lito acerca la mano a la puerta del estudio y toca como quien busca emocionado un ritmo distinto, algo nuevo sin compás aún. Golpea entonces Lito con cuidado, como si no quisiera despertarla o como si creyera que ya no lo hará otra vez.

ROSALVA AÍDA HERNÁNDEZ CASTILLO

Nació en Ensenada, Baja, California. Entre 1978 y 1980 cursó la preparatoria en el CETYS Universidad. Es doctora en Antropología por la Universidad de Stanford. Actualmente es profesora investigadora titular "C" del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) e integrante del Sistema Nacional de Investigadores Nivel II. Ha realizado investigación de campo en comunidades indígenas de Chiapas durante más de quince años, entidad donde ha radicado. Laboró durante una década en una Organización No Gubernamental con mujeres indígenas de los Altos de Chiapas, apoyando en el área legal y educativa. Ha sido profesora invitada en la Universidad de Stanford, la Universidad de John Hopkins, la Universidad de Texas en Austin, la Universidad Autónoma de Madrid, la Universidad Autónoma de Barcelona y la Universidad de Deusto, en el País Vasco; igualmente, en el Colegio de Michoacán, el Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir y la Universidad Autónoma de Morelos. Entre sus publicaciones recientes se encuentran

los libros *Etnografías e historias de resistencias. Mujeres indígenas, procesos organizativos y nuevas identidades políticas* (CIESAS-UNAM, 2008), *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes* (Editorial Cátedra, 2008), *Dissident Women: Gender and Cultural Politics in Chiapas* (University of Texas Press, 2006) coeditado con Lynn Stephen and Shannon Speed; *El Estado y los indígenas en tiempos del PAN: Neoindigenismo, identidad y legalidad* (CIESAS, 2004) coeditado con Teresa Sierra y Sarela Paz; *La otra frontera: identidades múltiples en el Chiapas postcolonial* (CIESAS-Editorial Porrúa, 2001), publicado en inglés como *Histories and Stories from Chiapas. Border Identities from Southern Mexico* (University of Texas Press, 2001). Obtuvo ese mismo año el Premio Fray Bernardino de Sahagún que otorga el Instituto Nacional de Antropología e Historia del gobierno mexicano.

❁ **Las enseñanzas del indio Bonifacio**

(Inspirada en anécdotas contadas por don Efrén Hernández Flores)

La historia que aquí vamos a contar sucedió hace muchos años, antes de que nosotras nacióramos, cuando nuestros propios padres eran como ustedes y soñaban con descubrir el mundo. Las palabras que cuenta este relato han sido pronunciadas por muchas bocas en la familia a través del tiempo, transformándose y adaptándose a nuestra propia historia. Nuevos personajes y nuevas aventuras han ido conformando las leyendas del Indio Bonifacio, Boni para sus amigos. Esta es la versión que quiero compartir con ustedes y que tal vez algún día ustedes compartan con sus hijos.

La pesca en la Isla de La Piedra

Esta historia no va a comenzar por el principio, como lo hacen muchas historias, sino por en medio, cuando el abuelo Efrén tenía nueve años de edad y atrapó a su primer pez. Fue el mismo día en que vio por primera vez a un venado cola blanca y conoció al indio Boni.

En ese día memorable, Efrén se despertó más temprano que de costumbre. Aún estaba oscuro cuando abrió los ojos; el calor sofocante del verano se aunó a su sensación de emoción de pensar en su salida del puerto de Mazatlán rumbo a la Isla de La Piedra, en donde se situaba el santuario del venado cola blanca, al otro lado del canal. Por fin se subiría en la panga y remaría con sus hermanos Rodolfo y Gustavo hasta La Piedra. Anacleto, su padre, decía que era un viaje corto, pues sólo 20 kilómetros separaban a Mazatlán de esa isla semidesierta que dominaba en el horizonte con su saliente rocosa asomando en medio de las aguas azules del mar.

Él no entendía de distancias, pero sabía que sus hermanos remaban casi tres horas para llegar al lugar en donde pescaban. Se puso el pantalón largo con tirantes que su hermano Gustavo le había heredado y fue a buscar la caña de pescar. Preparó la lata con la carnada y se sentó a esperar a que los demás se despertaran. Cuando los otros estuvieron listos, él ya tenía más de una hora construyendo sueños a través del umbral de su puerta, rumbo a la aventura. Cruzar el canal no fue tan fácil como lo había imaginado: el mar estaba picado y las corrientes jalaban la canoa en sentido contrario a la isla. Él y sus hermanos tuvieron que remar solos, mientras su papá los observaba, dando instrucciones de cómo agarrar el remo y cómo balancear el cuerpo para mantener el equilibrio. Fue Rodolfo a quien se le ocurrió lanzar el anzuelo cuando vio la sombra de una mantarraya gigante moverse cerca de la canoa; el anzuelo se le ensartó en el lomo y la mantarraya siguió nadando a toda velocidad como si nada hubiera sucedido, jalando tras de sí a la pequeña embarcación. Desde ese día las mantarrayas se convirtieron en los motores marinos de los hermanos Hernández, lo cual les costó la pérdida de varios anzuelos al tener que cortar la línea poco antes de llegar a la orilla, y varios regaños de don Anacleto que cuidaba cada anzuelo, como si fuera oro puro.

Al llegar a la orilla, una fila de cocoteros y una parvada de gaviotas les dieron la bienvenida. No había nadie más en la playa: parecía una isla desierta. Para llegar a la pequeña playa en donde su papá acostumbraba pescar, tuvieron que atravesar la isla caminando. Había mucha vegetación y era difícil seguir el paso de sus hermanos. Su corazón latía rápidamente, no sabía si era por lo agitado de la caminata o por el miedo que le daba el imaginarse todos los animales que se ocultaban entre la maleza: las serpientes coralillo, como aquella que le picó a su hermano Rodolfo cuando tenía seis años, las arañas viuda negra, anunciando en rojo el veneno que ocultan tras su diminuta belleza y los gatos monteses con su andar cauteloso entre los árboles...

Fue entonces cuando Efrén se topó con aquellos ojos inmensos que dominan: el venado cola blanca lo observaba con su mirada fija, como intrigado del porqué de su visita. El pecho del venado temblaba, como lo hacía el de Efrén; los dos estaban asustados, su miedo los unía: uno por los seres misteriosos ocultos en el bosque y otro a lo que los hombres, con sus rifles de caza, le podían hacer. Los dos controlaron su temor y siguieron su camino en paz.

Por fin en la playa comenzó la pesca: cada uno eligió un lugar para tirar su línea. Su papá le enseñó a poner la carnada en el anzuelo sin picarse los dedos, le explicó cómo dar el jalón para ensartar al pez y como debía enredar el hilo de pescar cuando sintiera que algún pez había picado. La espera se le hizo eterna, sus hermanos llevaban ya varios pescados en su canasta cuando por fin sintió una fuerza terrible que jalaba su caña y lo hacía tambalear. Pensó que sería un tiburón o una ballena que se había ensartado por error en su anzuelo: una fuerza tan grande tendría que ser de algún animal gigante, como esa ballena azul que se tragó a Pinocho. Tuvo que gritarle a su papá para que le ayudara a enredar el hilo. Anacleto tomó la caña de pescar y en un segundo tenía un pargo mediano colgando de la caña. No era el pez gigante que se imaginaba Efrén, pero sí una presa de buen tamaño, más grande que todos los que habían pescado sus hermanos.

Su papá le sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda. Efrén sintió un hondo calor en su pecho al ver la mirada orgullosa de su padre que, en su carácter parco, taciturno y poco cariñoso, demostraba su fe y amor por él. Efrén estaba feliz, era un día especial: había remado hasta la Isla de la Piedra, se había encontrado con un venado cola blanca y había pescado su primer pez. Pero la parte más emocionante de este viaje estaba aún por suceder.

Conociendo al guardián de la isla

Había caído la tarde cuando vieron entre los matorrales una sombra gigantesca que se movía rápidamente. Escucharon el ruido de las ramas quebrarse bajo el peso de aquella criatura, el sol se empezaba a ocultar y el reflejo rojizo del atardecer no permitía ver más allá de las sombras. Anacleto sacó su rifle de la bolsa de piel que cargaba en la espalda y les pidió poniendo un dedo sobre sus labios que guardaran silencio. Nuevamente el corazón de Efrén cabalgaba como caballo desbocado. Esta vez no era un venadito cola blanca, la sombra era de un hombre o un monstruo: tal vez era el gigante come-niños del que le hablaba su abuela o el espíritu del Pirata Barba Roja, que aún deambulaba por la isla en busca de su tesoro perdido.

De entre los matorrales salió un hombre moreno, con el pelo largo y el rostro picado de viruela; llevaba un paliacate sucio enredado en la frente. Era un hombre alto para la región, pero no gigantesco: su reflejo en las sombras lo hacía parecer más alto de lo que realmente era.

Anacleto bajó su rifle de inmediato y saludó cordialmente al extraño, para evitar cualquier gesto de agresión. Un malentendido en esta isla podría poner en peligro la vida de sus hijos. El gesto adusto del indio, se suavizó: “¿Qué hacen *yoris* por estas tierras de nadie?” preguntó con voz ronca. Efrén supo de inmediato que era un *yoreme*, es decir, un indio mayo de la parte norte de Sinaloa, pues sólo ellos les llaman *yoris* a los mestizos, a los no indios.

Su abuelo, que también tenía antepasados mayo, le había contado que la palabra *yori*, quería decir “el que no respeta” “el que no tiene historia, ni tradición”, en cambio los *yoremes*, eran los hombres respetuosos, los que tenían tradición, los que conocían y honraban la historia de sus antepasados. Si uno no quería ser considerado un *yori*, había que mostrar respeto. Y eso fue precisamente lo que hizo Anacleto, le

tendió la mano al *yoreme*, diciéndole su nombre completo: “Anacleto Hernández Urquijo, para servirle a usted y a Dios. Estos son mis hijos Gustavo, Rodolfo y Efrén”. Denle la mano al señor, chamacos —les dijo con voz firme. El indio extendió la mano, diciendo: “Yo soy Boni, no tengo apellido, ni familia, ni linaje, vivo sólo en esta isla desde hace muchos años y protejo a los venados cola blanca de cazadores como ustedes”.

Anacleto se apresuró a aclarar que no eran cazadores, sino pescadores y le ofreció el pescado más grande de la canasta —precisamente el que su hijo Efrén había pescado— en un gesto de agradecimiento por su hospitalidad como guardián de la Isla de La Piedra. Boni lo aceptó con la condición de que compartieran con él la cena de ese día.

Anacleto dudó por un momento el aceptar su invitación, pues no le gustaba regresar al puerto de noche, se corría el peligro de perder la ruta y salir a kilómetros de distancia de Mazatlán. Confió, sin embargo, en el don de orientación de su hijo Gustavo, quien era capaz de encontrar la ruta correcta con sólo observar la ubicación de las estrellas. No quería ser descortés con el *yoreme*, así que aceptó la invitación y junto con sus hijos lo siguió hasta el corazón de la isla, justo detrás de la piedra gigante que le daba el nombre. La choza de Boni estaba hecha de carrizos, con techo de palma, y estaba completamente ladeada hacia la izquierda, como peleando contra la fuerza de gravedad para mantenerse en pie.

Fue fácil juntar la leña para hacer la fogata en la que cocinaron, pues la choza estaba rodeada por ramas secas que el indio iba juntando en sus largos recorridos por la isla. Del interior de la casa el indio sacó un caldero grande, negro y grasoso, como el que usaba el mago Merlín para hacer sus embrujos. De la cintura se sacó una daga y sobre un tablón grueso que recogió del suelo, empezó a limpiar el pargo de Efrén.

La figura del indio —con la daga en la mano y el reflejo de la fogata iluminándole la cara— les puso la piel de gallina a

Efrén y a sus hermanos. No podían evitar sentir miedo ante aquel desconocido que repentinamente se había cruzado en su camino. Sus ojos seguían como hipnotizados el movimiento del cuchillo que recorría suavemente el cuerpo del pescado, rendido y abierto entre sus manos de mago.

Los trozos de pescado fueron a dar al fondo del caldero, junto con unos pedazos de calabaza amarga, de ésas que crecen silvestres por toda la isla. Para “sazonar” aún más el exótico guiso, Boni sacó de la casa unos pedazos de carne salada de armadillo, que conservaba colgados de una reata, para días especiales, como éste. Un olor nauseabundo empezó a salir del caldero.

Efrén y sus hermanos, no pudieron disimular el asco que les producía el “revoltijo” preparado por Boni. Adelantándose a las críticas que pudieran hacer a su manera extraña de cocinar, el indio les dijo: “Yo cocino toda la comida junta, pues total, todo va pa’ donde mismo”.

Décadas más tarde, Efrén repetiría estas mismas palabras citando al indio Boni, cuando sus hijos criticaran su forma poco estética de comer, revolviendo todos los guisos en un mismo plato. Esta fue una de las muchas enseñanzas que Boni le dejó a Efrén, quizá no la más importante, pero sí la más recordada por sus hijos y nietos.

Éste fue el principio de una larga amistad entre la familia de Anacleto Hernández y el indio Boni. La primera de muchas cenas en las que Efrén y sus hermanos aprendieron a disfrutar sus historias, respetar sus silencios y tolerar sus guisados. El miedo quedó en el pasado y fue sustituido por cariño y respeto hacia el guardián del venado cola blanca.

A través de estas largas conversaciones se enteraron de que Boni había llegado a la Isla de la Piedra enfermo de tuberculosis, la enfermedad de los pobres, y que se había dispuesto a morir con la tranquilidad que le daba el mar. Sin embargo, los productos de este mismo mar y sus “revoltijos” exóticos de pescado y armadillo lo fueron curando poco a

poco. Un día la tuberculosis se fue como había llegado, lentamente y sin que un médico la diagnosticara, ni la curara.

A pesar de las largas conversaciones, un halo de misterio seguía rodeando la nueva amistad: ¿Qué hacía el indio Boni tan lejos de su tierra? ¿Por qué vivía solo, oculto en esta isla semidesierta? ¿Tal vez había matado a alguien en territorio mayo? ¿Por qué había perdido su familia, su linaje y su comunidad?

Fue después de muchos meses de pesca compartida, de recorridos por las cuevas ocultas de la isla y de tardes de charla frente al fogón, que Boni decidió abrir su corazón a los Hernández y contarles su historia. Y es aquí donde nuestro cuento realmente comienza. Muchos años antes que Efrén naciera y de que el venado cola blanca estuviera en peligro de extinción.

La traición del indio Boni

Esta fue la historia que me contó mi padre, que le contó el indio Boni aquella tarde de invierno de 1928, o tal vez es la historia que yo imaginé que me contó mi padre, cuando me habló por primera vez de su amigo de la Isla de La Piedra:

“Nací en territorio mayo, en una pequeña comunidad costera del municipio de Ahome, tierra de sahuaros —unos cactus gigantes—, de pitayas —frutas deliciosas como granadas del desierto— de venados que corrían libres por las praderas, y de tlacuaches que se metían a las chozas a robar comida. Crecí mirando el mar, disfrutando del pargo y la curvina y peleándole a la tierra sus frutos. En estas tierras agrestes aprendí a agradecer la lluvia y a cultivar la milpa. Después de haber vivido por generaciones de la caza y la recolección, lo *yoremes* por fin nos asentamos en una sola tierra, hicimos nuestras casas de sahuaro enjarrado en adobe.

Vivíamos tranquilos, agradeciendo al mar y a la tierra sus frutos; nos considerábamos parte de esa naturaleza que nos rodeaba, no creíamos entonces que el mundo se hubiera hecho para los hombres, sino que nuestros ancestros nos habían enseñado que éramos parte de ese todo que nos rodeaba y debíamos cuidarlo y convivir con él, sin destruirlo.

Los *yoremes* no éramos los amos de los animales, ni los dueños de la tierra, ni los propietarios de los bosques, sólo éramos un ser más de la divinidad, que convivía con la naturaleza y dependía de todo lo que le rodeaba.

La idea de que había que ser dueño de la tierra, nos llegó mucho después, a mediados del siglo XIX, cuando el gobierno de los *yoris* nos dio los títulos de nuestras tierras comunales. Mi padre, como *alawasin*, hombre de conocimiento y máxima autoridad del pueblo de Ahome, era el guardián de estos papeles antiguos que no sabía leer, pero que reconocía letra por letra de tanto revisarlos y que guardaba en el fondo de un baúl enorme debajo de su cama. “Estos papeles guardan nuestros derechos”, me decía con orgullo, y “nadie puede sacarnos de estas tierras, que nos heredaron nuestros ancestros y que tú algún día heredarás a tus hijos”. Tanto orgullo por un pedazo de desierto, pensaba para mis adentros, prefiero que me herede dinero para largarme a conocer el mundo. Yo era un joven de 17 años, que como muchos otros, lo único que quería era tener aventuras, conocer las ciudades que estaban del otro lado del desierto y subirme a esas carretas sin bestias que habían inventado los *yoris* y que les llamaban automóviles. Los placeres de la modernidad me atraían y quería descubrir cómo vivían los blancos que no tenían que trabajar la tierra, ni recolectar la lluvia para sobrevivir.

Mi oportunidad se presentó una tarde de otoño, después de una larga temporada de sequía. Estaba yo solo, sentado en la puerta de la casa mirando el mar e imaginando todas las aventuras que me esperaban del otro lado de aquel río gigantesco, cuando un transporte extraño entró en el pueblo.

Era el primer automóvil que llegaba a tierras *yoremes* y de él bajaron dos hombres rubios: parecían hijos del sol, más blancos que ningún *yori* que hubiera visto en mi vida. Después supe que eran gringos que venían del otro lado de la frontera. Buscaban a mi padre, pues sabían que él era la autoridad por estas tierras. Mi padre no estaba en casa, pero como es costumbre en mi pueblo, los invité a sentarse y a tomar un poco de agua de pitaya.

Eran ingenieros y me contaron que venían de un pueblo que se llamaba Pennsylvania, en los Estados Unidos. Me explicaron que querían sacar a nuestros pueblos del atraso, trayendo el ferrocarril y tal vez más tarde una fábrica de aguardiente. En aquel entonces, yo no tenía ni idea de lo que era un ferrocarril, pero fingí entenderles para que no pensarán que era un indio ignorante. Me hablaron de su pueblo, de cómo era la vida en las ciudades modernas y de todas las cosas buenas que llegarían a Ahome, si les vendíamos nuestras tierras y les permitíamos que las vías del tren cruzaran por nuestras milpas.

Me dijeron que ya no tendríamos que trabajar de sol a sol luchando contra la aridez de nuestras tierras, porque nos darían trabajo en sus fábricas y podríamos comprar todo en sus tiendas.

Mi cabeza se llenó con sus palabras, con sus imágenes de un mundo desconocido, que resultaba un sueño para mí. Me dejaron una tarjeta que decía: Ing. Albert K. Owen, Oriente Railway Company. Prometieron volver.

Al caer la tarde, cuando mi padre regresó de pescar, le conté del encuentro inesperado, con todo el entusiasmo de quien acaba de encontrar un tesoro escondido. Su ceño se frunció de inmediato, como cuando algo le preocupaba o le enojaba; no quiso terminar de oír mis historias sobre las fábricas, los ferrocarriles y las tiendas... Se paró silencioso y se fue a caminar frente al mar, como hacía cada vez que tenía que resolver un problema. Al día siguiente, antes de salir a

pescar, me dijo de manera parca “No vuelvas a recibir a esos *yoris*, no son bienvenidos en Ahome. Nuestro pueblo no esta en venta”. Sentí un nudo en el estómago y un coraje terrible que guardé en el silencio, como lo hacían mi padre y el padre de mi padre.

Pero la terquedad de un “viejo ignorante” no iba a destruir mis sueños de progreso. A partir de ese día, viví obsesionado con robarme los papeles antiguos que mi padre ocultaba debajo de la cama. Yo sería quien traería la modernidad a tierras *yoremes*, ya no dependeríamos de las lluvias, ni de las corrientes del mar, tendríamos un salario y compraríamos todo lo que necesitaríamos en las tiendas de los *yoris*. Podría inclusive tener mi propio automóvil, o una barca de motor.

Unas semanas más tarde, cuando los extranjeros volvieron, mi padre se encontraba de nuevo en altamar. Yo tenía semanas que no salía a pescar con el pretexto de que estaba preparando la tierra para la siembra. Sabía que los extranjeros volverían y ya tenía en mis manos los títulos de las tierras comunales de Ahome.

Las negociaciones fueron rápidas, no quisieron saber si yo vendía las tierras a nombre de mi pueblo, no les importó que yo fuera un joven, casi un adolescente, lo único que querían era esos papeles viejos que los hacían dueños de nuestro pueblo, de nuestras milpas y nuestras playas.

Traían con ellos una maleta llena de dinero. Yo nunca había visto en mi vida tantos billetes juntos, y pensé en todo lo que mi familia y la comunidad entera podría comprar con esa fortuna. En mi estupidez no pensé ni por un momento que tendríamos que destruir nuestras casas, nuestras huertas, nuestra iglesia, nuestra forma de vida.

Creí que el tren podría pasar por en medio de la comunidad sin molestar a nadie. Ellos no explicaron mucho, yo no pregunté demasiado. En el poco español que ellos hablaban, repitieron sus promesas de progreso y en el poco español mezclado con *yoreme* que yo hablaba, agradecí que “sacaran a mi pueblo del atraso”.

Después todo pasó muy rápido, como un torbellino que cambió mi vida de un día a otro sin que yo me diera cuenta. Mi padre se enfermó de tristeza, me maldijo y me quitó el apellido. Delante de todo el pueblo, en una asamblea comunitaria, me llamó *torocoyori*, que significa “el que traiciona, el que niega la tradición, el que le da la espalda a su pueblo”, el peor insulto que un hombre mayo puede recibir.

No entendí la magnitud de mi traición, hasta que vi llegar las máquinas de la Oriente Railway Company y éstas empezaron a destruir nuestras casas. Hasta que mi pueblo fue desplazado a las peores tierras de la sierra, lejos de la brisa marina y de la playa. El sueño de progreso se convirtió en una pesadilla, primero llegó el tren, con él llegaron los *yoris*, con su fábricas de aguardiente, sus tiendas de alimentos, sus armas de fuego, sus cazadores.

Los orgullosos pescadores de antes se convirtieron en obreros de The Aguila Refining Company y se dedicaron a producir el aguardiente que los embrutecía y los mantenía como esclavos; las mujeres mayo dejaron de cultivar sus huertas, de tejer la palma y hacer sus canastos, y se convirtieron en sirvientas de las familias gringas y mestizas que se instalaron en la región. El venado cola blanca, animal sagrado de nuestra mitología *mayo* e inspiración del baile ritual de la Pascola, se convirtió en presa de los cazadores *yoris*. Los pocos que sobrevivieron se fueron para siempre de las tierras de Ahome.

Mi padre había muerto de tristeza y mi madre había seguido sus pasos a los pocos meses. Y ahí estaba yo con una maleta llena de dinero y con el corazón vacío, sin familia, sin apellido, sin linaje y sin comunidad. Entregué el dinero al nuevo *alawasin*, que quedó al frente de mi pueblo tras la muerte de mi padre. Ese dinero sirvió para reconstruir la comunidad en las nuevas tierras de la sierra, y para abrir el camino que unió al nuevo pueblo con la fábrica de Ahome, en donde mis hermanos *yoremes* se convirtieron en esclavos de un nuevo patrón: el dinero.

Yo dejé para siempre el territorio mayo, ya no era un *yoreme*, me había convertido en un *torocoyori*, y la traición marcaría mi vida para siempre. Desde entonces vivo solo en esta isla. La soledad ha sido el castigo que yo mismo me he impuesto, y el venado cola blanca la bendición que los dioses me mandaron para alegrar mi vida. Cada vez que me encuentro con esos grandes ojos de venado que me miran fijamente, sé que mis ancestros desde el cielo me han perdonado, y que en mi corazón sigo siendo un *yoreme*.

Anacleto y sus hijos escucharon en silencio la historia del indio Boni, y su cariño y amistad por él se hizo más grande. Un día no lo encontraron más en su choza, ni en las cuevas de la Isla de La Piedra: se fue como había llegado, solo y en silencio. Tal vez regresó a morir a tierras mayo, a buscar el perdón de sus hermanos, o tal vez murió en algún lugar oculto de la isla en donde volvió a ser parte del todo, a ser uno con la naturaleza.

Un día el venado cola blanca también desapareció de la Isla de La Piedra, llegaron los hoteles, los restaurantes, los turistas, el sueño de progreso que traicionó a los *yoremes*. Pero el recuerdo del indio Boni quedó para siempre en el corazón de los hermanos Hernández. Sus enseñanzas sobre el respeto a los antepasados, a nuestras raíces, a nuestra historia; sobre el respeto a la madre tierra, a nuestros hermanos los animales y a nuestras hermanas las plantas, se fueron transmitiendo también de generación en generación, junto con las historias de los guisos extraños de armadillo con calabaza amarga. Contarles esta historia a ustedes, es una manera de mantener viva su palabra y de mantener vivas las memorias del abuelo Efrén.

JOSÉ ANTONIO LÓPEZ MONTIJO

Nació en Mexicali, Baja California, en 1970. Estudió la carrera de Ingeniería Industrial en el CETYS Universidad campus Mexicali de 1988 a 1992. A mediados de los años noventa egresó del Diplomado en Creación Literaria del Centro de Estudios Literarios (CEL) auspiciado a la sazón por el Instituto de Cultura de Baja California. Actualmente es consultor independiente en ingeniería industrial con proyectos realizados en México, Estados Unidos y Europa. Observador compulsivo, sarcástico, aficionado a las conversaciones ociosas. Desde hace varios años sus mejores relatos obedecen al género infantil-oral-improvisado para dormir en la carretera. No renuncia a vivir feliz con su esposa y dos hijos.

❁ Olvidando a María

Para Mabel

Todos los días intentamos olvidarte. Pero cómo lo vamos a lograr si de cuando en cuando, como hoy, nos metemos en el *Café de Las Campanas* y ordenamos una par de *trenzas* en tu honor. La tarea no es fácil, apenas entramos al sitio y la amplia bóveda, el gran jarrón de la entrada y el pianista al fondo nos hacen inevitable tu recuerdo. Siempre los primeros instantes son de nerviosismo, de voltear de reojo y repasar la disposición de las mesas y latir fuerte el corazón hasta que vemos con alivio que el *booth* de costumbre está desocupado. Entonces sí, te haces presente y nos acompañas muy oronda, sin que te hayamos invitado, a sentarte en la mesa y pedir las *trenzas* y el café.

El mesero de siempre nos pregunta por ti, hace mucho que no vienes pero el te recuerda bien, es claro que lo haga porque entre tanta señora regordeta y de cabellos cortos, tú, alta y guapa, siempre sobresaliste. A nosotros el tipo nos da pena y preferimos decirle que estás bien, que después vendrás y no contarle lo del cáncer, los tres meses y la agonía. En realidad nos gusta que el tipo siga preguntando.

Es inevitable que los panes tarden en llegar, el servicio a esta hora siempre es lento, como queriendo empujar a Mabel, la madura, la que comprendió y valientemente asimiló todo, para que se derrumbe y aparezca la niña, la que no se resigna y empieza a quejarse y a maldecir por lo inesperado de tu ausencia.

La niña siempre pide a gritos una tarde más. Sólo una tarde más en que puedas acompañarla nuevamente a Calexico y como dos trampas, sin dinero casi, se dediquen a caminar por sus calles, a escudriñar baratijas en las tiendas de chinos, a escoger objetos indescifrables a los que sólo ustedes podrán encontrarle uso, seleccionar muchos y después devolverlos

casi todos para salir triunfantes con un despertador parlante o unas botas amarillas para la nieve. Y aunque nunca hallan vacacionado en algún lugar nevado, estarán convencidas de que el precio era una ganga y no la podían dejar pasar. Más aún, apenas salgan de la tienda empezarán a tejer planes para subir a la Rumorosa y jugar con la nieve en el invierno siguiente. Este y otros planes ocuparán completamente su atención y sólo se distraerán cuando se detengan frente al *Oasis* y pidan un par de *hot dogs* con *chilli beans* y dos *root beers* súper grandes. Después, con el estómago lleno y las *root beers* en la mano seguirán su caminata y entrarán a todas, o casi todas, las tiendas de ropa a su paso. Se medirán muchos vestidos y se quejarán de los aumentos de peso, de una o dos lonjas que no estaban ahí y seguirán midiéndose faldas y blusas, sabrán que el dinero no les alcanza pero eso no importará, porque mientras haya *root beer* y no cierren el correo pueden seguir caminando y escogiendo y midiéndose todo lo que se les antoje.

El recuerdo de la tarde que Mabel implora no terminará hasta que lleguen las *trenzas*. Nada, ni la tonada de *Esta tarde vi llover*, que interpreta el pianista, lo puede detener, aún cuando yo estoy seguro que tú la escuchas y la tarareas como otras tantas tardes lo hiciste en este mismo café y ves a Mabel llorar y quieres acariciarla y decirle que no llore, que tú estás ahí, feliz, acompañándonos y tarareando la canción que disfrutas tanto como las tardes de agosto en que sacabas a las tres y juntas bailaban y se mojaban, con la boca abierta, bajo la lluvia. Pero las *trenzas* no llegan y Mabel que sigue triste, conteniendo las siguientes lágrimas, mira hacia la puerta y comenta que presiente que en cualquier momento puedes entrar, después, sin decir nada, voltea a las mesas y te busca porque a lo mejor ya entraste y no te vio y pudieras estar sentada en una mesa con otra Conchita y otra Raquel a las que no reconoce.

Por fin, después de veinte largos minutos llegan las *trenzas*. Ella las contempla por unos instantes y me comenta

que una amiga le ha sugerido un ritual de despedida. Dice que está dispuesta a llevarlo a cabo, que quiere dejar de sufrir, que quiere mitigar su dolor y mañana mismo hará los preparativos necesarios, que me los explica pero no los entiendo y en vez de explicármelos nuevamente me dice que tú siempre te comías primero el centro de la *trenza*, que te ibas directo sobre la crema y la fresa y que al último te quejabas por lo salado del pan. Después de comerse medio pan pide más café y enciende un cigarrillo. Aunque no dice nada, adivinó que se trata de un ardid para hacer una pausa y prolongar más tiempo la vida de la *trenza*. Estoy casi seguro que tú misma le habrás enseñado esta triquiñuela. A la mitad del cigarrillo Mabel divaga observando las figuras que se forman con el humo. El pianista se ha quedado viendo a nuestra mesa. Seguramente te habrá dedicado muchas veces *Viajera*, sabiendo que era una de tus favoritas y esperando galantemente recibir a cambio una sonrisa tuya para después asentir con la cabeza.

Mabel, ya menos triste, sin rabia, apaga su cigarro, vuelve sobre la *trenza* y me platica cómo empezaste a vender *Tupperware*, me habla de los traslados en autobús con maletas gigantes y la niña que te acompañaba y te admiraba y te veía como a una heroína que saltaba sin temor del autobús a las banquetas con dos maletas gigantes y un par de niñas pequeñas de la mano. Recuerda que al principio te ganaba la risa en tus presentaciones, en cambio yo te conocí cuando ya eras una lideresa con premios y redes de vendedoras que juntabas todos los jueves en los restaurantes chinos.

Sin que yo se lo pregunte, Mabel me explica nuevamente el ritual de despedida, me dice que es necesario soñar contigo, que te tiene que invocar en su sueño y agradecerte todo lo que hiciste por ella, por haber sido su mejor amiga y por todos los momentos que compartieron, entonces ella se despedirá de ti y tú te marcharás dejándola con tu recuerdo pero ya sin dolor. A partir de entonces, me dice Mabel, ella ya no sentirá más la ansiedad de no poder verte y podrá recordarte sin sufrimiento. Pero yo creo que ese ritual está destinado a

fracasar. Le comento a Mabel mis temores y le digo que apenas te aparezcas en el sueño y ella empiece a darte las gracias por todo, seguramente tú la abrazarás y le darás un beso y le dirás que no hacen falta los agradecimientos y cambiarás la plástica y pondrás un disco de Camilo Sesto para que ambas empiecen a bailar, y bailarán tanto hasta que ambas caigan rendidas y se queden dormidas con un acuerdo tácito de volverse a reunir próximamente en otro sueño para bailar y cantar esta vez con Juan Gabriel. Además le digo a Mabel que me emociona la alegría con la que amanece después de soñar contigo y después de todo a mí también me gustaría alguna vez reunirme con ustedes para verlas sonreír y abrazarse. Mabel se sonríe conmigo y ambos nos quedamos callados. Sé que los dos estamos pensando lo mismo y al unísono le ordenamos al mesero otro par de *trenzas*. Después de todo, hoy tampoco te queremos olvidar.

✿ ¿Quién se robó el salami?

El salami lo compré en la Comercial Mexicana, era de ínfima calidad pero tenía el tamaño de una sandía pequeña y fácilmente serviría de botana toda la noche. Mientras lo escogía recordé la máxima de Rito López: *“Para lograr una fiesta exitosa es menester invitar al doble de personas que cómodamente quepan en tu casa y prepararte con licor para dos noches”*. Con ello en mente utilicé el dinero sobrante para comprar otro par de botellas de ron.

De regreso en casa, rápidamente le quite la envoltura al embutido, tiré las etiquetas y rebané la mitad de la pieza para que Raquel no descubriera mi piadoso fraude. Apenas consumado mi ardid, ella bajó a la sala. Estaba vestida con una túnica de manta que coquetamente escondía sus formas. Seleccionó un disco y empezamos a escuchar *Ainda* de Madredeus. Recogió algunos libros que estaban sobre la mesa, retiró nuestra colección de figuras eróticas de la sala para evitar que se dañaran con el devenir de la fiesta, colgó una litografía que recién habíamos enmarcado, encendió velas por toda la sala y una vara de incienso. Desde la cocina la veía y románticamente pensé: *esto debe ser la armonía*. Fue una lástima que en ese momento viera la charola con botana y tomara un trozo pequeño entre sus dedos. Vaticiné un reclamo inmediato apenas la probara, pensé rápido y, para evitarlo, comenté al desgaire un pequeño detalle:

— Afuera del mercado me encontré al Poroncho y lo invité a la fiesta.

Inmediatamente soltó la botana, yo respiré tranquilo, pero ella interrumpió de golpe el canto de Teresa Salgueiro a la mitad de *Céu da Mouraria* y lo que vino después fue peor que si la hubiera dejado probar el salami. Definitivamente mi noticia terminó con la efímera armonía.

Me lanzó una mirada furibunda y dio rienda suelta a su corajina.

—¿Acaso estás hablando del Poroncho que le cuida la oficina a tu abuelo y que le robó las botellas de tequila para luego reponerlas llenas de mezcal? ¿El mismo que llegó a una reunión de tu familia acompañado de una ramera y que cínicamente la presentó como la señora de Poroncho a tus tías y luego se las enjaretó toda la noche porque él se fue a otro lugar a seguir la parranda? Además ¿no fue él el que anduvo pidiendo dinero prestado para regresarse a Yucatán y cuando volvieron a saber de él fue porque habló para que lo sacaran de la cárcel, después de que se había gastado todo el dinero en los cantinas de la ciudad?

—El mismo —interrumpí con temple, y traté de hacer leve la situación agregando: ya lo ves es un destructor nato de las buenas conciencias.

Pero de nada me sirvió, porque Raquel continuó con su perorata.

—¿Por qué? Dime ¿por qué lo invitaste? ¿Qué pretendes? ¿Que arme un escándalo y luego tengamos que disculparnos con nuestros invitados?

Enfadado, dejé el salami sin rebanar arriba del refrigerador y le contesté.

—De acuerdo, el Poroncho es un viejo enfermo, levanta de todo y además huele mal, eso ya lo sé, pero me han contado unas anécdotas tan *bukowskianas* de él, que por eso me atreví a invitarlo.

Raquel estaba fuera de sí y la discusión hubiera continuado indefinidamente de no ser porque llegaron los primeros invitados. Manuel y Ramón. El primero había bajado diez kilos y estaba irreconocible, el segundo era el mismo gordo que me había roto dos sillas en la última fiesta. Antes de entrar me mostraron una botella nueva de whisky y después

de un parco saludo a Raquel se pasaron directo a la cocina, y de acuerdo a su costumbre, apenas y se movieron de ahí en toda la noche. Como eran los primeros invitados, dejé a Raquel sola y los acompañé con un trago.

Después de varios brindis tocaron a la puerta, abrí y solamente vi una cara redonda de bebé al tiempo que escuchaba

— ¡Hola, hola, mira quien vino a la fiesta! —y apareció Socorrito fingiendo voz de niña detrás de su hija.

— ¡Ni modo! —dijo, ya con su voz—. No encontramos niñera y la tuvimos que traer. En un rato se duerme — e inmediatamente ella y su esposo pasaron a la sala y empezaron a escudriñar las botanas.

Como suele suceder, los invitados empezaron a llegar unos tras otros. Me tocó recibir a las hermanas y primas de Raquel, todas ellas solteras. A Efraín, que es un vivales, con Marianita, que es idiota pero de buena familia. Fue llegando de todo, amigos con vinos importados, gente con cerveza caliente, gente con sólo una bolsa de frituras y cuatro invitados personales, gente con las manos vacías, gente que no había visto en años y gente que simplemente nunca había visto. Todos saludaban, encontraban acomodo y empezaban a beber. Adentro nadie controlaba la música y bien podía pasar de los Rolling Stones, a Pérez Prado, a Sugarcubes, era un babel musical que sólo pasaba inadvertido gracias a la nube de humo y al babel indescifrable de todas las gargantas parloteando y fumando al mismo tiempo. Dejé la puerta porque alguien quiso hacer un experimento arrojando tequila sobre una vela y provocó una llamarada que por poco quema un sofá. La gente siguió entrando por su propia cuenta.

De regreso en la cocina, Manuel, que ya empezaba a emborracharse, se quiso poner serio y con la mirada abotagada de Ramón como telón de fondo, me dijo:

— Ponme atención, porque el pinche Ramón no me entiende ni madres, en la canción del *Noa Noa* Juan Gabriel

dice “Este es un lugar de ambiente, donde todo es diferente, bailarás toda la noche...”. Pues bien, el Noa Noa es una bar *gay* de Ciudad Juárez y Juan Gabriel se refiere a él como un lugar de *ambiente*, ¿estamos de acuerdo? Por otro lado, ayer estaba en la estética y escuché al estilista, que es *gay*, decirle a otro estilista que el licenciado X era de *ambiente*, y por el tipo de plástica, era obvio que el licenciado X también era *gay*. Sí me sigues ¿verdad? Entonces, podemos decir que el termino *ambiente*, usado como adjetivo para calificar a un lugar, le da una connotación *gay* al sitio, y por otro lado, la misma palabra, usada en una persona le concede género *gay*. Lo que quiero saber es tu opinión sobre lo siguiente: Al componer esta canción Juan Gabriel creó una especie de himno *gay* en los setentas, yo quiero que me digas si, a tu juicio, es después de que se estrena esta canción cuando la palabra *ambiente* toma su significado subterráneo, lo cual haría irrefutable la influencia de Juan Gabriel en nuestra cultura, o si por el contrario el mismo Juan Gabriel decidió utilizar este calificativo porque ya desde entonces era una forma de identificar a lugares o personas de preferencia homosexual.

— Mejor pregúntale más tarde al Poroncho, él ya conocía ese *ambiente* desde antes de que Juan Gabriel grabara su canción. Debe estar por llegar.

— ¡No mames!, ¿lo invitaste? — preguntó Ramón saliendo de su letargo.

— ¿Quién es el Poroncho? — preguntó Manuel, pero nadie le contestó, porque Ramón se volvió a perder en el limbo y yo me fui a recibir a Tina y Ruth.

Las presenté y delante de todos los amigos dije que eran pareja; todos se rieron del chiste, pero pasadas las risas ellas siguieron tomadas de la mano.

Momentos después llegaron Julián y su compañera, me la presentó como su novia y me aclaró que era venezolana; ella me saludó con un beso y sentí su cuerpo caliente. Cuando les

di el paso, Julián me hizo un guiño para que apreciara sus piernas. No sólo me fijé en sus piernas, morenas y bastante bien formadas, sino que también pude observar claramente cómo se traslucían sus nalgas a través de la delgada tela de su minifalda. Julián complacido por mi admiración, después de su alarde, me volvió a tender la mano, me la apretó fuerte, sonrió victorioso y pasó a la sala. Me costó trabajo entender cómo este fanfarrón y antipático para todas las mujeres, había podido conseguirse una novia como ésta.

Antes de cerrar la puerta escuché unos ruidos extraños detrás del auto, le di la vuelta a la cochera y lo que encontré fue un bulto bastante grueso, desfajado y vomitando; cuando reconocí de quién se trataba, el hombre volteó, se limpió los labios con su mano y me la extendió para saludarme:

—Hola Joselito. ¿Pensaste que no llegaba?... Pero cómo te iba a fallar, si me dio mucho gusto que me invitaras... Por mí no te preocupes, ya estoy bien... Vamos para adentro, ya vi que tienes muchas “pollitas” y *El Maestro del Amor* ha estado muy solito últimamente... Vamos, dime, ¿qué tenemos de tomar esta noche?

Presenté al Poroncho con unos amigos, le serví una cuba y lo dejé platicando ahí. Alcancé a escuchar que comentaba algo sobre unos casinos clandestinos en la Chinesca.

Las desventuras de Julián esa noche las causó su enorme pedantería. Estuvo como una hora pidiendo que le pusieran un disco de Celia Cruz y cuando finalmente alguien le hizo caso, él y Analú, su novia venezolana, se levantaron a bailar; era obvio que él quería lucirla, así que movimos la mesa para que bailaran y, mientras lo hacían, las amigas de Raquel le criticaban los zapatos y todos los hombres, lujuriosos, no quitamos los ojos de sus nalgas.

Paulatinamente más gente se fue integrando al baile, demeritándolo primero y vulgarizándolo después, hasta que terminamos todos bailando en un círculo y sin hacer caso de la música. Entonces Julián cometió su primer error. Había

sido marista y *scout*, de modo que empezó a organizar porras; al principio los danzantes le hicieron caso, pero cuando él, engreído por su liderazgo, pretendió que todos cantáramos a coro *La Vikina* nadie lo siguió y más de uno lo abucheó. Luego de estropear el baile y en medio de un mutis general Julián pidió que pusieran *Samba pa' ti*; estaba dispuesto a reivindicarse y autoproclamarse el rey de la noche. Jaló a Analú a su lado y empezó a bailar provocativamente a su alrededor, la abrazó por detrás, deslizó las manos por su cintura, las pasó lentamente por su pelvis y rozó torpemente su pubis. Ella, que lejos de inhibirse, también se contoneaba, sujetó vigorosamente las nalgas de éste y tiró de ellas para presionar su sexo contra su trasero en febril movimiento. Algo susurró Julián al oído de Analú, no alcanzamos a escuchar, pero esta interrumpió súbitamente la danza y lo dejó parado solo. Desde una esquina, empinándose un whisky tras otro, Analú veía con coraje a Julián, quien, sin darse por enterado, intentaba continuar su baile con otras parejas, pero nadie le hizo caso y cambiamos de música.

De nueva cuenta, al ritmo de danzas irlandesas, todos retomamos el baile. A la mitad de *The Happy Hornpipe* el Poroncho se integró al baile, de tres brincos me empujó hacia la pared, abrazó a Raquel y le tiró la botella de *Tempranillo* que ella traía en la mano. Cuando terminé de limpiar el piso, el Poroncho ya estaba diciéndole aquello de "*Si soy así, que voy a hacer, con las mujeres no me puedo contener...*". Si no le rompí la cara en ese momento fue porque Socorrito me pidió que le ayudara a destrabar la puerta del baño; su hija se había quedado encerrada y tenía media hora llorando.

En la primera oportunidad que tuve separé al Poroncho de Raquel y lo llevé con Manuel para que le aclarara su duda respecto al *Noa Noa*. Pude darme cuenta que cuando nos acercábamos, Ramón se compungió y salió caminando nervioso rumbo al baño.

—Mira Manuel, él es el Poroncho, *El Maestro del Amor*, hazle la pregunta que querías.

—Oye Poroncho —empezó a decir Manuel —, en la canción del *Noa Noa* Juan Gabriel dice “*Este es un lugar de ambiente, donde todo es diferente, bailarás toda la noche...*”. Pues bien, el *Noa Noa* es una bar *gay* de Ciudad Juárez...

—Lo conozco, —lo interrumpió de tajo el Poroncho, al tiempo que le arrimaba más de la cuenta su prominente barriga—, antes de llamarse así, en los sesentas se llamó *El Ambiente*, servían bastante botana. Sígueme, ¿qué quieres saber del sitio?

—No, pues ya me contestaste —dijo Manuel y se dio media vuelta. El Poroncho, sin comprender lo que pasaba, mejor se le quedó viendo al culo.

Preocupado por la molestia de Analú, me senté a su lado y le pregunté por el motivo. Se refirió a Julián como un idiota, dijo que no sabía respetar un trato pero que a ella nadie le veía la cara y que el imbécil se las iba a pagar. Al ver que se ponía intensa, desvié, o más bien intenté desviar la conversación hacia algunas costumbres venezolanas, pero ella sin contestar a mis preguntas se apresuró a deslizar su mano por mi ingle y sin preámbulos acercó sus labios a mi oreja; no alcanzó a morderla porque regresó Julián, sudado de tanto bailar, y tuve que levantarme para dejarle mi lugar. En eso llamaron a mi atención Tina y Ruth, estaban angustiadas y, sin soltarse las manos, me hacían caras para que las salvará de Ramón que tenía media hora sentado enfrente de ellas sin decir una palabra y los únicos movimientos que hacía eran para tomar de su whisky o secarse el sudor de la frente. Me acerqué con tacto a Ramón y traté de sacarle plática, pero lo único que logré fue que se levantara y fuera a la cocina a prepararse otro trago.

Busqué a Manuel para conocer la respuesta del Poroncho, pero me interceptó Socorrito para quejarse de que su esposo estaba dormido de borracho y quería que le diera un *sal de uvas* para despertarlo. Como le dije que no había, abrió el refrigerador y se puso a buscar lo que fuera para volverlo en sí; cuando me di cuenta que estaba a punto de abrir un

paquete de café importado le pedí que se calmara y mejor me ofrecí para salir en ese momento a la farmacia y comprarle los *sal de uvas* que necesitaba. Me lo agradeció mucho e inmediatamente me preguntó por el salami, porque se habían terminado las botanas y quería cortar otro poco. Disimulando mi enfado le dije que estaba sobre el refrigerador envuelto en papel de estraza.

De regreso le entregué los *sal de uvas* a Socorrito, pero su esposo ya se había despertado y se estaba atragantando, él solo, todos los salamis de una charola. Sentada enseguida de él y sin dirigirle la palabra estaba Marianita, que es hija de buena familia, confundida esperando a Efraín. Tenía media hora que éste le había prometido un vodka, pero se había detenido frente al equipo de sonido y, a media luz, en compañía de Analú estaba seleccionando los discos que escuchábamos. Traté de distraerla un rato pero fracasé. La dejé sola, y después de esperar otros quince minutos, me di cuenta que se levantó y se fue. No se despidió de nadie.

Mientras tanto, en la cocina, Julián se vanagloriaba de la escultural figura de su novia y parecía crecerse más ante los pitorreos de Manuel y sus advertencias de que cada vez Efraín hacía movimientos más atrevidos con ella.

—No te preocupes —le contestaba Julián sobrado—, ella nunca le haría caso a alguien como ese chaparro.

Pero hasta ahí llegaron los momentos de gloria para Juliancito porque, sin decir agua va, el Poroncho se le acercó a Efraín y Analú y los separó, se le quedó viendo a ella con la grasosa cara llena de júbilo, como quien acaba de encontrar un tesoro, levantó su trago y alzó la voz para que todos escucharan:

—Ya te reconocí —gritó señalando a Analú—, me costó trabajo pero te reconocí, tú eres *Jazmín*, la puta que baila en el *La Selva*, me cae que ni te pareces sin el aceite en las tetas.

Y después dirigiéndose a todos agregó:

—Vamos a brindar por esta puta, porque si no fuera por ella *La Selva* ya hubiera cerrado y su Poronchito no tuviera en qué pensar cuando en sus noches de soledad y desventura se acaricia.

Y remató frenético:

—¡Viva el amor! ¡Viva el La Selva! ¡Vivan las putas! ¡Viva Jazmín!

Aquello fue el acabóse, la mitad de la gente empezó a aplaudir y corear los vivas, el resto no supo qué hacer, hasta que todos vimos cómo Juliancito se lanzó enfurecido sobre el Poroncho y empezó a golpearlo; de inmediato intentamos separarlos. Por cada golpe que Julián asestaba al Poroncho, éste le contestaba con un ¡Vivan las putas! o vítores por el estilo.

Alguien advirtió que el Poroncho traía un puñal y de inmediato Julián se dejó separar. Aún estaba fuera de sí cuando Analú se le acercó, pero éste la rechazó fulminantemente.

—¡Quítate puta!, me dijiste que por acá no te conocían —le dijo, y apenas terminó de hablar cuando estalló en llanto. Así, colérico y con la camisa rasgada, Juliancito salió de la casa corriendo y no volvió. Nos dejó en la fiesta a Analú o Jazmín y no faltó quien se ofreciera para darle un aventón.

Hubo un momento de silencio y sólo se escuchó la voz de Patricia que, deshecha porque esa tarde la habían despedido de su trabajo, estaba dejando recados obscenos en la grabadora de su ex-jefe.

No pasaron más de dos minutos cuando escuche los gritos de Raquel, pero en vez de lanzarse contra mí, arengaba a todos los presentes para que sacaran al Poroncho de la casa. El hombre gordo se acercó conmigo y empezó a disculparse. Yo volteé y como percibí, entre los presentes, los ánimos divididos para la expulsión del personaje, decidí aprovecharme y defenderlo. A duras penas logré calmar a Raquel, quien finalmente permitió que se quedara, siempre

y cuando entregara el puñal, permaneciera sentado y no volviera a hacer un escándalo. El Poroncho, que como borracho experto sabe reconocer cuando las situaciones no le favorecen, aceptó humildemente las condiciones y fue a sentarse solo en un rincón de la sala.

Afortunadamente alguien tuvo el tino de poner un disco de jazz y los ánimos empezaron a relajarse. Tina y Ruth, que habían sido partidarias del perdón para el Poroncho, inmediatamente se le acercaron a éste y en pareja empezaron a sacarle plática. El esposo de Socorrito que no se había inmutado con el incidente del pleito, únicamente se limitaba a seguir comiendo salami y bebiendo jugo de manzana. Socorrito, que se había mostrado furibunda anti-poronchista, ahora corría por la casa cargando un pañal lleno de caca, para después pasar con un biberón con leche y más tarde estorbar el paso a todos buscando un chupón, que según decía, le había costado una fortuna. Por su parte Manuel, que junto con Ramón ya se habían terminado la botella de whisky, hacía planes para seguir la fiesta en algún otro lugar, por lo que a *sotto voce* me dijo:

— En cinco minutos me largo, pero te voy a dejar al Ramón porque con él no me dejan entrar en ningún sitio. Tú me entiendes ¿verdad?

No alcancé a negarme porque escuché los quejidos de Patricia, que estaba vomitando en el patio de servicio. Así que después de auxiliarla traté de acostarla en el estudio, pero Efraín, que después de disfrutar el pleito se había desaparecido, ya dormía profundamente en el diván.

Una vez acomodada Patricia, en el cuarto para visitas, volví a la sala, Manuel ya se había ido y Ramón continuaba, ahora solo, en la cocina; parecía esconderse para poder observar sin problemas a Tina y Ruth con el Poroncho.

Poco a poco empezó a retirarse la gente, algunos iban felices y se despedían solemnemente del Poroncho, otros con trabajos me daban las gracias y se quedaban largos minutos

platicando con Raquel afuera de la casa, especialmente Socorrito que solamente se marchó cuando se dio cuenta que su esposo se había quedado dormido adentro del auto y su niña estaba a punto de tirarse por la ventana.

Cuando ya prácticamente todos se habían marchado, Raquel subió a la recámara y me gritó para que fuera a verla. Me pidió que despidiera a los que quedaban y empezamos un largo alegato que sólo se interrumpía al escuchar las carcajadas de Tina y Ruth con el Poroncho; esto ponía más furiosa a Raquel y la discusión volvía a tomar fuerza. Finalmente, no llegamos a ningún entendido y ambos nos quedamos dormidos sin bajar a despedirnos.

Al día siguiente, muy temprano, me despertó Raquel para limpiar la casa. Ambos nos percatamos de la ausencia del salami, ambos recordábamos haber visto un trozo bastante grande, casi la mitad, cuando la fiesta estaba por terminar, así que los dos coincidimos en que alguien se lo había robado. Estábamos tratando de atar cabos para descubrir al ladrón, cuando en eso salió Efraín del estudio, traía la cara hinchada y la camisa desfajada. Estaba descompuesto y sólo acertaba decir:

— ¿Qué pasó, qué pasó ayer? Me quedé dormido, no se que pasó — se respondía solo — pero, anoche, un gordo entró al estudio, se me echó encima... y me besó.

NYLSA MARTÍNEZ

Nació en Mexicali, Baja California, en 1979. Obtuvo en 2008 el Premio Estatal de Literatura de Baja California en el género de cuento. Entre 1994 y 1997 cursó la preparatoria en el CETYS Universidad en su ciudad natal. Estudió la licenciatura en Ingeniería Química en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, en Guadalajara, México. Desarrolló su trabajo literario en el taller de creación literaria del CETYS a cargo del maestro José Mendoza Retamoza. Fue miembro del taller de escritura creativa del Departamento de Estudios Literarios de la Universidad de Guadalajara. Parte de su obra narrativa ha sido recogida en las antologías *Figuración de instantes* (Universidad de Guanajuato, 2003), *El silencio habitado* (Editorial Altexto, 2005), *Cruce de líneas. Muestra de narrativa joven de Guadalajara* (Editorial Paraíso y Red Cultural Cobalto, 2007) y *La palabra en el desierto. Poetas jóvenes mexicalenses* (Instituto Municipal de Arte y Cultura de Mexicali, 2007). Ha publicado individualmente las colecciones de relato *Roads* (Editorial Paraíso Perdido, 2007) y *Tu casa es mi casa* (Instituto de Cultura de Baja California, 2009). Participa en proyectos culturales independientes y disfruta de las carnes asadas, la comida china, los cumpleaños y los días fríos de béisbol.

❁ Días de universidad

Cuando te encontraron conducías por la carretera que lleva a las afueras de la ciudad, preguntaron hacia dónde te dirigías. Rafael apenas y pudo mantenerse erguido a causa del dolor. Dijiste tu nombre. La evidencia fue clara: ayudabas a escapar a un gatillero. Tu hermano. Los aprendieron con sólo tres agentes, recuperando además, dos millones de pesos que ignorabas viajaban en la cajuela de tu auto.

§

Inés se sorprende al descubrir a Sarah tan delgada; tienen varios años sin verse. La última vez fue en la graduación de la universidad. Emociones se agolpan: la época en que vivieron juntas, brincando de departamento en departamento, echadas siempre por los caseros. En aquel tiempo realmente eran un peligro, ni siquiera sabían de dónde venía todo eso, pero los problemas eran frecuentes. Big Slut..., la saluda efusivamente, Ey Bitch, responde como antes, no da crédito que después de un largo peregrinar, se reúnan. Sarah toca su cabeza y le reprocha el tinte tan espantoso, es un detalle muy de ella, Inés por su parte no la puede imaginar así de flaca.

Entran a un restaurante de cocina Thai y piden un par de té. Es una cita un tanto extraña, hay tanto qué decirse que no pueden iniciar la conversación: el largo período de separación las hace sentirse ajenas, cambiadas. ¿Me dirás por qué te metiste en eso?, Sarah lanza la pregunta difícil, ¡Si tú siempre estuviste fuera!, le reprocha. En realidad, fue en un acto solidario, mi hermano llegó todo lleno de sangre, alguien debía esconderlo, se me hizo fácil. Inés mira fijamente a Sarah, sólo busca un poco de aprobación, algo de esa cómplice de antaño. Te dije que un día no iba a poder escapar de mi familia. Escurren lágrimas, sólo atinan a dar tragos al té. Debimos ir a un bar, ¿de quién fue la idea de este sitio?, reclama. Tuya, cuando llegué ya estabas aquí, Claro

que no, sólo estacioné el auto frente al local, tú fuiste la que no dudó e inmediato hasta ordenó su té. Guardan incómodo silencio. Me hiciste falta, mucha.

Suben al auto de Sarah y atraviesan la ciudad, llegan a un pequeño bar que exhibe en letras neón el anuncio de Budweiser. Parece el típico de película norteamericana: algunos hombres acomodados en el fondo, dos meseras en shorts y una rockola no muy nueva.

Se sientan y piden cervezas. El rostro de Sarah se descompone cuando observa las manos de Inés, distingue que en una de ellas falta el dedo meñique, sólo hasta ese momento se percata de la mutilación. Amiga, tu mano..., no logra construir la frase. Eso es lo de menos, traga saliva, intenta componer la voz deshecha, te juro que es lo de menos. Entonces le narra su historia.

§

En la playa experimentaste una sensación asfixiante: la arena por todo el cuerpo, sol quemando, brisa erosionándote la piel; una humedad que torturó y te hizo padecer como en la prisión. Primer día de libertad y elegiste el mar, pero todo se reducía a lo pequeño de aquella celda, los días sin huella digital. Sentiste la humanidad que sólo las paredes aislaban, tu cuerpo fue invadido por las respiraciones que se internaban a través de los muros porosos.

§

Ese día supe que todo estaría mal, Rafael entró a la casa con la camisa llena de sangre, mi madre dijo que no había problema, todo se iba a resolver como siempre. Sarah escucha, casi por un momento olvida que Inés, además de su mejor amiga, es hija de un narcotraficante muerto. Estaba de visita en casa, sólo pensaba estar con ellos unos días antes de volver a Chicago. Ordenan otro par de cervezas, en el fondo se escucha una canción que conocen, Sarah piensa en los tiempos en que todo se reducía a beber y escuchar

rock en uno que otro bar. Vuelve a su memoria el día de su descubrimiento: el álbum *Horses* de Patti Smith. Torturó a Inés por semanas, lo escuchaba a todas horas. ¿Recuerdas esa canción? Claro, ¿sigues igual de retro?

§

Enloqueciste en la playa, gotas de sudor cayendo por los extremos de tu rostro, calor que no se aisló con las sandalias. Beber cerveza fue un alivio. Evocaste pasajes y pasajes de la universidad: ¿quién atendía la cafetería?, ¿qué había sido de Ray el vecino de al lado? Sarah, tu mejor amiga. Tan indispensable antes, ¿por qué te había abandonado?

§

Fui estúpida, me dejé llevar por todo. ¿Qué es todo? Lo que me decían. ¿Quiénes?, ¿qué? Pues que estaba ciega. ¿Por qué habrías de ser distinta al resto de tu familia? ¿Y creíste eso? No, pero tuve miedo, vi tu fotografía en el periódico, había dinero, armas... Es que las cosas no fueron así —el llanto invade sus ojos. Ya Inés..., no vine a juzgarte, sino porque te debo una disculpa, sé que no hay manera de repararlo, soy una imbécil. Pues claro que lo eres, siempre lo fuiste y yo te necesite tanto. El mesero les acerca una jarra de cerveza junto con unos tarros. Ríen.

De ahí todo transcurre en calma. Sarah le cuenta de la ciudad, lo que han hecho algunas personas cercanas, nacimientos, bodas, cómo todo lo complica el transcurrir del tiempo. Inés la observa, Sarah representa todo lo que perdió, su lazo más fuerte con una vida que de golpe se fue. En poco tiempo agotan la jarra de cerveza y, sin dudar, piden otra. Beben. Recuerdan. De nuevo ríen por cosas tontas y hasta hacen planes: viajarán en crucero y recuperarán los años perdidos, iniciarán un proyecto de negocio.

§

Viste gente saltar sobre las olas, te pareció un tipo de afrenta estúpida. El sol caló en tu rostro. Portabas un sombrero de paja, con él te cubriste de todo: el viento salado, el olor a humedad de las paredes, el óxido del reclusorio. Vapor circundante acortó tu respiración. Hubieras deseado volver a caminar con tu mochila sobre la espalda, desvelarte en alguna fiesta, en el bar que permanecía abierto durante la madrugada.

Transitaste por un cúmulo de memorias, viste cómo todo era irreconciliable, nada qué hacer más que tirarte al sol y quedar muerta. Nada más que resistir sembrada en la arena, con ansia como nunca de regresar.

🌿 Obra del diablo

Tomó mi mano y me recogió contra su pecho, nuestra embarcación se agitaba. Vi a mi padre defendernos, ¡Eah! Escuché los golpes de los remos contra el animal, mi corazón latió agitado. ¡Papá!, grité desesperada. Mi madre no dejó que me acercara a él, *quédate aquí mijita*, dijo. Permanecí envuelta en sus brazos. La bestia se alejó haciendo apenas ruido en las aguas. Mi padre nos llevó a toda prisa hasta la orilla del lago, nos abrazó con fuerza. Mi madre lloró. Estábamos a salvo.

Esa noche prendió un cirio, me cubrió la cabeza con un velo y juntas rezamos con devoción, me dijo que el diablo andaba rondando. Yo tenía mucho miedo y también un montón de dudas ¿qué pasaría?, ¿serían capaces de llegar hasta la orilla y devorarnos?

A la mañana siguiente le dijo a mi padre que nos fuéramos de ahí, Chapala no era el único lugar donde él podía pescar y además, el diablo ya había depositado a sus bestias en él. *¿Pero a dónde?, siempre hemos vivido aquí*, dijo. Se miraron desesperados. Son de esas imágenes que nunca me podré arrancar, en verdad se amaban. *Váyanse a con tu hermana*, le dijo. *Yo aquí me quedo con los otros, a ver cómo nos deshacemos de esas cosas*. Entonces empacamos para irnos a Michoacán.

Aquel fue el último día que vimos a mi padre. Depositó en mi mano una piedra color naranja y me dijo que la conservara, cuando volviéramos tendría que entregársela sana y salva. Yo me abracé a él, le dije que Diosito lo cuidaría.

Extendí mi mano para tocar el agua, los peces la llenaban con reflejos tornasoles. En aquellos tiempos se rebasaban los niveles de ahora, era tan fácil alcanzar la orilla. Me despedí así, agitando mi mano en el lago.

Pronto llegó la noticia de la muerte de mi padre, se había ahogado. Volvimos a Chapala para el funeral. No recuerdo si

lloré en aquella ocasión, pero mi madre lo hizo al momento de asomarse el lago sobre la carretera. Inició un llanto furioso que no le conocía. Maldijo las aguas y todo lo que se movía dentro de ellas. *¡Bestias obra del diablo!*

Después de enterrar a mi padre, recogimos las pocas cosas que restaban en nuestra casa y regresamos a Michoacán. Allí comenzó la aventura. No teníamos dinero, nada de nada. Mi madre había perdido la fe de que Dios nos protegiera y estábamos tan desesperadas que tomamos prestado de las limosnas de la iglesia. Después de algunos domingos de juntar monedas, pudimos iniciar un negocio de manzanas. No sé quién le dio la receta o si ella se la inventó, pero las vendíamos horneadas, bañadas con crema y azúcar. Fueron un éxito. En poco tiempo ya teníamos para ir comprando cosas y no pasarla tan mal. Pude entrar a la primaria y hasta comprarme un uniforme nuevo.

Creo que la suerte había sido generosa, lo único que me angustiaba era el rencor de mi madre, ese recuerdo amargo que tenía de Chapala. En ocasiones le mencionaba la posibilidad de volver, aunque sea ir de visita; pero la sola idea la alteraba, me ofrecía su mal genio como respuesta. Insistía en que el diablo se paseaba por allí, que jamás volveríamos. Era tanto su odio, que se convirtió en un tema prohibido. Tuve que guardar en silencio el anhelo por volver; apretaba la piedra naranja en mi mano y le pedía que nos llevara de regreso.

En ocasiones me pregunté contra qué había luchado mi padre, si en verdad era una bestia. Supuse que no, *Debió ser algún animal muy extraño*, siempre dije. En aquel tiempo conocía muy poco, si acaso sabía que en los lagos había patos y peces.

Mi madre también murió. Yo acababa de cumplir diecisiete. Quizá no me di cuenta de su ausencia hasta que pasó algún tiempo. Los días sucesivos al funeral seguí atendiendo religiosamente el negocio, me aferraba a la idea de que en cualquier momento la vería entrar para regañarme, decirme que el fuego del horno estaba muy alto. Quizá sólo hasta ese

momento comprendí su negativa a volver; prefería seguir huyendo. Y yo también quería escapar, por eso trabajaba a toda hora.

Terminé la preparatoria y lo único que deseaba era irme, así que lo hice. Vendí las cosas que teníamos y con una pequeña maleta me subí a un camión. Estaba muy emocionada, era el primer viaje en mi vida. Apreté la piedra contra mi pecho. Todo *saldrá bien*, me dije.

Cuando el lago reapareció ante mis ojos me llené de lágrimas, todo latió con fuerza. Entonces supe que podría retomar el negocio de las manzanas; sería traer de regreso a mi madre. De nuevo todos en casa. Fueron tres años en los que trabajé día y noche, días de harina, azúcar y manzanas. Tiempo donde no pensaba en muchas cosas porque era completamente feliz.

Una tarde platicaba con un joven recién llegado de Ensenada, era investigador. Comenté aquella lucha de mi padre en el lago. *Eso que combatió eran manatíes*, dijo, *y son los seres más inofensivos del mundo*. Me llené de vergüenza, sabía en el fondo que no habían sido bestias, pero a fuerza de tanto escuchar en mi madre esa historia, llegué a creerla. Algo cambió en mí desde ese momento; sin querer era la respuesta de mi vida.

Al año siguiente empaqué mis cosas y me fui a Ensenada, quería aprender del mar, de los lagos; no volver a sentir vergüenza por mi ignorancia. Me convertiría como aquel muchacho en una oceanógrafa que investigaría cosas importantes.

Fueron años de trabajo en muchos sitios, mis manzanas allá no tuvieron éxito. Días de buceo, de lecturas; de enormes ojeras en mi rostro. Ahora de repente surge el tema en alguna conversación con los colegas o mis alumnos, platico un poco sobre mí y siento que les parece inverosímil. Siempre les digo que mi destino se escribió un día de paseo en lancha, uno donde mi padre atacó a unas bestias que nunca fueron obra del diablo.

❁ Delgado

Lo abre. Delgado piensa que es tiempo de terminar con esta afrenta. Lleno, rebosante de comida esta vez el refrigerador no tendrá compasión. Se miran. No le da tiempo de reaccionar, de explicar su abandono. Las cajas con restos de menús de restaurantes atacan de inicio, se arrojan contra éste a cuerpo entero. Haciendo un refuerzo los contenedores plásticos se abalanzan: arroz, frijoles, pasta. La verdura enardece, golpea contra la pared del cajón que la contiene. Empuja, empuja. Lo abre. Furiosa cae sobre el estómago de Delgado. Luego la mayonesa, mostaza, salsa inglesa y de soya, es decir, todas las señoritas y señoras se estrellan contra su rostro. No resiste el golpe contundente de una sandía que ha salido disparada desde el centro. El congelador releva fuerzas, avienta cubos de hielo kamikazes, pollo hecho piedra, carne congelada, cajas de comida para microondas. La tunda le hace perder la conciencia. Tiro de gracia: los restos de pastel de cumpleaños caen.

Su gato, pequeña criatura llena de rencillas y malévolos por naturaleza sólo se acerca para dar fe de los hechos. Sabía lo que iba a suceder, todos hablaban en voz alta.

Cuando Delgado recobre el conocimiento habrán pasado algunas horas. Intentará olvidar el incidente como otros asuntos de su vida; quizá en esta ocasión le eche la culpa al gato.

❁ Criaturas que atraviesan el polvo

I

Allí estás. Me miras con ojos desconcertados, no sabes como será tu maestra. Algo te recuerda ese cuerpo frágil, esos cabellos negros malentintados, esas manos blancas que parecen conducir en sus venas algo fosforescente.

Nuestros ojos hacen un contacto certero, mi antebrazo te descubre algo que conoces, algo que quizá tú también escondas impreso bajo tu camisa. Camino lento por enfrente de las cinco filas que constituyen el salón de clases; mis ojos luego se pierden en el espacio vacío que se forma entre las miradas.

Mi nombre es... y seré a partir del día de hoy su maestra de... Las mariposas negras pululan en el salón; voluminosas, gruesas, parece crecen cada día. Apuntan en su libreta ecuaciones; dejan caer el polvo por los extremos de sus escritorios, ejecutan un aleteo suave. ¿Quién de ustedes recuerda...? Tengo frente a mí la piel de tu rostro, aprietas la pluma cuando me reclino para preguntarte si has entendido las instrucciones: Sí, maestra. No retiras la vista de mis senos.

II

Hoy te acercaste: los aromas de la noche anterior se mezclaron, me preguntaste cuestiones estúpidas, solución a un sistema de ecuaciones que se te dificultó: *así que tienes duda*. Intercambio impresiones sobre la camisa que portas, ese bar que al parecer ambos conocemos: *yo también solía visitar ese sitio, me sentaba en alguna mesa perdida y pedía algo de vino para aclarar las ideas*. Mi mano se desliza suavemente sobre la hoja blanca en la que apoyas tu mano, asoma en su

fondo imágenes curvas: cuerpos que se agitan, manos que sostienen el lento rojo fluir de...y tu boca posando, *podemos ir a ese sitio, quizá, un día.*

Los demás alumnos requieren mi presencia, tienen dudas. En el reajo sostenemos un silencio, todo es quietud. Observas cómo voy de escritorio en escritorio. Mi vista periférica ve caer un mechón de tu pelo que hace vertical en tu ojo gris: *bajo la luz de los cirios te distinguiría de los demás.*

III

Penumbra, niebla artificial, bip bip en loops, voz cruda de un vocalista. No te distingo entre la gente, ambos sabemos que estamos en el mismo sitio, nadie nos va a ayudar. Me recargo sobre la pared más lejana al ruido, mi mano siente otra que se posiciona fría sobre ella, volteamos: *Te busqué.*

IV

Nos perdemos entre la gente, veo tus dientes brillar con la luz negra. Las mariposas cotidianas se encuentran dormidas, no nos dirán que somos invisibles a la luz. Bebemos. La música ensordece todo, nos asfixiamos, todo es espeso, sugieres salir del lugar: *vamos.*

Estamos en la carretera. Las luces de los autos se estrellan contra nosotros. El aire corre: a través de la mica del casco te veo. Conduces y el viento nos vuelve criaturas extrañas. Somos.

Llegamos al lugar, elevamos los ojos para descubrir la construcción; me abrumea, el aire denso entumece los pulmones. Caminamos bajo el crujir de las hojas, sostienes mi mano y exhalo una bocanada de frío. Me dices algo en un

idioma que entiendo. Seguimos caminando. Tú vas al frente, y volteas de vez en vez para vigilarme. Estoy segura que no quiero escapar.

V

La lluvia se precipita sobre nosotros, moja mi vestido, tu cabello. Tengo miedo que se rompan mis alas; tus alas son más fuertes que las mías, con ellas me cubres.

Subimos las escaleras para acercarnos al pórtico. Entramos. Dentro de la construcción buscamos un lugar que nos resguarde. Mi corazón galopa con el gruñir de la madera; voces entonan los coros de entonces. Siento caer sobre mí la manta púrpura, el terciopelo que antes cubrió este templo. Vuelven a la memoria la celebración, el desfile, los cirios uno a uno encendiendo. Estamos allí, siglos atrás, inmersos en ropas pesadas, deseando muerte.

La lluvia desfonda el cielo: me abrazo a tus extremidades aladas. Caminamos hacia el atrio, es inmenso el pasillo central que nos separa de él. Sigo detrás tras de ti; el galope de mi corazón se conjuga con el silencio reinante. Aprieto fuerte mi mano a la tuya, puede fluir sangre por las grietas que nos han marcado los siglos.

El altar nos espera: habrá vino, sentiremos reventar los vitrales mientras nos recorre la comunión.

Bajo la luz de los cirios te reconozco.

VI

Se nos ha iluminado la piel pálida, de nuestros ojos emana luz, somos plata que atraviesa la opacidad. Las mariposas

lóbregas se han enfilado formando paredes: vigilan, esperan: beben el oxígeno. Nosotros las espiamos, vemos la espinosa cubierta, su esqueleto poroso que emana un humor fétido; en su quietud se parecen un poco a nosotros. Esperamos su silencio.

Acercas tus manos a la tela esponjosa, les haces caricias hasta llegar al entrelazado nacimiento de sus alas. Un peligro acecha: sabemos lo que somos. Buscamos el sabor de la sangre caliente, no nos detiene el vapor que desprenden, sus patas vidriosas que lanzan golpes sobre nosotros. Son suficientes nuestras uñas para desmembrar la oscura piel que cubre sus cuerpos. Un líquido fluye vertiginoso: bebemos.

Las mariposas agitan fuertemente sus alas, esparcen polvo por todo el templo. Nuestros cuerpos se recubren en un fulgor helado. Ellas nos miran, posan sobre nosotros sus esferas que flotan sobre cavidades oscuras. Hacen ruido, amenazan con devorarnos. El corazón se agita, tenemos el rostro hundido en las vísceras jadeantes. Se oyen sus aullidos: gritan.

Nos miramos de reojo, tu sonrisa me contagia de una paz desmesurada. Todo termina y vuelvo a sentir el aire entumeciendo mis pulmones.

VII

La puerta del templo aprisiona las súplicas. Frente a las escaleras de la entrada, sentimos el viento que se amotina contra nosotros. Recorremos el mismo camino de ingreso, ignorando el crujir de las hojas que se une al de los gritos confinados.

Tomo tu mano pegajosa y árida. Veo tu rostro goteante.

Volvemos de regreso por la carretera: seguimos siendo criaturas que atraviesan el polvo.

JORGE POSTLETHWAITE

Nació en Mexicali, Baja California, en 1977. Ha vivido la mayor parte de sus años en dicha entidad. Egresó de la preparatoria del CETYS Universidad campus Mexicali en 1995. Es licenciado en Literatura Inglesa por la Universidad de San Diego, Estados Unidos. Ha publicado algunos trabajos de periodismo en *Diario San Diego*, *El Vigía* de Ensenada, y en el blog de *Mi enlace* del *San Diego Union Tribune*. También ha participado con diversos ensayos multitemáticos en la revista *Arquetipos* auspiciada desde hace tres decenios por el propio CETYS. Actualmente cursa una maestría en Teoría Crítica. Durante su tiempo libre gusta de tocar guitarra y jugar al tenis.

✿ Roman à clef

No creas todo lo que lees. La verdad es que no conocí a Iván y él nunca me conoció a mí. Nos presentaron una vez. Eso fue todo, a pesar de lo que él diga. Es más, ni siquiera estoy seguro de que se refiera a mí en el glosario que acabas de leer. Lo escribo nuevamente:

Jorge.- Es un tipo muy superficial y pretencioso, presume saber mucho sobre cine.

Lo más irónico de todo es que me menciona debajo de Jodorowsky. Así que, ¿quién es el pretencioso ahora? Lo que describe en su "novela" es casi todo verdadero. Menciona un *rave* en Tijuana. Cierto. Una borrachera. Cierto. Pero, ¿que yo lo fastidié con una letanía sobre el expresionismo alemán? ¡Ni al caso! Confieso que a lo mejor yo andaba borracho esa noche, y cuando me emborracho me apasiono, sobre todo si el tema es cine de arte, pero no lo hice con él jamás, lo juro. Iván me describe como un gótico esnob. Pero para empezar, ¿qué significa eso? ¿Qué significa ser un gótico esnob, en realidad? Marlyn Manson puede que sea el único en la faz de la tierra, y eso sólo desde que se volvió millonario. Si Andrea (o Daniela como la disfrazaba Iván) dice la verdad, entonces yo soy aquel Jorge que deambulaba por los antros de Ti-Yei pontificando sobre *Nosferatu*. Me rehuso.

Hay un importante pedazo de información que indica que el personaje de Jorge no está basado en mí. Estoy casi seguro de haber visto un ejemplar de este libro (sí, éste que tienes en tus manos) en el Cecut. Era la única copia en toda la librería, por cierto. Eso fue un par de meses antes de conocer a Andrea, y ella fue quien me presentó a Iván. Lo cual anula completamente la hipótesis de que yo soy el Jorge de este libro.

(Aunque el tiempo que pasé en Tijuana es anacrónico, y es difícil estar cien por ciento seguro de lo que sucedió

antes o después, los episodios que viví en esa ciudad se resbalan de mi mente, no se acomodan perfectamente en un rompecabezas. Más bien se mezclan como en un remolino.)

Al igual el libro que vi era una edición anterior. Quizá la novela de Iván logró más ediciones (lo dudo) y ha aumentado sus páginas con el tiempo, ensanchando su espina a través de los años, pues finalmente el libro es un *pastiche* de episodios vividos por un adolescente durante el transcurso de una semana que puede o no ser metafórica. Una semana dura siete días, la adolescencia dura siete años, etc. Igual alguna editorial se la tragó completita y le sigue publicando el libro. No sé.

La otra pregunta relevante es: ¿por qué Iván no cambió mi nombre como lo hizo con el de Andrea? Si yo soy ese Jorge, disque amigo de Renato (el seudónimo de Iván), entonces en el libro me hubiera llamado Gregorio o Rogelio aunque sea. Muy fácil: como no me conoce, no vio la necesidad de bendecirme con el anonimato. Iván cuenta que Jorge es su amigo, o más bien de Renato. Si me considera su amigo pues qué lástima. La verdad es que Iván, y Renato, no tienen amigos. Es un *freak*. Él sí es un completo *snob*.

La primera vez que escuché de Iván fue cuando visitó Mexicali en una gira cultural. Presentó sus crónicas, poemas, o memorias, no sabía yo ni qué llamarles, ni él lo sabía creo, pero me gustaron. Algo de lo que leyó esa noche resonó dentro de mí, aunque suene cursi. No fui a verlo de casualidad ni porque sabía de qué se trataba. Me invitaron a participar en el evento. Yo tocaba el bajo eléctrico con una banda que la verdad no servía para nada. La tía del vocalista organizaba eventos culturales para el municipio y nos invitó. Era un evento de *mix media* o una jalada de esas, y la tía Mercedes nos hizo el gran favor de conseguir la tocada. Nosotros decíamos que sí a cualquier invitación, así que accedimos.

Pasaron algunos cortometrajes *amateur*. Yo no entendía ni la mitad de lo que sucedía. Creo que uno era sobre un chico gay que quería salir del clóset y no sabía cómo hacerlo, algo

así. El chico estaba literalmente dentro de un clóset, eso sí recuerdo. Hoy suena como algo trillado. Iván iba acompañado de otros dos artistas precoces. Leyeron de sus cuadernos. El colectivo de dizque poetas urbanos se hacían llamar “La Re-evolución Bemol”. Un nombre bastante mamón, si lo vemos bajo la óptica del tiempo. Uno de los miembros, un chico andrógino con un copete afilado como navaja, grababa todo con su cámara de mano. Las reseñas leídas en voz alta esa noche después aparecieron en la primera y única novela que Iván escribió, la que precede este texto, la que acabas de leer. Todo lo que leían los tres novicios era muy sombrío, con tendencia suicida casi, parecía estar escrito por alguien que ha escuchado demasiado a *The Smiths*. Aún así, me sorprendieron, debo admitir. Fue más que una sorpresa, fue como un llamado, como si estos artistas incipientes hubieran leído mis pensamientos más privados. Lo que recitaron tenía un sentido perfecto para mí, aunque para los demás tal vez parecía demasiado pesimista. Expresaron algo que yo siempre había sentido. Al parecer Iván y yo pasábamos por la misma crisis existencial. Y ahí estaba él tejiendo su crisis existencial y convirtiéndola en poesía. Yo tenía la misma crisis pero no tenía en qué transformarla. Él lo expresaba todo con claridad y elocuencia. Su voz era pausada, segura, profesional. Un prodigio quizá, yo sólo un alma perdida más. Quería pararme y matarlo ahí mismo.

Tomaron turnos en leer. Narraron la irreconciliable frustración de ser un adolescente de clase media en Tijuana. Se interrumpió la lectura sólo para proyectar un cortometraje y por supuesto fue en el intermedio cuando toqué con mi grupo. Nuestras canciones no tenían nada que ver con el ambiente del evento. Es más, en alguna ocasión un reportero escolar nos clasificó como *candy rock* o *cheery pop* no recuerdo cuál de las dos. Nosotros tocábamos pop, lo que estuviera en los primeros diez lugares de MTV, indiscriminadamente. Mientras Iván y sus amigos criticaban la cultura popular y el *statu quo*, nosotros tocábamos rolas de *Guns n' Roses*. El contraste fue alucinante. Sentí un poco de pena. De hecho fue mi última tocada con la banda. Me salí un poco después.

Fue muy poca gente al evento. Se llevó a cabo en el Café Literario. Cuando tuve la oportunidad, le pregunté a uno de ellos, creo que al pequeño David Lynch, que si qué le había parecido nuestra música. Se rió.

A mí nadie me había enseñado a ser tan *cool*. ¿De dónde salieron esos chicos? ¿Venían de otro planeta? No, de Tijuana. Una parte de mí quería huir con el circo. Irme a vivir a Tijuana, ser un miembro más de *Re-evolución*. Pero no sucedieron así las cosas.

Pasaron los años, y no volví a saber de ellos. Pero no los olvidé. El evento del Café Literario ya había pasado totalmente a mi inconsciente hasta que conocí a Andrea. La conocí en Tijuana, en la Plaza del Zapato. Como parte de mi cortejo (percibiendo que ella era medio *punkilla*) le presumí que yo antes tocaba en un grupo de rock. Ella me contestó:

—Con razón te me haces tan conocido —y se rió con su sonrisa coqueta.

Dijo que me reconocía de un vídeo. No sé si era mi embriaguez, pero yo también creí reconocerla de uno de los cortometrajes que proyectaron en el Café. Me explicó que ella actuaba en los cortos de los “Bemoles”. Ahí nos dimos cuenta de que hablábamos del mismo Iván. Ahí fue cuando me dijo que Iván iba a publicar una novela y que ella era uno de los personajes. Comenzamos a salir. A las dos semanas nos encontramos a Iván en un *rave*. Andrea nos presentó. Yo andaba demasiado borracho y no recuerdo gran cosa. Él se mantuvo callado, medio mamón la verdad.

Meses después, Andrea me platicó que había ido a la presentación de la mentada novela. —Daniela es mi álter ego, —me explicó. No le creí mucho porque tanto Andrea como Daniela eran mitómanas.

Pasaron más años. Huí de Tijuana como una cucaracha que corre por su vida. Olvidé mis amistades, incluyendo a Andrea. Lo último que supe de ella fue que se había casado

con un chileno y que los dos viajaban con una compañía de danza contemporánea.

Me regresé a Mexicali. Y un día equis, en la biblioteca pública, me topé con este libro en la sección de autores regionales. Mis ojos se enfocaron como frente a un accidente de tráfico. Quise sacar el libro de ahí pero la señora bibliotecaria me lo prohibió rotundamente. Entonces me quedé ahí toda la tarde leyendo, sentado en una silla bastante incómoda. Lo leí de portada a portada y me perdí dentro de la historia. Volví con Daniela, y me uní con mi tocayo, el gótico esnob.

❁ El regreso

El viaje lo pasamos sin incidentes hasta llegar a Hermosillo. No estoy seguro de dónde toma su nombre la ciudad pero si viene de la palabra hermoso entonces hay ironía implicada. Había visitado la ciudad en dos ocasiones anteriores. Y los dos recuerdos están cargados de infortunio. La primera vez tenía trece años y fui a un torneo de tenis. Todo lo que recuerdo es una derrota traumática en la primera ronda y unos rituales extraños de un compañero del equipo. En la noche se le escuchaba conjurando espíritus.

La segunda vez fui junto con un amigo a tomar los exámenes de admisión de la universidad. Nos pusimos tan ebrios que ya no sabíamos cómo regresar al hotel. Estuvimos horas perdidos tratando de explicarle a un taxista, quien nos trajo dando vueltas por toda la ciudad para aumentar el pasaje.

Y ahora hacíamos una entrada triunfal a Hermosillo en un Safari.

El Safari de mi hermano era como un carro alegórico para los soldados de cada retén. Constantemente nos paraban y nos bajaban del vehículo. Supongo que era el tipo de vehículo que un capo puede arriesgar perder por unos kilos de cocaína. Los soldados hacían todo lo posible por verse profesionales; inspeccionaban cada pulgada cuadrada, y hacían preguntas capciosas como, ¿a dónde se dirigen? y ¿de dónde vienen? En uno de los incontables retenes, inspeccionaron hasta adentro del depósito de aceite, quién sabe por qué.

En una de las últimas casetas antes de llegar a Hermosillo, mi hermano me pidió que yo manejara. Yo no estaba tan feliz de hacerlo, pues la palanca de cambios era imposible de dominar. Pero él había ya conducido la gran parte del viaje, así que era lo justo.

Primero que nada creo que es importante visualizar el automóvil. Mi hermano me pidió que lo acompañara a atravesar medio país en un Volkswagen 1971. No uno de esos que están impecablemente limpios por fuera y por dentro y que no tienen ni una fuga de motor porque el dueño lo tiene como parte de su colección. No. Éste era un poco distinto. Para comenzar, literalmente te causaba un dolor en las nalgas sentarte. Y no sé absolutamente nada de carros pero algo estaba mal con la suspensión. No tenía cinturones de seguridad ni aire acondicionado. Si querías bajar la ventana, tenías que orillarte y remover una cubierta de plástico, una operación de aproximadamente quince minutos. Y si te decidías por quitar la ventana tenías que aguantar todo el camino con el aire en la cara.

Comencé a manejar mientras el sol se ponía. Las bellas dunas del desierto sonoreño proveían el paisaje. A lo lejos, en el horizonte, se veía la silueta imponente de la sierra. Pensé que tenía todo bajo control, y me poseyó un sentimiento de bienestar. Pero me confié de más. Llegamos a otro retén militar, y esta vez nos hicieron un ademán para dejarnos pasar, así que no frené. Tenía miedo de frenar porque corríamos el riesgo de quedarnos varados, algo así me explicó mi hermano. Al parecer todo estaba bien. No se apagó el carro y proseguimos en silencio. La noche se introdujo tan inconspicua como siempre.

Nuestro plan era dormir en Hermosillo. Me emocioné nada más de pensar en llegar a una ciudad con servicios públicos. Después de kilómetros y kilómetros de ver una vasta y despoblada nada, la idea de un semáforo y un cajero automático me emocionaron. Quizá podríamos hasta salir a un bar o un club. No desvelarnos ni nada, nada más unas cheves, y platicar con gente local, del sexo femenino de preferencia. Nos podríamos quedar en un hotel de tres estrellas, tomar un baño tibio, dormir tendidos en un colchón cómodo, despertar al siguiente día con plegarias a la virgen de que el carro aguante las últimas ocho horas de viaje. Casi se me salen las lágrimas nomás de imaginarlo.

Lo último pasaba por mi mente cuando el carro se averió. Estábamos hablando mal de un tío y primero pensé que era nuestro karma el que había provocado el accidente.

— ¡Mete el cambio! ¡Mete el cambio! — fueron las únicas indicaciones de mi hermano, una instrucción bastante fácil de seguir en otro contexto.

El carro se paró. Mi hermano se bajó y limpió un inyector o no sé qué hizo realmente, y por un milagro arrancó otra vez. Quedé impresionado por su destreza, aunque después resultó ser que realmente no había reparado nada, sino que fue más bien una coincidencia que el carro haya vuelto a caminar.

— ¿Estás seguro que va a llegar? — le pregunté.

No era la primera vez que le hacía esa pregunta. La primera vez fue un par de semanas antes de iniciar la aventura.

— Claro que va a llegar — me contestó ofendido. Me explicó cómo había conocido a un mecánico excelente que había hecho todas las reparaciones necesarias y que el vehículo estaba en óptimas condiciones. Después descubrí, un día antes de salir, que ese experto era en realidad un carrocerero con un conocimiento limitado de combustión interna.

Al entrar a Hermosillo todo cambió. Me olvidé de mis aspiraciones turísticas y recreativas. Ahora mi única misión era encontrar un taller abierto en domingo. Yo ya había manejado toda la madrugada.

Tres días de viajar sin parar en un vehículo no apto había comenzado a afectarme. Era agosto y hacía un calor insufrible. Entrar a Hermosillo por la parte sur es como entrar a cualquier otra ciudad del norte, una recta de dos carriles con changarros a los lados, mini mercados en su mayoría. En uno de esos locales encontramos un taller.

Cuando tienes prisa por llegar a algún lugar, no disfrutas tanto el viaje. Siempre estás pensando en el futuro, especulando sobre lo que sigue. Y en cada viaje predomina el deseo por regresar. Llegar connota estabilidad, continuidad, permanencia. Son palabras reconfortantes. Todo esto fue una justificación que hice muchos meses después, cuando tuve que explicarle a mi hermano por qué hice lo que hice. También tuve que confesarle que en ese momento, cuando entramos a ese taller infernal, simplemente lo quería matar.

§

Los mecánicos estaban en su día de descanso. Creo que estaban reunidos ahí echándose unas cervezas, según ellos reparando un *pick-up*, solamente como una excusa para salirse de sus casas.

Entre más examinaba el taller, menos confianza me daba. Había dos vehículos adicionales al nuestro. Uno, un Chevrolet Caprice, estaba yonqueado por completo. Los mecánicos no fueron de ninguna ayuda. El jefe del grupo nos confesó no saber nada de Volkswagen pero cambió unas bujías para satisfacer la teoría de mi hermano y nos fuimos con el mismo estado de ánimo que entramos.

No habíamos comido nada. Paramos por algo rápido en el Carl's Jr. más grande del mundo (según la placa en la entrada). Dejamos el carro marchando por miedo de que se apagara y no volviera a encender.

Y nos subimos en la carretera.

De todo el recorrido que hicimos, el peor tramo de carretera tiene que ser el que une a Mexicali con Hermosillo. Es una carretera de dos carriles sin cuneta. El Safari aparentemente iba muy bien, pero cuando el sol se escondió, el carro se paró en seco, como si se hubieran puesto de acuerdo. Empujamos la carcasa de hojalata hacia la orilla hasta que se atoró ahí torpemente en una zanja con las nalgas de fuera. Estábamos

muy cerca de una curva peligrosa, y no teníamos cómo prevenir el tráfico. Un tractocamión por poco nos mata. Horas después, a la medianoche, pasó un autobús. Mi hermano hizo ademanes de pánico y el chofer se detuvo a unos cinco metros de nosotros. Mi hermano corrió a alcanzarlo, y vi que comenzó a platicarle algo parado en el primer escalón. Cuando menos lo pensé el autobús arrancó y mi hermano desapareció con él. No me di cuenta, se había esfumado de la faz de la tierra.

Me imaginé lo peor. Sentí un leve cuchillazo en la espalda. Estaba completamente sólo en medio de la nada. Hubiera podido ser devorado por una jauría de coyotes.

Mi siguiente operación mental fue básicamente sobre qué escribir. Una carta, un recado, o no escribir nada. Decidí poner el ejemplo. Tomé una pluma y un papel usado que encontré en el piso del Safari y escribí:

Hermano,

nos vemos en Mexicali.

✿ Teofanía

Esa mañana Felipe decidió que algo iba a cambiar. La idea se fue desarrollando en su mente con lentitud. Al igual fue el residuo de un sueño que se coló a lo que llamamos el mundo real, y como una célula cancerosa fue creciendo hasta invadir su conciencia. Al igual. No sé. Nunca se sabe cómo funcionan esas cosas. El caso es que en el baño, bajo la lluvia artificial de su regadera, Felipe tuvo una idea.

En la cocina, la mente de Felipe divagó un poco al servirse la leche sobre su cereal favorito. No se percató a tiempo que la cascada blanca que salía de una oscura y profunda boca de cartón inundaba todos sus *Honey Nut Cheerios* y se desbordaba sobre la cubierta de su cocina.

A Felipe le parecía una tragedia.

—¡Chingadhombre! —gritó con excesiva irritación, como si su coraje en realidad fuera dirigido a algo más que ese simple accidente.

Comenzó a limpiar el tiradero cuando su mirada de repente se enfocó en una neblina extraordinaria que se formaba afuera de su ventana. Se perdió dentro de la neblina por un segundo. Y en ese preciso instante tuvo lo que algunos podrían llamar una epifanía. Se le vino la idea otra vez: un detalle iba a cambiar.

La monotonía de la vida de Felipe era asfixiante. Su rutina diaria consistía en estar frente al monitor de una computadora ocho horas al día, leyendo correos electrónicos, bajando información de un sistema interno, en el teléfono con proveedores. Su delirio había llegado al grado de realmente creer que el reloj en la esquina inferior de su monitor se escarnecía de él. Se sentía esclavo del tiempo. A un peregrino accidental lo de cambiar un simple detalle en un gran sistema hegemónico puede parecerle patético, pero, ¿qué más podía

hacer? No podía cambiar drásticamente su vida, y renunciar al trabajo estaba fuera de cuestión, pues ya no tenía edad para quedarse sin chamba. Entonces optó por una solución mediocre pero con potencial.

¿Y qué detalle de su vida posiblemente podía cambiar? Se decidió por un detalle tonto, casi insignificante, hasta ridículo. Ese día decidió no utilizar el *chat*.

— ¡Brillante! — pensó, mientras se abrochaba los zapatos. Es algo pequeño y sencillo, pero brillante. La idea resonó como un eco que en vez de desvanecer aumenta en su intensidad. *Chatear* sería sólo el comienzo. Al día siguiente buscaría otro detalle que cambiar, y al día siguiente otro, y al día siguiente otro. Así *ad infinitum*.

Todo el día en el trabajo Felipe no pensó ni en abrir el programa de su computadora. Y al terminar el día, se sintió más seguro de sí mismo por haber ganado una pequeña batalla contra el todopoderoso hábito. Felipe se sintió rejuvenecido, como si hubiera salido de la peluquería con un nuevo corte de pelo.

Esa noche, satisfecho con su pequeño triunfo, Felipe decidió intentarlo con otra cosa. Después de ponderarlo un rato se decidió por algo más arriesgado, quizá más drástico: no escucharía música en todo el día. Esto iba a ser más difícil, un gran esfuerzo en realidad comparado con lo de *chatear*, pero pensó que le serviría como un ejercicio de voluntad, de estoicismo casi. Además, concluyó, podría apreciar ciertas cosas para las que nunca tenía el tiempo. Sus oídos podrían dirigirse a los silencios imperantes de la mañana, por ejemplo, capaces de evocar emociones tan intensas como la más bella de las canciones. Los sonidos cotidianos, la música atonal de la ciudad, crearían en su mente una sinfonía heterogénea de viento, cantos de los pájaros, voces del tumulto, bullicio del tráfico. Todo eso pensó segundos antes de cerrar los ojos y conciliar el sueño.

Por poco se le olvidaba su propósito cuando se subió al carro la mañana siguiente. Inmediatamente el estéreo irrumpió con sonidos indescifrables de una estación de radio. Felipe reaccionó rápido y lo apagó. En el camino al trabajo, su mente estaba más fresca y atenta de lo normal. Escuchó el ruido del viento golpeando contra su carro. Su concentración en vez de estar arrestada por la letra y música de una canción, estaba enfocada en su entorno, en la simple presencia de vida. Observó cómo unas gaviotas volaban tan cerca de su parabrisas que por un momento parecía que lo iban a atravesar. Se fijó también en el sutil ruido del tráfico matutino, los carros yendo y viniendo, la sirena de un policía, el rechinado de balatas, motores en ralentí. Contempló su vida con un nuevo sentido, y pudo darse cuenta que su experimento estaba funcionando.

Cuando llegó al trabajo, encendió su computadora y pensó en compartir este nuevo descubrimiento, disposición, truco, actitud, o lo que fuera, con su mejor amigo Pedro. Al igual Pedro también se podía beneficiar de esta estrategia diseñada para sobrevivir el día. Pedro siempre estaba conectado al Internet, así que el *chat* era la manera más fácil de localizarlo. Felipe inició el programa, tecleó su contraseña, pero la aplicación se detuvo un segundo. Se quedó pensando, y al final se congeló, enviándole un mensaje de error. Felipe intentó de nuevo la misma mecánica. Confundido, reactivó su cuenta. Descargó el programa nuevamente, lo instaló, pero todo fue infructuoso. No le quedó otra opción más que recurrir al técnico, Ariel, a quien detestaba profundamente.

Una hora después apareció en la puerta de su oficina un joven obeso y moreno, un tipo bastante desagradable y de higiene cuestionable. Ariel no solamente era detestado por Felipe, sino por casi todos los trabajadores de la empresa.

—¿Problemas? —preguntó Ariel con un tono sarcástico y un gallo en su voz.

Se acercó torpemente al escritorio y casi se sienta arriba de Felipe, como un rey gordinflón acostumbrado a que le

acerquen su silla. Fue un gesto lo suficiente imprudente para irritar a cualquiera, pero Felipe no dijo nada. Se levantó rápidamente de su silla y cedió el lugar. Con una parsimonia intencional, Ariel tomó el *mouse* de la computadora y abrió varias ventanas.

— ¡Qué raro! — dijo después de varios minutos, bajándole a su arrogancia un poco —. A ver, inténtale otra vez — añadió.

Siguiendo sus órdenes, Felipe tecleó exactamente igual que antes.

— No marca error — observó Ariel —. ¡Qué raro! — volvió a decirse a sí mismo. Soltó una carcajada medio forzada, y finalmente decretó:

— Me la voy a tener que llevar.

Felipe no quería quedarse sin su máquina nomás por la falta del *chat*. El día anterior había hecho un esfuerzo especial para no utilizarlo y ahora iba a atenerse a las consecuencias.

— Lo tengo que reportar a la gerencia — contestó Ariel desafiante mientras se preparaba para irse. Siempre hablaba de esa entidad ambigua llamada “la gerencia” como si tuviera una relación muy estrecha con ella. Por no querer discutir, Ariel aceptó.

En el camino de regreso a casa Felipe no violó su manda. Fue particularmente difícil resistir la tentación de escuchar música considerando su estado de ánimo. El escapismo le hubiera servido como terapia después de un día tan cansado.

En la noche otra vez contempló cuál iba ser la siguiente fase de su experimento. Los dos pequeños cambios que había hecho hasta ahora tenían resultados mixtos, no eran del todo convincentes. Podía vivir sin el *chat*, pero ahora tenía que lidiar con el idiota de informática. Y no podía tolerar un día más sin música, eso le quedaba claro. Por su mente se proyectaron varias opciones: irse descalzo, no ponerse ropa

interior, no llevar su reloj, no usar la palabra “después”, por mencionar algunas. Y antes de entregarse a un sueño que parecía anestesia, decidió no cargar con el teléfono celular al trabajo.

En realidad llevar un teléfono consigo a todas partes le parecía un poco ridículo para comenzar. Sin duda era un síntoma de arrogancia pensarse tan importante para necesitar estar localizable las veinticuatro horas del día, como si fuera un doctor o un diplomático de alto rango. Felipe durmió espléndidamente convencido incluso de nunca utilizar ese pedazo de plástico y metal.

Se subió al carro la mañana siguiente con su reproductor de música en la mano. Estaba contento porque ya sabía hasta qué canción iba a escuchar (una de Rolling Stones). Su abstinencia musical había creado en él ahora un ansia incontrolable. Y fue el colmo, porque para su máxima irritación, el carro prendió como cerillo pero el estéreo se quedó muerto, no hizo nada. Presionó el botón numerosas veces y nada. Muerto.

— ¡No me jodas! — gritó, rompiendo con el carácter ecuánime que lo caracterizaba.

Llegó malhumorado a su trabajo, sólo para percatarse que todavía no regresaba Ariel con su equipo. Volteó a ver a Lisette, la recepcionista, y ella sólo hizo una cara chistosa.

— Te van a traer otro provisional. No te preocupes — le dijo con su tono risueño.

Felipe se sentó en su cubículo y esperó. Pronto, como se lo prometieron, Ariel apareció cargando una CPU. La tensión entre los dos era palpable. Como novios peleados, no se dirigieron ni la palabra. Ariel simplemente conectó el equipo y se fue. Lo encendió Felipe, a ver si ahora sí podía compartir los efectos de su nuevo experimento con Pedro. La inició para descubrir que el equipo no traía el *chat* instalado.

— Oh que la fregada — dijo Felipe — se la llevan a arreglarla y ahora no tiene ni el programa instalado.

—¿No te dijeron? —contestó Lisette—. Es una nueva política. Nos lo quitaron a todos. Se supone.

Felipe miró hacia el horizonte por la ventana grande y panorámica que enmarcaba toda la pared de las oficinas. Su oficina estaba en un tercer piso y abajo podía observar una avenida afluyente. No pudo evitar afectarse por el silencio imperante en la oficina. Se comenzó a poner nervioso. Sólo se escuchaba el leve zumbido de computadoras y fotocopiadoras trabajando.

—¿Por qué no pones música? —le preguntó Felipe a Lisette buscando algún sedante para remediar su creciente frustración.

—Se descompuso esta cosa —contestó Lisette refiriéndose al lector de discos.

Felipe tuvo una epifanía mayor a las anteriores; según él habían provocado una pequeña abolladura en el cosmos. En ese momento comprendió que era perfectamente viable vivir en un mundo sin *chat*, sin música, y sin teléfonos celulares. Y no solamente eso. Creyó perfectamente factible que Dios lo había dotado a él de un poder sobrenatural para quitar y ponerle accesorios a su vida y a la de los que lo rodean. Solamente con abstenerse de algo, lo que sea, los demás lo iban a tener que hacer también. A lo mejor era él un Mesías, lentamente descubriendo... Felipe no pudo terminar su pensamiento. A lo mejor hubiera podido trascender su propia mortalidad, renunciar a su trabajo, y dedicarse a girar por el mundo. Salir en *talk shows*. Todo eso y más, si no hubiera sido por la distracción de un sonido en aumento, un tono familiar: una cancioncita electrónica emitida por una bocina demasiado pequeña para hacerle justicia a una melodía.

—¿Bueno?

Para su consternación, no era Dios en la línea.

JORGE DANIEL RODRÍGUEZ JIMÉNEZ

Nació en Mexicali, Baja California, en 1989. De 2004 a 2007 cursó la preparatoria en el CETYS Universidad de esa ciudad. Actualmente estudia la licenciatura en Contaduría Pública en la Facultad de Ciencias Administrativas de la Universidad Autónoma de Baja California. Durante el bachillerato perteneció al taller de creación literaria del CETYS y dos textos narrativos suyos fueron impresos en la muestra semestral de trabajos del mencionado taller. El relato que se incluye en el presente volumen es su primera incursión en una publicación colectiva. Ha radicado en Mexicali ininterrumpidamente, lo mismo que sus padres, lo cual lo impulsó a convertirse en un aficionado del béisbol y del equipo profesional de la localidad, los “Águilas de Mexicali”. Otros de sus intereses son la música –toca guitarra y batería–, el cine y la lectura.

Vivir la historia cachanilla

La curiosidad siempre había sido parte de mí pero no era algo que aprovechara mucho. Sólo quería saber algunas cosas, eso era todo. Quería saber de lo que hablaban mis compañeros, de lo que hacían los famosos y cosas simples como por qué el cielo era azul; nada que fuera del interés de las grandes mentes. Como sea, aprendí que sería bueno si le daba un buen uso. No estaba muy convencido de esto pero pasar el rato con mi abuelo me hizo darle más consideración.

Cuando acababa de entrar a la preparatoria no conocía a nadie más que a mi amigo de toda la vida, Esteban. Él estaba un poco loco y era bastante imaginativo pero siempre tenía buenas intenciones. Mi mamá siempre decía “cuidado con ese niño, no vaya a ser que termines en la cárcel por su culpa”. A veces mi mamá exageraba, pero ella también tenía buenas intenciones. Además, ¿qué tanto puede hacer Esteban? Si no salimos a ninguna parte se la pasa encerrado en su sótano con sus “inventos”. De cualquier forma, si no quería tener una juventud solitaria, era mejor que me juntara con alguien, aunque fuera el mismo de siempre.

Un día, cuando salíamos de la escuela, Esteban me dijo que tenía que ir a su casa, que ahora sí había algo que “tenía que ver”. Yo me imaginaba que era otra de sus cosas raras como su chicle que sabía a Wasabi o su traje “volador” y que estaba alardeando igual que siempre, pero preferí no desanimarlo y acompañarlo. Aunque siempre estaba haciendo cosas fuera de lo normal, ninguna de sus locuras había llegado a lastimarme. Supuse que esta vez también saldría librado de cualquier daño.

Llegamos a su sagrado sótano y comenzó a balbucear un montón de cosas científicas y filosóficas. De camino a la

escuela había estado relativamente calmado, pero cuando se acercó a la puerta del sótano le entró una ansiedad y emoción incontrolables aún para él. Después de calmarse se quedó en silencio por unos cuantos segundos. Hubo un punto en el que sentí algo de intranquilidad. Podía oír la voz de mi mamá diciéndome “te vas a meter en problemas.” Preferí confiar más en mí e ignorarla por ahora.

Cuando por fin volvió a hablar dijo que nunca había visto nada como lo que estaba a punto de mostrarme y que quizás nunca más lo vería. Esteban se acercó a un mueble que tenía una sábana encima y se paró a un lado de él.

—Daniel, amigo mío —empezó a decir—, prepárate para ver el invento del siglo.

Cuando dijo que era el invento del siglo comencé a pensar que a Esteban ya se le estaban acabando las ideas y que su propio cerebro se estaba consumiendo a sí mismo. La poca creatividad de su presentación hizo disminuir mi ansiedad, la cual desapareció al momento en que quitó la sábana para mostrarme “el invento del siglo”.

—¿Eso es todo? —le dije— ¿Ahora te dedicas a decorar salas o algo así?

—Claro que no. ¿Por quién me tomas?

—Pues lo único que estoy viendo es un sillón que yo dudo que por lo menos sea cómodo —le dije mientras le señalaba su preciada invención.

—No, no, no. Míralo bien.

Miré el sillón cuidadosamente para intentar descifrar qué pasaba por su cabeza.

—Pues... el color es como anaranjado muy oscuro. Nunca había visto uno así antes.

Esteban no se mostró feliz por mi respuesta.

— Daniel, llevas no sé cuántos años de conocerme. ¿Todavía tengo que explicarte todo?

— No todo, pero sí me gustaría que cuando quieras hablar de tus cosas raras lo hagas.

Esteban dio un fuerte suspiro y empezó a explicar.

— Mira Daniel, esto que tienes enfrente de ti es la primera y única máquina que te permite viajar en el tiempo.

Sabía que esto era algo bastante serio para él pero no pude evitar reírme. Estaba seguro de que iba a salir con algo extraño, pero no de esta magnitud, y mucho menos tan convencido como lo dijo.

— ¿De qué te ríes? Esto es importante. ¡Es un paso enorme para la humanidad!

— Perdón, pero es que de todas las cosas locas que me has dicho creo que esta es la mejor de todas. Aunque creo que podemos contar la vez que dijiste que podías hablar con los muertos si...

— No son locas, son innovadoras — me interrumpió—. Y hubiera funcionado si tuviera una fuente de poder con la suficiente energía. Pero déjame terminar de explicarte. Usando la teoría de la relatividad y otros estudios hechos por varios personajes importantes...

— ¿Para qué me explicas todo eso? Ya sabes que no voy a saber de qué hablas y la verdad no tengo mucho interés en saberlo. Sólo dime cómo “funciona”.

A Esteban no parecía gustarle que yo interfiriera con el ritmo que llevaba su explicación.

— La gente como tú es la razón por la que la ciencia no avanza. Tienes suerte de que todavía quiera ser tu amigo — me dijo con algo de frustración.

– Está bien, está bien. Pero creo que más bien tú eres el que tiene suerte de tener a alguien como yo para aguantarte.

– Sí, bueno... así es como está la cosa. La persona se sienta en el sillón, yo muevo unas cosas en mi consola que está por ahí y la persona aparece en otro tiempo. Después yo presiono otros botones y la traigo de vuelta. Así de sencillo.

– A lo mejor para ti. Pero, ¿cómo estás tan seguro que sí funciona?

– Pues digamos que estoy un noventa por ciento seguro que funciona. Voy a estar seguro al cien por ciento cuando lo haya probado.

– Y, ¿cuándo la piensas probar? Porque creo que deberías tener permiso del gobierno o algo así porque no vaya a ser que explotes o incendies algo.

– Claro que no va a haber nada de eso. Y hoy es cuando pienso probarlo, por eso te dije que vinieras.

– ¿Yo qué tengo que ver? Ni siquiera sé cómo funcionan esas máquinas tuyas. La mayoría ni siquiera creo que funcionen.

– Si no crees que funcionen, entonces, ¿qué es lo que podría salir mal?

– Pues no sé. Esa consola está conectada a la corriente. Cualquier cosa podría salir mal. Además, ¿no te preocupa que te deje en el pasado o algo así?

– No, no. El que va a viajar eres tú. Tienes razón, yo soy el que tiene que monitorear todo – me dijo mientras movía unos cables.

– ¿¡Qué!?! ¿¡Me vas a sentar en esa cosa!?

El que Esteban me quisiera tratar como un conejillo de Indias me hacía reconsiderar su amistad.

—¿Qué tiene? Me acabas de decir que no va a funcionar y no sé qué tanto. Ya deja de andar lloriqueando y siéntate ahí.

Sabía que no había mucho qué temer, pero no podía evitar sentir inseguridad cuando se trataba de Esteban. No quería que él tuviera algo de razón y que mis cenizas terminaran en la era prehistórica. Empecé a pensar que tal vez había otros locos por ahí como Esteban que también habían intentado la misma hazaña y que habían terminado enviando mutantes a diferentes eras. Tal vez esa era la causa por la que se inventó la teoría de la evolución.

—¿Qué? ¿Nunca has querido ver si Mexicali de verdad tiene cien años o algo así? —me preguntó.

—En realidad no. Me gusta creer en lo que creo en estos momentos.

Esteban me miró con una mirada no aprobatoria.

—¿Ya te dije que la gente como tú es lo que hace que la ciencia no avance? Ah, sí, lo hice hace poquito. Yo no quería llegar a esto pero lo voy a tener que hacer. Tendré que obligarte a hacerlo.

—Claro que no. De ninguna forma me vas a hacer ser parte de tu experimento.

—Te puedo apostar que sí. ¿Ves esto? —Esteban me enseñó unos papeles—. Son todas las boletas con tus calificaciones desde primero de primaria.

—¿Cómo rayos las conseguiste tú?

Aunque parezca increíble, Esteban todavía puede llegar a sorprenderme.

—No son las originales, son copias. Le dije a la secretaria de las escuela que si por favor me podía dar una copia de tu boleta cada mes. Le expliqué que yo era algo así como

tu tutor y que me gustaría ver cómo ibas avanzando en tus estudios.

—Tú no eres mi tutor —le dije molesto por su acusación.

—Oficialmente no, pero sabes que te he ayudado.

—No puedes probar eso nomás con mis calificaciones.

—Pero tu conciencia sí —Esteban me conocía bastante bien.

Por más loco y raro que fuera, yo sabía que él era más inteligente que yo. Había estado pidiéndole su ayuda desde siempre y tenía mucha razón cuando mencionó mi conciencia.

—¿Desde primero de primaria? Tenías nada más seis años —fue lo único que pude decir.

Esteban se quedó mirándome por unos segundos.

—Ya siéntate ahí que nada más me estás haciendo perder el tiempo.

Mis instintos me tenían convencido de que no era una buena idea pero sabía que no iba a poder dormir de pensar que había defraudado a mi principal fuente de conocimiento. Además, era muy probable que si no le seguía el juego no volvería a ayudarme nunca en su vida. Esteban también tenía conciencia, pero le era más fácil ignorarla que a mí.

Me senté completamente en contra de mi voluntad en su dichosa máquina del tiempo mientras él se ponía a mover botones y palancas. Ya estando ahí, pensé: “¿Qué es lo peor que puede pasar? Sólo tengo que sentarme aquí mientras él espera a que yo desaparezca mágicamente”. Me relajé y me convencí de que esto sería otro de sus *casi-lo-logro*. Las probabilidades estaban a mi favor.

—¿A dónde te gustaría viajar? —me preguntó.

— Mi maestra me dijo que investigara del boxeador que se murió en el campo de *softbol*. Sería bueno si me llevas a ese día — le dije, obviamente burlándome de él.

— ¿Te sabes la fecha? — me preguntó haciendo caso omiso de mi sarcasmo.

— Por supuesto que sí. Primero de febrero de 1953.

— Creo que es el dos de febrero.

Esteban no quitaba la vista de la consola.

— Yo investigué. Sé que es el primero.

— Ah, sí. Se me olvidaba que tú eres de los que todavía aprecian la lectura y ese tipo de cosas. Está bien, es tu tarea.

— Ya acaba con esto de una vez. Ahora que lo pienso debería estar investigando esa historia en lugar de estar jugando aquí contigo.

— No te preocupes, en unos momentos lo vas a estar haciendo.

Lo dejé que continuara moviendo botones. Después de oír una gran cantidad de ruidos raros lo oí decir “ya está”. Movié una gran palanca y el sillón empezó a sonar como si tuviera un motor por dentro.

— ¡Vas a llegar como a la una de la tarde de ese día! ¡Se supone que vas a regresar como a las 12 de la noche! — gritó por encima del ruido.

— Luces y chispas comenzaron a salir a mi alrededor y el ruido se empezó a incrementar. De pronto se detuvieron. Alcancé a ver cómo Esteban miraba pensativo su consola. De repente, vi un enorme destello de luz enfrente de mí. Al instante sentí cómo caía sobre algo sólido y caliente. Estaba sobre la calle enfrente de la casa de Esteban. Lo primero que pensé fue que había hecho explotar su casa y que yo

había salido volando. Me levanté, me tallé los ojos y miré a mi alrededor. Las cosas eran diferentes. Noté que la casa de Esteban sí estaba en su lugar después de todo pero era de otro color y el Altima rojo ya no estaba estacionado en la cochera. “No puede ser”, pensé cuando me intentó llegar el pensamiento de que su invento había tenido éxito. Me acerqué a la puerta de su casa (con algo de miedo, tengo que admitir) y toqué. Salió una señora a la cual jamás había visto en mi vida. Al parecer ella pensó lo mismo cuando me vio. Estaba vestida de una manera que sólo había visto en revistas y películas viejas.

—¿En qué puedo ayudarle? — me preguntó.

—En ese momento mi cerebro se detuvo. No sabía qué contestar.

—Buenas tardes —le contesté—, vengo de parte del gobierno para algo de los censos pero ya vi que ya pasaron por su casa.

Era algo bastante tonto y confuso, pero fue lo único que se me ocurrió.

—Ah... está bien —la señora se veía igual de confundida que yo.

Se despidió y regresó a su casa mientras yo me quedaba afuera sin la más mínima idea de qué hacer. Continuaba creyendo que era imposible que el experimento loco hubiera funcionado pero parecía que los hechos me estaban probando lo contrario. Fui a buscar un parque que estaba cerca de la casa para sentarme y tratar de razonar esta extraña situación. Me preocupé cuando alcancé a ver por una ventana un radio bastante viejo con gente a su alrededor. Las personas parecían salidas de un cuadro de restaurante americano. “Esto no puede ser de verdad”, me dije a mí mismo. El colmo fue cuando llegué al “parque” y me di cuenta que no estaba como yo lo recordaba. En su lugar estaba una pequeña imprenta que tampoco había visto antes. Me senté en la banqueta y traté de hallarle una explicación a todo esto.

Al cabo de unos cinco minutos de decirme a mí mismo que no era posible que existiera una máquina del tiempo (y mucho menos que la hubiera inventado mi amigo loco) llegué a la conclusión de que quizás el universo tenía sentido del humor. Tenía que asegurarme, aunque intentarlo significara estar casi igual de loco que Esteban.

Como la única persona que conocía que tenía más de 50 años y que fuese de Mexicali era mi abuelo, creí que a lo mejor podía encontrar a su versión no tan vieja por ahí. Recordé que siempre hablaba de su casa en la Colonia Nueva en la cual había conocido a su vecina y futura esposa en 1960. Si estaba en 1953 quería decir que todavía no se había ido de esa casa.

Afortunadamente para mí, dicha colonia no quedaba tan lejos, pero en el camino vi tantos carros y edificios viejos que no estaba seguro si podría ver otra película de los años cincuenta. Cuando llegué a la casa de mi abuelo me di cuenta que tampoco tenía nada que decirle. No podía sólo decir que era su nieto, eso podría arruinar las cosas con mi abuela. Tenía que pensar en algo que fuera convincente para mi abuelo y que no me hiciera acabar en la cárcel o algo así. Otra cosa que recordé fue que siempre decía que el primero de febrero de 1953 había ido solo a ver una pelea de box porque nadie lo quiso acompañar. Se había ganado dos boletos en una estación de radio y no había encontrado quién se le uniera. Era la historia de cada reunión y siempre terminaba diciendo "Tuve que esperar siete años más para que la mujer más bella del mundo tocará a mi puerta para acompañarme por el resto de mi vida". Creo que esa era la única razón por la que todos le permitían contar esa historia de la cual ya estábamos cansados. Lo peor de todo es que hasta ese momento fue que uní las piezas; mi abuelo había ido a ver la última pelea de Nicolás "Zurdo" Flores, el hombre de mi tarea y el responsable del nombre del campo de *softbol*. Si mi abuelo era a los veinte años igual que a sus 75, tal vez existía la posibilidad de que me él llevará al encuentro del que tanto hablaba.

Toqué la puerta con nerviosismo y esperé a que abrieran. Alcancé a oír la voz de alguien que decía: “Pues voy solo, al cabo que no quería que nadie me acompañara”. La puerta se abrió y salió un hombre que esta vez sí pude reconocer. Estaba fajado, con las mangas remangadas y los botones de arriba de su camisa desabrochados, dejando ver la camiseta blanca que traía abajo.

– Rayos, se ve igual que en las fotos – dije en voz baja.

– ¿Qué cosa? – me preguntó mi abuelo.

– Eh... nada.

– ¿Qué pasó? ¿Qué buscas?

No pude decir nada por unos momentos.

– ¿Eres el nuevo novio de mi hermana? Porque de una vez te digo no soy su secretario para andarle pasando mensajes – me dijo refiriéndose a mi tía abuela.

– Eh... no, nada de eso. Es sólo que me enteré que usted tenía un boleto extra para la pelea de hoy y no tenía con quién ir. Creí que no sería problema si yo lo acompañaba.

Mi abuelo se quedó en silencio.

– ¿Por qué estás vestido así? No te escapaste de la cárcel o algo así, ¿verdad? Porque parece que le robaste esa ropa a un pordiosero.

Mi abuelo había hecho ese mismo comentario cuando yo tenía doce años. Sabía que la ropa que traía no era precisamente la de la época pero al menos era más decente que la que trae la gente que no se baña. De cualquier forma, sabía que a él le gustaba hacer ese tipo de comentarios y preferí no ofenderme.

– Es la moda – le contesté.

— Ay, estos chamacos de ahora.

— Parece que nació siendo mi abuelo — pensé.

Se me quedó viendo pensativo y movió su boca de lado a lado.

— Está bien. En esta casa nadie me respeta de todas formas. Un extraño no es muy diferente. ¿Cómo te enteraste que yo tenía boletos para la pelea?

— Ya sabe, el chisme.

— La gente ya no respeta nada. Y no me hables de usted, dime Noel. Ya sé que soy más grande que tú pero nomás como por 5 o 6 años. Me haces sentir viejo.

— Está bien — le contesté.

Me dejó entrar a su casa y nos pusimos a oír viejos programas de música mientras hablábamos. Me di cuenta que su vida era interesante aún desde que iba empezando. Eso sí, siempre había sido de esos que siempre hacen lo que quieren aunque nadie más los apoye. Era alguien muy decidido y con pocas cosas que lo frenaran. Reconocí que mi abuela fue bastante afortunada en conocerlo y él en conocerla, pues aunque él fuera una persona que supiera manejar las cosas solo no le caía mal tener algo de compañía. A nadie le gustaba salir solo en un domingo como este.

Llegó la hora de la pelea y salimos de la casa. Mi abuelo fue a la cochera y destapó su *Buick Special*.

Está aquí cerquita — le dije.

— Ya sé, pero cuando tienes un carro como estos no puedes dejarlo aquí dormido nomás.

Creí que era algo ridículo, pero ya que él representaba mi diez en mi tarea preferí guardarme cualquier comentario.

Llegamos al campo después de un corto viaje y vimos cómo

la gente se empezaba a juntar. Nos sentamos y admiramos el *ring* que presenciaria el último aliento de Nicolás Flores. Al principio no me puse a pensar tanto en ello pero empecé a sentirme mal cuando lo vi subir al cuadrilátero.

– Pobre de él – le dije a mi abuelo.

– ¿Por qué? Le pagan por hacer esto.

– Pero nada puede pagar lo que está a punto de suceder.

Empecé a pensar que debería intentar detener la pelea, pero mi abuelo tenía razón. Había dinero de por medio y nadie le iba a hacer caso a un plebe de quince años. Además, Esteban siempre decía que si alguien lograba viajar en el tiempo debía de respetarlo y no hacer ningún cambio sin importar cuán importante fuera. Nunca se sabía qué podía pasar.

– Hey, si te vas a poner así mejor vete a tu casa. No te traje para que te anduvieras sintiendo mal – me dijo.

Me callé y esperé a que empezara la pelea. Preferí pretender que esto era algo así como ver *Rocky*.

El “Zurdo” Flores y Jesús Jiménez se fueron a sus esquinas. La campana sonó y empezaron los golpes. Según mi abuelo, el “Zurdo” venía de una pelea contra Gerald Labroi en la que le había ido bastante mal.

– Viene medio golpeado pero yo confío en él. Será del DF pero fue hecho boxeador en Mexicali. Sabe aguantar – me dijo muy confiado.

No tuve el corazón para decirle que estaba equivocado. Preferí que se enterara de la misma manera que todos los demás. Ya me sentía bastante mal estando ahí sentado en lugar de tratar de detener la tragedia. Si no iba hacer nada de provecho era mejor que no intentara ninguna otra cosa.

Cada vez que sonaba la campana sentía como si el corazón se me detuviera por un segundo. Sabía que el momento se acercaba y que la tristeza inundaría a todos los presentes. Terminó el cuarto *round*, luego el quinto. Sonó la campana para que comenzara el sexto y mis piernas empezaron a temblar. Había emoción en la cara de todos. Estaban animando al héroe local y estaban seguros que iba a ganar. Parecía ser el único además de Jesús Jiménez que pensaba que el “Zurdo” iba a ser el perdedor. Intercambiaron golpes entre el ruido de la gente y las luces que estaban sobre ellos. Finalmente, Jesús dio el golpe ganador. Al ver caer al “Zurdo” bloqueé el ruido a mi alrededor. Lo único que podía presenciar en ese momento era el cuerpo sin fuera del peleador derrotado. Jesús se fue a su esquina y el réferi empezó a contar. “Uno, dos, tres”, la gente seguía animándolo sin sentido. “Cuatro, cinco, seis”, continuó mientras veía que mi abuelo también seguía con sus esperanzas en él. El réferi llegó a diez y pudo llegar hasta cien porque Nicolás nunca se levantó. La multitud quedó en silencio. La gente del “Zurdo” se le acercó para ver qué había pasado. A los pocos minutos llegó una ambulancia mientras la gente miraba con tristeza el cuerpo desgastado. Fue llevado al Sanatorio del Sagrado Corazón. No recobró el conocimiento y se lo llevaron al hospital Mercy de San Diego. Nicolás moriría después de estar tres días en coma.

Regresamos a la casa de mi abuelo. No dijo nada desde la caída del “Zurdo”.

—Espero que esté bien —dijo finalmente al llegar a la puerta.

Nuevamente, no tuve el corazón para decirle la verdad.

—Ojalá —le contesté.

Abrió y prendió una luz. Yo me quedé afuera.

—¿No vas a entrar? —me preguntó.

–No. Ya tengo que regresar a mi casa.

–¿No quieres que te lleve?

–No, puedo regresarme solo. No te preocupes.

–Ah... bueno. Gracias por acompañarme. No sé qué hubiera hecho si hubiera tenido que ir a ver esa tragedia yo solo.

Yo sí lo sabía.

–Gracias a ti, Noel, por dejarme ir contigo –le contesté.

Fui nuevamente al campo. Me quedé ahí hasta después de que ya no había nadie. Mi único consuelo era que no se iban a olvidar de él en 50 años. Me senté en el zacate para pensar en mi extraño viaje. Ser amigo de un loco fantasioso no era algo tan malo después de todo. Esteban finalmente había logrado tener éxito después de insistir tanto.

Mientras estaba sentado empecé a ver cómo unas luces me rodearon. Empecé a oír ese ruido de motor nuevamente y hubo varios destellos. Me supuse que ya era media noche. Sentí cómo el zacate desaparecía y me sentaba sobre algo acojinado. Las luces empezaron a desaparecer y vi a Esteban parado enfrente de mí.

–¿Y? ¿Qué pasó? –preguntó.

Yo seguía mareado y encandilado.

–¿No me vas a preguntar que si cómo estoy primero?

–No, hay mucho tiempo para eso.

–Te digo que tienes suerte de tener a alguien que te aguante como yo.

–¿Funcionó? –preguntó insistentemente.

Me levanté y agarré aire.

—La pelea sí fue el primero de febrero —le dije.

Esteban mostró una gran sonrisa y empezó a brincar y a gritar por todo el sótano. En toda mi vida no lo había visto tan animado. Empezó a decir que lo sabía, que era un genio, que todos lo iba a admirar y que esto lo pondría en algún lugar de la historia.

Cuando por fin se calló me dijo que le contara todo. Le dije que estaba cansado y que además ya era tarde y que debía de irme.

—Es igual que cuando te fuiste —me dijo.

Mire el reloj en la pared y me di cuenta que Esteban tenía razón.

—Allá pasaste horas pero aquí te fuiste por unos segundos nada más.

Entre más hablaba más confundido me dejaba. Me senté y traté de relajarme. “Hice un viaje en el tiempo”, me quedé pensando. No estaba seguro de haber aceptado la idea todavía. Esteban me trajo un vaso con agua para que lo pudiera “digerir” más rápido. Sin darme cuenta empecé a platicarle mi viaje. Esteban nunca me había puesto tanta atención. Lo más impresionante fue cuando él me habló sobre cómo hizo la máquina y yo puse atención. Este raro viaje había cambiado mi perspectiva de las cosas.

Al terminar quizás la plática más productiva que he tenido con Esteban me fui a mi casa. Todo el camino seguí pensando en la extraña aventura. Cuando llegué me encontré con la sorpresa de que mis abuelos nos habían ido a visitar.

—¡Daniel! ¡Al fin te veo, chamaco! Tengo todo el día aquí y tú no te apareces —me dijo con una sonrisa.

—Noel —le dije—, no sabía que estabas aquí.

— ¿Cómo me dijiste? — me preguntó extrañado. Los demás también se quedaron igual.

— Ah, no, es que vi a mi amigo Noel y... no importa. ¿Cómo te va, abuelito?

— Pues bastante bien. Sigo casado con tu abuela — dijo sonriendo todavía más.

Abracé a los dos y me senté en la sala con los demás. Se pusieron a platicar sobre unas vacaciones en Las Vegas que tenían planeadas.

— Yo siempre he querido ir a Las Vegas pero hasta ahora se me va a conceder mi deseo. Lo bueno es que tengo a mi bella esposa para acompañarme, si no iba a tener que irme solo — dijo mi abuelo.

— Ay, ya sabes que yo siempre te sigo, pero no tienes que decirle así a los demás. Estás exagerando — le dijo mi abuela.

— ¿Qué no? El día que fui a ver la última pelea del “Zurdo” Flores, la última, tuvo que llegar un desconocido para que no me fuera solo. ¿En serio crees que exagero?

Eso era nuevo en la historia. Parece que sí había hecho unos cambios después de todo.

— Se parecía bastante a Daniel. Creo que por eso me cae tan bien mi nieto.

Mis abuelos continuaron platicando de sus historias y sus futuras vacaciones por un rato más. Esta vez me parecieron mucho más interesantes que antes y mucho más fáciles de imaginar. La vida con mis abuelos no fue igual desde entonces.

Yo esperaba hacer uno que otro viaje más pero desafortunadamente Esteban no pensaba así. Después de tanto alardear dijo que el viaje en el tiempo era muy peligroso,

así como dicen en las películas. Dijo que sería mejor si reconstruía la máquina y la convertía en una que produjera más energía de la que consume. Me pareció difícil que lo lograra pero ya que había viajado en el tiempo no tenía mucho con qué argumentar.

La escuela no mejoró mucho de ahí en adelante. Siempre quería experimentar en persona todo lo que me enseñaban. Afortunadamente pude graduarme en tres años al igual que el resto de mis compañeros. Ahora estoy intentando embarcarme en la carrera de historiador mientras Esteban trata de ser ingeniero nuclear o algo parecido. Al mundo todavía le falta ver mucho de su parte y con suerte también de la mía.

La primera edición de DELTA DE VOCES, antología de trabajos literarios de ex alumnos del CETYS Universidad, se ha compuesto, maquetado, corregido, impreso y encuadernado en Laredo Impresores S.A de C.V., Brasil #102 Col. Cuauhtémoc, tel. (686) 905 1016, ciudad de Mexicali, Baja California, México, durante el mes de septiembre de 2009 en que dicha institución educativa ha conmemorado el cuadragésimo octavo aniversario de su fundación.

